

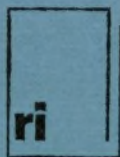
comisiones obreras •
sindicalismo • Euskadi

cuadernos de

ruedo ibérico

25

junio
julio
1970



Ayuntamiento de Madrid



c u a d e r n o s d e **su**

Revista bimestral

Redactores-jefe

RAMON BULNES

JOSE MARTINEZ

JORGE SEMPRUN

ruedo ibérico

Directeur Gérant de la publication :
FRANÇOIS MASPERO

© Editions Ruedo ibérico

Tous droits de reproduction et de traduction
réservés pour tous pays.

Administration, diffusion et ventes :

6, rue de Latran, Paris 5.

Téléphone : 325-56-49

C. C. P. Paris 16.586-34

Imprimé par A. Cary, Colombes (Hauts-de-Seine)

número

25

Reunión de Madrid
junio - julio 1970

sumario

Juan Martínez Alíer : España, verano 1970	3
Luis Ramírez : Sindicalismo e integración	12
Documentos :	
A. 1. Ante el futuro del sindicalismo	20
2. Declaración de las Comisiones obreras de Madrid	22
3. V Reunión general de las Comisiones obreras	25
4. Conclusiones de la Comisión interindustrial de Comisiones obreras de Madrid	27
B. Acerca de las Comisiones obreras (Komunistak)	33
C. Crítica desde la derecha	35

Libros

Iñaki Goitia : Algunas precisiones sobre Euskadi	39
Juan Ferrer : El País valenciano como problema	53
Juan Andrade : La crisis del movimiento comunista	58
Angel Arenal : Viaje alucinante a la España decimonónica	66

La publicación del fascículo 25 de Cuadernos de Ruedo ibérico inicia una nueva época de la revista. Durante un largo periodo —el número 21-24 fue publicado en mayo de 1969— no ha sido posible publicar ningún Cuaderno. Rogamos a nuestros suscriptores que sean indulgentes respecto a esta carencia. Las razones que han motivado la larga desaparición de la revista fueron de índole diversa. Tres de ellas decisivas, incluso por separado. En primer lugar, las graves dificultades financieras por las que atravesó Ediciones Ruedo ibérico, le obligaron a sacrificar gran parte de su ya modesta actividad editorial. Esta situación fue considerablemente agravada por el hecho de haber perdido los locales que ocupaba la editorial. Durante más de un año, la empresa ha carecido de lugar en que desarrollar, en condiciones aceptables, sus actividades. Este hecho hizo prácticamente imposible una administración eficaz en general y, especialmente, la coordinación entre los diversos miembros del consejo de redacción, muy dispersos geográficamente. Muchas de las consecuencias de estos hechos no han sido todavía subsanadas, entre ellas las relativas al consejo de redacción. No obstante, por estar convencidos de que Cuadernos de Ruedo ibérico han dejado un hueco, y ante la insistencia de numerosos lectores y amigos de que volvamos a ocuparlo con urgencia, optamos por publicar la serie que ahora iniciamos (números 25 a 30), sin esperar a haber resuelto de manera completa todos los problemas. Pero consideramos necesario señalar que en tanto que la coordinación de los miembros del consejo de redacción no sea lograda, la selección de los trabajos publicados en esa serie es asumida directamente por uno de los tres redactores-jefe: José Martínez. Este periodo de seis números debe permitir superar los obstáculos que se han opuesto a la publicación de Cuadernos de Ruedo ibérico en el largo periodo pasado. Para ello necesitamos el apoyo en todos los planos de nuestros lectores, suscriptores, colaboradores y amigos, apoyo que solicitamos encarecidamente. Con tal ayuda podremos proseguir la publicación de la revista y mejorarla. Sin él, la vida de la revista seguirá siendo precaria.

Los dos conflictos principales en la sociedad española actual se manifiestan este verano de forma muy clara. El conflicto básico entre la burguesía y la clase obrera, en las muertes de Granada. El conflicto secundario, dentro del bloque gobernante, donde la gran burguesía financiera e industrial, representada por la tecnocracia del Opus Dei, se enfrenta a la burocracia falangista de los sindicatos corporatistas, en el escándalo MATEA, que podría dar una oportunidad a la Falange para desquitarse de su postergación de los últimos años. Voy también a considerar en este artículo cómo se ha logrado controlar a la clase obrera española durante los últimos veinte años: más por el miedo que por la fuerza. La memoria de la represión de la década del 1940 tiene además el efecto de unir a las facciones que operan dentro del régimen, que participan en el poder porque se han solidarizado con un pasado criminal, cuya libre discusión no pueden permitir.

Juan Martínez Alier

España, verano 1970

El miedo empieza a desaparecer

En Granada, donde hace treinta y cuatro años fue asesinado García Lorca, una de las más famosas víctimas de la política del terror del régimen franquista, tres obreros de la construcción que formaban parte de un grupo de manifestantes han sido muertos a tiros por la policía¹. Los manifestantes pedían salarios más altos, sindicatos independientes, y la pronta conclusión de un nuevo convenio colectivo de trabajo. Aunque en los últimos años la policía y la Guardia civil han disparado frecuentemente al aire para dispersar a manifestantes, a veces hiriendo o matando a algunos de ellos, y aunque ha habido también algunos asesinatos judiciales —como el de Julián Grimau— la represión en los últimos veinte años ha sido en realidad suave, si se la compara con unas doscientas mil de ejecuciones y muertes de prisioneros políticos en los años inmediatamente posteriores a la guerra civil, y a la lucha guerrillera de los años 1945-1950 que tantas víctimas causó. Durante la década de 1950 la explicación de la relativa suavidad de la represión estaba en el éxito obtenido por la política del terror: el miedo se había apoderado de la clase obrera española. Los salarios reales se mantenían a un nivel muy inferior al

anterior a 1936; las protestas de los obreros contra sus terribles condiciones de vida, se limitaban a «huelgas» masivas contra los transportes públicos cuando subía el precio de los billetes. Hasta hace muy pocos años las huelgas de verdad eran calificadas de «delitos de sedición» en el Código penal, y así se las trataba, enviando a la prisión a los líderes obreros. En la década de 1960 intervinieron nuevos factores. La emigración masiva de obreros españoles a Francia, Alemania y otros países europeos —más del diez por ciento de la clase obrera española— hizo disminuir un tanto la presión de los desempleados en el mercado de trabajo. La economía creció muy rápido, ayudada por las remesas de esos emigrantes a sus familias y por la llegada de un gran número de turistas, sin que se produjeran dificultades graves en la balanza de pagos. El nivel de vida mejoró. El aporte de divisas de las remesas de emigrantes, del turismo, y también del capital extranjero, cubre aproximadamente la mitad de las importaciones. Las exportaciones tradicionales son agrícolas, y su aporte es todavía decisivo para la balanza de pagos, y por tanto para

1. Véase, en el fascículo 26-27, las páginas 97 a 111. NDR.

mantener la tasa de crecimiento de la economía, de 5 a 7 % anual, durante la década pasada. De ahí la necesidad a largo plazo de diversificar las exportaciones, de incrementar las exportaciones industriales, necesidad sentida por los tecnócratas del Opus Dei y manifestada en el escándalo MATESA. Más adelante volveremos sobre esta cuestión, pero primero veamos cuáles fueron las implicaciones de la política adoptada a partir de 1957, cuando los ministros del Opus Dei llegaron por primera vez al gobierno. Se decidió entonces « abrir » la economía al mundo, abandonando la política económica de autarquía defendida por la Falange. En 1959, España se convirtió en miembro de la comunidad económica occidental, que desde un punto de vista político ya la había aceptado en parte unos cuantos años antes, mediante los acuerdos para establecer bases militares norteamericanas en España. « Abrir » la economía al mundo significaba reducir las restricciones al capital extranjero y también a las importaciones, y por tanto surgió la necesidad de racionalizar la política de empleo y de salarios, para poder competir.

Desde la guerra civil, en una época de gran desempleo, había existido una política que dificultaba los despidos de obreros industriales, que se dejó de lado a partir de 1959. La legislación salarial cambió en 1958, y los salarios no fueron ya minuciosamente regulados por el Ministerio de Trabajo sino que se negociaron en convenios colectivos, que incluían cláusulas sobre aumentos de productividad. Esos convenios, a veces de carácter provincial, a veces de nivel de fábrica, se negociaban entre las secciones « económica » (los patronos) y « social » (los obreros) en los sindicatos corporativos, « verticales ». Los años 1959-1960, cuando se impuso a la clase obrera el plan de estabilización, es

conocido por los obreros industriales como « la racionalización ». Al cabo de unos pocos años, iba a surgir un conflicto, a causa de los convenios colectivos, entre los obreros y la burocracia sindical falangista de la estructura corporatista; las « comisiones obreras » tratan de negociar acuerdos con los patronos al margen de la estructura corporatista, a veces con éxito, y a veces con cierto riesgo pues con alguna frecuencia los líderes de las « comisiones obreras » son encarcelados por unos meses o por uno o dos años.

La Falange perdió una ocasión

Es indudable que los años 1956-1960 representaron una línea divisoria, durante la cual los falangistas se desacreditaron ya de una vez por todas como administradores de la economía, mientras los ministros del Opus Dei conseguían los éxitos que se habían propuesto. La Falange desperdició una gran ocasión. Si hubiera continuado participando en el poder, hubiera podido utilizar la gran acumulación de capital lograda, a través de un ahorro forzado por la inflación durante los años anteriores, y que se manifestaba en los grandes obras hidráulico-eléctricas, en la industria siderúrgica recién ampliada, etc. Era ya posible iniciar un gran programa de industrialización que no podía fallar con tal que la situación de la balanza de pagos permitiera la importación de maquinaria. La expansión del turismo tanto hubiera ocurrido con un gobierno de mayoría falangista como con un gobierno de mayoría opusdeísta, y fueron los turistas el factor decisivo. Es probable que los falangistas hubieran mantenido las restricciones al capital extranjero, y que hubieran mantenido una política de expansión del empleo.

teniéndoles más sin cuidado la capacidad de la economía española para competir. Es más que probable que esa política no le hubiera caído peor a la clase obrera que la política de « racionalización » de los tecnócratas. Los falangistas hubieran seguramente reducido la producción de carbón de Asturias con menor rapidez, y hubieran ayudado financieramente a los agricultores castellanos, frenando así un tanto el éxodo rural, impidiendo el espectacular proceso de mecanización que ha tenido lugar, y haciendo subir un poco el precio de oferta de la mano de obra rural que accede a las ciudades. El crecimiento de la productividad en la economía española hubiera sido algo más lento, pero una política de ese cariz no hubiera podido impedir, en modo alguno, un considerable crecimiento de la economía española. Uno puede creer que esa política no era viable: por un lado, claro está, la presión de la comunidad económica occidental llevaba a una apertura; por otro, puede dudarse si los mismos falangistas tenían muchas ganas de seguir estando en el gobierno, e influyendo en él. En 1957, cuando perdieron mucha fuerza, ya muchos de los falangistas importantes habían logrado posiciones cómodas en las empresas privadas (otros continuaban en la burocracia sindical). La posible política económica falangista hubiera llevado no sólo a mantener el lugar del Instituto Nacional de Industria, ahora desmantelado por los tecnócratas, sino a aumentar su papel; hubiera llevado a mantener el control del Estado sobre las importaciones, etc. Ya en 1937 la Falange de « izquierda » había sufrido un rudo golpe cuando Franco metió a Hedilla en la cárcel. Sea como sea, el fútil gesto de despedida de la Falange en 1956 fue el gran aumento salarial concedido por Girón, ministro de Trabajo, en respuesta a la agitación obrera de ese año, y que consiguió aumentar la tasa de inflación hasta

límites inaceptables, causando una crisis en la balanza de pagos, y abriendo así la puerta a los capaces economistas del Opus Dei que entre 1957 y 1959, y gozando de los consejos de los expertos del Fondo Monetario Internacional y de la OCEC, accedieron a los « ministerios económicos ». Como premio de consolación la Falange conservó los sindicatos corporativos, conservó también el Ministerio de Trabajo (pero ahora vigilado de cerca por los « ministerios económicos ») y otra porción de falangistas se pasaron a las empresas privadas. En la década de 1960, la Falange continuó perdiendo terreno, hasta lo que parecía su derrota final en 1969: la instauración del príncipe Juan Carlos —tenido por muchos por semi-imbécil— como futuro sucesor de Franco en la jefatura del Estado, y la designación de un gobierno homogéneo del Opus Dei. (La Falange había conservado algunos puestos sin menor importancia, entre ellos muchos de procuradores en las Cortes, que le iban a servir para presionar sobre el Tribunal Supremo en el escándalo MATEA.) Así pues, retrospectivamente, los falangistas tienen buenas razones para lamentarse de no haber ganado prestigio alguno del « milagro » económico de la década de 1960. Se les echó del barco cuando éste empezaba a navegar en aguas placenteras. Los falangistas no son, sin duda, expertos economistas pero hubieran sido igualmente amables con los turistas, que trajeron el milagro consigo; hasta los obispos han perdido su adustez inicial respecto a la cuestión de los trajes de baño de las turistas. El impresionante plan de viviendas para obreros que Arrese, otro falangista, preparó durante su corto paso por el Ministerio de la Vivienda después de 1957, fue otro esfuerzo frustrado, que tres o cuatro años más tarde hubiera podido ser perfectamente viable. Llegó hasta la publicación en los periódicos, pero

se le puso el veto por los ministros del Opus Dei.

Sindicalismo corporatista y convenios colectivos

En la década de 1960, el nivel de vida creció rápidamente y la presión social disminuyó por la emigración de obreros. Los viejos campos de batalla de las minas asturianas y de los pueblos andaluces rodeados de latifundios todavía son testigos de algunos conflictos, aunque están perdiendo su población obrera (muy aprisa, en Andalucía). Pero fuera de la agricultura y de la minería hay muchos obreros, cuyo número ha doblado desde la guerra. Entre ellos, los obreros de la construcción que frecuentemente provienen de las regiones rurales andaluzas, donde los conflictos han sido evitados gracias a las violencias de la Guardia civil, y el miedo que ha inspirado, y donde los obreros han vivido en un estado casi de terror desde que fueron conquistadas en el verano de 1936 por el Ejército de Africa: los obreros andaluces, aun ahora, a esas tropas «nacionales» las recuerdan con razón como a los moros. En Bilbao y Barcelona, la clase obrera industrial tiene una gran tradición de lucha, pero también de represión. Ha sido en Madrid, que es ahora una ciudad industrial, donde los conflictos han sido más graves en los últimos años; en Madrid, donde están los diplomáticos y la prensa internacional, la represión tiene que ser más moderada. Hay pues una nueva generación de obreros que viven en una situación económica menos angustiosa, que han sido abandonados por muchos de sus camaradas más emprendedores que residen en Francia o Alemania, y que en vez de ser más pacientes y conformistas que la generación posterior a la guerra civil dan por

el contrario señales de una gran combatividad: el miedo empieza a desaparecer. El miedo, que se disfraza casi siempre de una cierta repugancia a meterse en política, ha sido la herencia de la cruel represión a que se vio sometida la clase obrera tras la revolución de 1936 y la guerra civil. Los niños han sido educado en esa tradición.

Pero aunque los obreros aseguren, sinceramente, que no tienen miras políticas, una libre negociación de los convenios colectivos exigiría un gran cambio político: la radical modificación de la estructura sindical. A los obreros no les hace falta sin embargo un coraje político extraordinario para atreverse a pedir convenios colectivos libremente negociados y sindicatos independientes. La economía española es ahora una economía occidental europea más y el llegar a pertenecer al Mercado Común es un objetivo que el gobierno ha hecho suyo explícitamente. Todo el mundo supone que uno de los cambios políticos que debería haber en España para que el país fuera aceptado como miembro del Mercado Común sería un cambio en la estructura sindical. Los falangistas podrían haber dicho, coherentemente, que Europa no les importaba; no así los tecnócratas, y Ullastres, arquitecto del plan de estabilización de 1959, ha sido durante varios años embajador en Bruselas. No hay muchos liberales en España; bastantes de esos pocos, que son gente influyente, han apoyado al régimen desde 1959, con mayor o menor entusiasmo, con la esperanza que el camino a Europa fuera también el camino de una liberalización política. Si no tuvieran esa esperanza, seguramente hubieran rechazado servir al gobierno —por ejemplo, como rectores de universidad, donde su liberalismo tiende a dividir al movimiento estudiantil— y no se callarían. Incluso los hombres de negocios liberales de algunas regiones, como Cata-

luña, están a favor de la adhesión de España al Mercado Común; las ventajas económicas parecen ser bien escasas —a diferencia de las que se pueden obtener de un acuerdo limitado sobre la exportación de naranjas— pero las connotaciones políticas la hacen deseable a sus ojos. Así pues, la petición de sindicatos independientes no suena demasiado subversiva, ni es políticamente demasiado peligrosa. Hay líderes de las « comisiones obreras » en Madrid que se pasan la vida entrando y saliendo de la cárcel, y que sin embargo se tutean con personajes respetables de la « oposición », tales como el conde de Motrico, exembajador de Franco en París y Wáshington, quien no corre el menor peligro de ser enviado a la cárcel. A pesar de su miedo, los obreros piensan que el pedir sindicatos independientes no es excesivamente peligroso. Y esta petición está además estrechamente relacionada con sus intereses inmediatos: quién va a negociar los convenios colectivos de trabajo. Por ejemplo, los asesores que los representantes obreros pueden llevar a las negociaciones han de ser obligatoriamente funcionarios de la organización sindical corporatista.

Por otro lado, los convenios colectivos son un instrumento para lograr aumentos de productividad; los tecnócratas no querrían en modo alguno volver a la época en que el Estado fijaba minuciosamente los salarios de todas las ramas de la economía. Podría parecer que los tecnócratas mismos del gobierno deberían estar a favor de sindicatos independientes. Pero no se han atrevido a deshacer la organización sindical corporatista. Esta vasta burocracia, donde apenas se trabaja, ha servido para colocar a falangistas, cuyos sentimientos de frustración podrían haber aflorado si se les dejaba cesantes. Además, cada vez

que la clase obrera muestra señales de combatividad, bien sea en la forma de « comisiones obreras », bien sea amparada en organizaciones laborales católicas que son también ilegales, los tecnócratas se asustan. Les es más cómodo continuar usando a la Falange todo el tiempo que sea posible para que trate de frenar a los obreros en el seno de la organización sindical corporatista. Cuando el día llegue en que haya que desmontarla, será fácil echar a la Falange la culpa de que haya durado tanto. De ahí los retrasos, idas y venidas durante los últimos dos o tres años con respecto a la prometida nueva ley sindical.

El pacto de sangre

Hay pues cierto acuerdo entre ambos sectores del régimen en lo que respecta a la cuestión sindical. Hay un hecho que es mucho más importante para unir ambas facciones estrechamente, y también a algunos « oponentes » del régimen, de la variedad democratacristiana, como Ruiz Jiménez: lo que un historiador ha llamado « el pacto de sangre ». Cerca de la mitad de los actuales ministros participaron en la guerra civil y en la represión que le siguió, y el resto está en el poder solamente porque Franco, el gran responsable de la matanza, los ha nombrado. La fuente principal de legitimidad del régimen es todavía la victoria en la guerra. Es fácil entender por qué el régimen ha conseguido mantenerse durante tantos años: la represión feroz atemorizó a la oposición. Los ministros más viejos todavía hablan de la Cruzada para referirse a la guerra civil; los más jóvenes, del Opus Dei, hablan de la guerra civil: tal vez sus recientes éxitos económicos les parece que les da derecho a ser ministros. Alguna gente dentro del régimen, y mucha fuera del régimen, pre-

ferirían, como el líder « socialista » Tierno Galván, pensar que lo pasado, pasado está, decir que la guerra civil fue un « error trágico », e incluso afirmar que el Terror rojo y el Terror blanco se equilibraron, por mucha mentira que esto sea, si se cuentan los muertos, y a pesar de que la historia del régimen franquista se torna entonces totalmente incomprensible. El mismo Partido Comunista ha defendido durante años la « reconciliación nacional », lo que junto con una reforma agraria « anti-feudal » iba a permitir una restauración republicana parlamentaria. No cabe duda que una política de silencio sobre la guerra civil, y especialmente sobre la represión, sería buena para « España » y aumentaría la probabilidad de un régimen más liberal, pero debería ser obvio que una tal política va contra los intereses de la clase obrera. Hay que recordar cuáles fueron los hechos: en la primavera de 1936 se creó en España una situación revolucionaria, los militares se alzaron para restaurar el orden público, la clase obrera empezó entonces la revolución, estalló una guerra civil que, por varias circunstancias, resultó en el triunfo franquista, y la revolución fue derrotada; tuvo lugar un gran número de ejecuciones en los tres años que siguieron al final de la guerra en 1939, y la opinión pública mundial no pudo ejercer una influencia moderadora porque esos fueron los años de victorias de los países del Eje.

El hablar y escribir de esos sucesos, en la medida de lo posible, contribuiría mucho a que los obreros aprendieran, o recordaran, la razón de su miedo, y así contribuiría a hacerlo desaparecer; ese miedo no se reconoce como tal sino que, para conservar el respeto por uno mismo, frecuentemente se disfraza de prudencia que merece alabanza más que desprecio, y de desconfianza hacia quienes se meten en polí-

tica. También el paso de tiempo está teniendo el efecto de hacer disminuir el miedo; el análisis histórico puede acelerar este proceso. La « nueva izquierda » española está adoptando esta perspectiva, y clandestinamente está empezando a propagar escritos sobre la historia reciente de España en los que no es la guerra civil lo que se interpreta como un « trágico error », sino el perderla. Es su pasado común en el crimen y en la complicidad en el crimen lo que liga estrechamente a las diferentes facciones del régimen; a sus propios ojos, la represión de aquella época aparece ahora como un crimen, mientras en 1939-1943 se trataba solamente de eliminar a elementos antiespañoles, como los « rojoseparatistas » o los « masones ». Hace unas pocas semanas uno de los directores de Ariel, la conocida editora barcelonesa, fue arrestado y condenado a seis meses por haber impreso una traducción de la **Historia de España** de Pierre Vilar, profesor en la Sorbona. Los ejemplares del libro fueron destruidos. El permitir la libre discusión del pasado menoscabaría su propia posición, y la legitimidad de la sucesión. Sin embargo, con respecto a otras cuestiones, hay desacuerdos dentro del régimen.

El escándalo MATEA

El escándalo MATEA podría dar ocasión a que la Falange volviera al poder. Siempre ha habido un elemento populista en la ideología falangista. El mismo general Franco de cuando en cuando echa la culpa de las miserias del mundo al « imperalismo » —sin duda solamente a Gibraltar— e incluso se le ha oído a veces hablar de las « irritantes injusticias sociales » en España. El próspero estado de la economía española en la actualidad haría posible un programa populista, con una sustancial

redistribución del ingreso, y tal vez una reforma agraria —que en la situación actual sólo tiene sentido dentro de un marco socialista y que para la Falange tendría un valor puramente demagógico. Hay militares, como el general que fue destituido hace poco tras haberse declarado casi «republicano» delante del príncipe Juan Carlos, que apoyarían esa política. Cuando España era mucho más pobre, en los años 1940-1960, una política populista hubiera requerido cambios sumamente drásticos en el sistema económico, y hubiera tropezado con grandes resistencias. Ahora sería plausible. Tal vez Perón, tras su larga residencia en Madrid, tendrá todavía discípulos españoles.

El Opus Dei está metido en el escándalo MATEA de dos maneras distintas. Una parte del dinero defraudado parece haber sido donado a ese Instituto secular: a su casa en Roma, a su Universidad en Perú, a su Universidad en Navarra, etc. Los ministros responsables son, por otro lado, miembros del Opus Dei. Sin duda, no se trata de un caso de enriquecimiento privado; los miembros del Opus Dei no se apropian los dineros públicos para llenarse sus bolsillos, o los de la institución a que pertenecen. La ideología del Opus Dei es hasta cierto punto una adaptación puritana, calvinista, del catolicismo y muy idónea por tanto al desarrollo del capitalismo en España —tal vez uno debiera decir en Castilla. El concepto de «vocación» es precisamente crucial en la ideología, y no significa como siempre había significado en la doctrina católica «vocación religiosa», sino el cumplir lo mejor posible los deberes correspondientes a la posición profesional que uno ocupe en la vida. Muy posiblemente los ministros del Opus Dei hayan pensado que uno de esos deberes era el contribuir al incremento de las

exportaciones españolas de maquinaria, para alcanzar cuanto antes la cifra mágica de mil dólares de ingreso **per capita** que en la opinión de López Rodó (antes de los sucesos de mayo en Francia) iba a permitir en España un sistema político democrático occidental. Muy bien pueden haber estado convencidos que Dios quería que otorgaran una enorme cantidad de crédito a la exportación a un empresario catalán, Vilá Reyes, cuyos empleados extraían en maletas las pesetas obtenidas, compraban divisas en el extranjero que en parte volvían a España para pagar puntualmente los créditos vencidos, probando así satisfactoriamente que las exportaciones de maquinaria florecían, y obteniendo así nuevos créditos. Las máquinas **eran fabricadas** y almacenadas a la espera de clientes. MATEA obtuvo además el control de setenta y cinco sociedades en España y en el extranjero, que iban a comercializar el producto. Cuando el escándalo empezó a trascender, en julio de 1969, los créditos por pagar importaban diez mil millones de pesetas, más de ciento cuarenta millones de dólares. Uno de esos millones de dólares había sido donado para la campaña presidencial de Nixon. Lo irónico de la situación es que las máquinas textiles fabricadas pudieran aún tener éxito en el mercado internacional; la opinión de los fabricantes catalanes de textiles no es del todo adversa, y se cree que una velocidad de operación algo mayor las haría viables.

Pero no cabe ninguna duda que se cometieron numerosas infracciones, y que los «ministros económicos» que regalaron tanto dinero incurrieron en responsabilidades políticas, y tal vez penales. El Tribunal Supremo parece estar dispuesto a juzgar a algunos exministros (incluyendo al presidente del Banco de España) y a algunos ministros, incluyendo al ministro de Asuntos exteriores, López Bravo, que era

entonces ministro de Industria, un ministro joven y moderno, que para irritación de la Falange no se preocupa apenas de Gibraltar y que es proeuropeo. Hace poco viajó a Moscú, el primer ministro español que va desde la guerra civil.

El miedo decrece

La Falange tiene pues algunas buenas bazas por jugar, mucho resentimiento del que alimentarse y un programa político un tanto vago pero que podría ser plausible. Pero de otro lado, tras el esfuerzo que supuso el hacer del príncipe Juan Carlos el sucesor oficial, aprovechando hace justamente un año el vuelo a la luna para darle públicamente tan alto puesto, enfrentándose a las objeciones de su padre, Don Juan, y tras diez años de dominación del Opus Dei y de éxitos económicos, no parece nada probable que la Falange pueda llegar al poder. El ejército es leal a Franco; no se sabe dónde irá después su lealtad. Un hombre que hubiera podido servir para la situación, Muñoz Grandes, que era un general un poco falangista y tan partidario del orden público como el resto del ejército, fue destituido por Franco en 1967 de su puesto de vicepresidente del gobierno, y falleció recientemente. Si Franco, que tiene setenta y ocho años, muriera ahora, o tuviera un achaque severo, dejaría un panorama incierto.

Lo más probable, sin embargo, es que tengamos a Franco con nosotros todavía después del verano, y el año próximo, y que el escándalo MATESA desaparezca finalmente de la escena política. Un cambio de gobierno, con algunos puestos ministeriales para la Falange más sustanciosos que en los últimos años, hará bajar los ánimos. El Opus Dei, como institución, sufrirá un tanto, pero no faltan tecnócratas que comparten su espíritu, en lo secular

si no en lo religioso, y que aspiran a ministerios. Hay a veces la tentación, en la izquierda española, de echar la culpa al Opus Dei por los triunfos de la variedad española de neocapitalismo. Eso recuerda la cómoda postura de la derecha española, que atribuía el liberalismo a los masones o el movimiento obrero a la Internacional.

De lo que está sucediendo este verano en España, el hecho que tiene significación duradera no es el posible juicio de algunos ministros y exministros, sino la muerte de los tres obreros de la construcción en Granada. A pesar del ingenio y aptitud para la política económica mostrado por el Opus Dei, y a pesar de su tibio liberalismo político, a la hora de la verdad las demandas de los obreros en favor de salarios más altos y de sindicatos independientes se contestan a tiros. El Opus Dei, ahora bajo ataque falangista, va a estar menos dispuesto que nunca a tratar de imponer una nueva estructura sindical y a permitir que los convenios colectivos se negocien libremente. Por otro lado, la resurrección de la Falange como una alternativa populista no beneficiaría a los obreros españoles, a pesar de sus atractivos a corto plazo; se les negaría la posibilidad de tener sindicatos independientes para aplicarles la camisa de fuerza de una revigorizada estructura corporatista. La Falange no podría renunciar a su viejo programa y crear un sindicalismo puramente obrero.

Las muertes en Granada, y la batalla que las precedió al negarse los obreros que se manifestaban delante del edificio del sindicato «vertical» a dispersarse, y el defenderse de la policía arrojándoles ladrillos, indican que el miedo empieza a desaparecer. Este es el hecho más significativo, lleno de promesas. Ocurrió recientemente en Barcelona un incidente de tipo muy distinto que apunta en la misma dirección. En un partido de fútbol entre el

Madrid y el Barcelona, el árbitro concedió al Madrid un penalty, por lo visto injusto, en un momento decisivo. Una gran cantidad de espectadores salieron al campo —lo que nunca sucede en España—, el juego fue interrumpido, la policía no pudo con ellos, y hubo un regular tumulto. Naturalmente, los catalanes deberían disponer de otras vías para manifestar sus sentimientos nacionalistas, pero lo que interesa retener es que esa actitud valerosa no podía concebirse hace unos años. Recuerdo un caso parecido, hacia 1955, cuando una barrera del estadio se rompió y la gente, empujada desde atrás, se metió en el campo; unos policías sacaron sus porras, se acercaron un poco, y los

espectadores rápidamente volvieron a sus sitios. La muy valerosa batalla que libra ETA, la organización vasca, cuyos miembros corren el riesgo de sentencias de cárcel muy largas —hay ahora casi doscientos en la cárcel— es otro signo de que el miedo desaparece. Un análisis verdadero del pasado es una de las tareas que, además de la satisfacción que cause al historiador, podría ayudar más a los obreros españoles, al acelerar ese proceso de superación del miedo. Los obreros españoles necesitan también solidaridad activa, dentro y fuera de España¹.

1. Este artículo fue publicado en **Marcha** (Montevideo), julio de 1970.

Ediciones Ruedo ibérico

David W. Pike

Vae victis !

**Los republicanos españoles
refugiados en Francia
(1939-1944)**

En breves páginas, apoyándose en numerosos datos rigurosamente inéditos, el autor estudia el problema que representaron los refugiados españoles de 1939 para Francia y para sus gobiernos, los ecos que aquella avalancha humana inesperada provocó en la prensa y en la opinión pública francesas, las medidas que las autoridades se creyeron obligadas a tomar contra una minoría (más de 400 000 personas) considerada desde el principio como halógena y peligrosa, el problema de derecho internacional que planteó y sus incidencias políticas. Sobre la vida de los refugiados en los campos y sobre las querellas que dividieron en ellos a las distintas corrientes políticas de refugiados españoles, esta obra es, sin duda alguna, una contribución de gran valor a la historia política, todavía no escrita, del exilio español.

128 páginas

10,50 F

Sindicalismo e integración

El momento es importante o puede serlo. La sustitución progresiva del franquismo tradicional por un capitalismo autoritario, también progresivamente paralelo al endurecimiento de la autoridad en los demás capitalismos europeos, de los que cada día forma parte más visiblemente, puede alcanzar a un sector influyente de la oposición trabajando sobre supuestos totalmente desfasados ya, haciendo cábalas sobre posibilidades de actuación adelantadas siempre por hechos irreversibles, tratando de poner etiquetas a situaciones sobrepasadas en vez de ir creando constantemente nuevas opciones a la clase obrera que entre la desorientación y la integración tardaría entonces largos periodos históricos en recorrer caminos cuya superación debería haber sido supuesta.

La reciente huelga de los empleados de Comunicaciones en los Estados Unidos, espontánea y prescindiendo de los acuerdos entre el gobierno y las centrales sindicales a las que han rechazado negando cualquier tipo de representatividad, ha sido la última, y la más sorprendente habida cuenta de la situación de la clase obrera en ese país, de una cadena de advertencias sobre la profundidad y la novedad de unos planteamientos que en España pueden presumiblemente alcanzarnos imaginando sindicatos tradicionales que tener posteriormente que sobrepasar. Cito esa huelga, que ha amenazado con el paro general extendido a los transportes aéreos, los de carretera, los ferrocarriles y hasta a los funcionarios de la administración federal que han anunciado que no vacilarán en

acudir también a las «huelgas salvajes» si no se les da satisfacción, porque a pesar de las amenazas del presidente, de sus alusiones al ejército y toda la violencia planteada frente a sus demandas, el entusiasmo ha sido general y de una virulencia no imaginable hasta ahora en la compleja situación de clases/razas en la lucha de clases en los Estados Unidos. El impulso de clase ha pasado, en esta ocasión concreta, por encima de una situación de hecho que se consideraba inamovible, y los recursos de la administración americana no se han diferenciado demasiado —todavía si en matiz, no en concepción— de los que se hubieran adoptado en España en una circunstancia similar: la fuerza, el ejército, la acusación a «las infiltraciones de extremistas» y la participación beligerante de la gran prensa burguesa; como el **New York Times** defendiendo y justificando esa violencia y militarización, con olvido de su juego habitual de liberalismo comprensivo, ante un peligro real que se salía del marco habitual de las farsas sindicales permitidas. La cito también porque se trata de una advertencia última en el tiempo y límite dado el contexto sociopolítico en que ha tenido lugar. En Europa la situación es aún mucho más significativa y sus planteamientos progresivamente más nítidos.

La Europa salvaje

Porque no puede prescindirse ya de la llamada «Europa salvaje». La Europa que a través de unas huelgas que sobrepasan

los cuadros clásicos de los acuerdos sindicales intenta replantear, desde sus necesidades esenciales, la lucha de clases.

Todo esto es elemental y sin embargo sorpresivo. No sorprendente, sino creador de sorpresa precisamente en quienes por considerarse los más perfectos manipuladores del instrumental analítico del marxismo tendrían que haberlo previsto.

Pero, ¿previsto qué? Ahí es donde entra lo que llamaba la elementalidad presumible del nuevo planteamiento de las clases trabajadoras en la Europa del capitalismo con métodos renovados de ejercicio del poder de clase. O se acepta la integración en la sociedad consumista, pero entonces se acepta el fin de la lucha de clases, la no necesidad de los partidos revolucionarios y se entona el mismo requiem lógico por el marxismo como método que la socialdemocracia alemana tuvo el valor de efectuar en su congreso de Bad-Godesberg quitándose de encima una terminología mágica, porque lógicamente no hay otra salida, o se reconoce la necesidad de plantear la lucha de clases desde plataformas de respuesta adecuadas a esa sociedad no alterada en sus fines, pero dinámicamente creadora de nuevos formalismos alienantes. Me parece que los dispositivos tienen pocos aliviaderos marginales. La aceptación del reivindicacionismo como meta, y la lenta absorción por parte de un obrerismo dócil de las condiciones de vida ofrecidas por la sociedad de consumo, y eso es el fin de cualquier presupuesto teórico revolucionario, o hacer saltar los mecanismos impuestos por el ejercicio de un capitalismo creador de constantes ofertas a la integración. Por ejemplo, a través del diálogo confortable. El diálogo diversificado entre patronos y trabajadores a través de burocracias sindicales, los diálogos intelectuales, teístas, filosóficos, interpretativos, sociológicos;

multitud de diálogos creando una madeja de posibilidades integradoras que terminan por crear el carrusel del reivindicacionismo con control perfectamente asumible, al menos en una espiral que terminaría asfixiando la economía capitalista según ciertos teóricos pero que, mientras, también pueden crear un determinismo histórico que insinúe que basta con esperar para asistir al derrumbamiento de un sistema condenado al ahogo de posibilidades por su mismo funcionamiento estructural.

« Desde 1968, la burguesía europea descubre las huelgas salvajes. Descubre que, por toda Europa, los obreros declaran las huelgas sin sus sindicatos y, en ocasiones, dirigen el movimiento iniciado contra los mismos sindicatos. La burguesía presencia este fenómeno como absolutamente nuevo, con una mezcla de terror y de serenidad. No sabe bien sobre qué pie bailar. ¿Se trata de una tormenta efímera o de una plaga en trance de convertirse en crónica? ¿Se trata de una falta de flexibilidad de la organización sindical o bien de una vuelta a las « clases peligrosas » ?

Europa se empieza a encontrar en una situación parecida a la de España, la situación de las « huelgas ilegales ». Sólo que la diferencia consiste en que la ilegalidad de esas huelgas en Europa lo es, por el momento, con respecto a la legalidad sindical. Primero se ha hablado simplemente de huelga « no oficial » pero en muchas publicaciones se cita ya el término de ilegal para designar aquella que no cumple los acuerdos decididos entre el patronato y las centrales sindicales. Tampoco es tan reciente. Durante varios años han ido desarrollándose esas huelgas no tramitadas por las centrales sindicales, denominadas por ello « huelgas salvajes » como oposición a los civilizados paros de trabajo negociados con buenas maneras en las que el patronato, por ser su propio

terreno, lleva siempre una inicial ventaja por lo menos de procedimiento. En principio, en los países con centrales sindicales controladas por la socialdemocracia, las minorías comunistas y una base que se agrupa por necesidades inmediatas, juegan el principal papel, pero después, la « rebelión de la necesidad » se plantea incluso frente a las centrales sindicales de toda obediencia, como un símbolo primario de enfrentamiento a un abandono de los postulados revolucionarios al caer en la trampa « política » de las reivindicaciones pactadas. Porque si las reivindicaciones se convierten en el fin en vez de mantenerse como los medios se hace « capitalismo de gestión » a medias con el patronato en una desmedida y bien poco revolucionaria preocupación por la legalidad.

En Alemania, tras el paréntesis de la reconstrucción y el capitalismo disimulado por imágenes populistas masivamente implantadas en un país bajo la presión del desarme moral y la atracción del confort inmediato, empiezan los enfrentamientos escalonados. En una síntesis muy rápida se pueden recordar: La huelga de 1964, con unos 15 000 empleados de los servicios públicos de Hamburgo imponiéndose a su sindicato que proponía la negociación; la de los metalúrgicos de Baviera; la denuncia por parte de los metalúrgicos del Ruhr de los convenios colectivos; las huelgas salvajes del otoño de 1955 en los astilleros de Hamburgo y del puerto de Bremen; y la gran huelga, en 1956, de Schleswig-Holstein que terminó por un enfrentamiento de los trabajadores con los sindicatos. « Es todavía difícil de apreciar si las huelgas son sobre todo la expresión de una simple conciencia sindical de los trabajadores o si contienen ya los primeros elementos que se podrían calificar de revolucionarios », ha escrito en **Neue Kritik** Wolfgang Lefèvre (artículo recogido en el

número de febrero de 1970 de **Partisans**), puesto que ha habido huelgas fundamentalmente diferentes. No se puede comparar el combate de los trabajadores de Klöckner, en Bremen, con las huelgas, diríamos clásicas, concluidas por los sindicatos de acuerdo con la patronal. La huelga de Klöckner queda así como un hito que observar en el desarrollo de una nueva y radicalizadora manera de enfrentar las decisiones de la clase obrera marginada de sus centrales sindicales.

En Inglaterra, el enfrentamiento con las Trade-Unions ha venido siendo progresivamente más claro, y hasta se especuló con la necesidad del partido conservador de ser derrotado por los laboristas —y consiguiéndolo —para que fueran éstos quienes maniobraran con una clase obrera en la que empezaban a germinar unas minorías de cada día más difícil control por unos sindicatos domesticados. Se ha dicho que, en los años 1950, entre el 80 y el 90 % de las huelgas se iniciaron por paros no oficiales, no reconocidos sindicalmente. Los sindicatos o pierden lentamente la confianza de sus miembros que no pertenecen a la burocracia negociadora o instrumentalizan la función correctora de los excesos de un capitalismo con el que colaboran y al que en virtud de esa función correctora estabilizan. En 1954 se produce el gran movimiento huelguístico de los trabajadores de los muelles, claramente enfrentado con las Trade-Unions. Tan claramente enfrentado que termina pareciendo una batalla planteada más contra ellos que contra el patronato. Durante cerca de dos meses, y sin ayuda económica, detienen el trabajo en los puertos, desafiando así la orden de reanudación del trabajo dada por las centrales que, éste es un dato sumamente significativo, son sostenidas por la gran prensa burguesa de Inglaterra. Es un dato recogido por numerosas publicacio-

nes que las huelgas salvajes son cada día más frecuentes, aceptándose que entre 1964 y 1967 ha habido 2 150 huelgas salvajes contra 84 paros oficializados por la burocracia sindical. Considerándose habitualmente criterios para juzgar el carácter de las huelgas tanto las formas de lucha empleadas y el comportamiento de los huelguistas respecto a los sindicatos, y a la forma de resolver el conflicto, como los progresos eventuales realizados en la acción, en materia de autoorganización.

Francia ha visto el paro general de mayo de 1968. Un paro después canalizado y malamente liquidado por las centrales sindicales, pero no provocado por ellas ni respondiendo al tipo de corto reivindicacionismo tradicional, ya habitual en el movimiento obrero francés. Pero antes de 1968 habían tenido lugar los paros en las minas del norte y de Lorena en 1963; huelgas en las que los mineros decidieron romper por su cuenta los acuerdos tomados triangularmente por el gobierno, los sindicatos y el patronato, y que databan de 1969. También existían precedentes como el de 1953, en cuyo mes de agosto alrededor de cuatro millones de trabajadores iniciaron una huelga prescindiendo de la opinión de sus centrales sindicales. Y 1955 es el año de las huelgas salvajes de Nantes y Saint-Nazaire; lucha sobre la que se ha dicho que no sólo se realizó independientemente de las organizaciones sindicales, sino que los huelguistas « se oponen muchas veces a los acuerdos que los sindicatos concluyen con el patronato, se enfrentan victoriosamente a las Compañías Republicanas de Seguridad (CRS) en la calle, afirman su voluntad de luchar sobrepasando las reivindicaciones salariales y contra la política capitalista de jerarquización de los salarios que aceptan los sindicatos ».

La huelga de los astilleros de Saint-

Nazaire es decididamente violenta, hay destrozos de material, se hiza la bandera roja en los talleres, y queda en evidencia una política sindical de cortos alcances. Como antes decía, una política sindical acusada de ser la civilizada colaboradora con el patronato en un capitalismo de gestión, donde cada uno conoce sus límites, su capacidad de maniobra, su campo posible de participación en una línea que jamás pondrá en peligro la razón de ser del sistema, su definición. No se trata ya entonces de lucha de clases, puesto que ese camino no conduce a ninguna victoria final posible, sino del reacomodo de las clases en una participación más o menos tensa dentro del sistema y sin ponerlo más que teóricamente en discusión.

Mientras que los sindicatos acusan de « provocadores » a quienes desatan la huelga sin su control y a quienes invitan a la violencia y se plantean descarnadamente la lucha total entre dos concepciones del mundo, plenamente insertas en la lucha de clases y con una victoria final únicamente posible, lo que supone la revolución puesto que la propiedad de los medios de producción no va a ser abandonada voluntariamente, lo que a su vez exige indefectiblemente la fuerza empleada de un modo o de otro, hay quienes contrariamente preguntan a esos sindicatos si es posible la victoria final contra el capitalismo planteando la lucha únicamente sobre el reivindicacionismo sindical y la aceptación electoral de una política de parlamentos. A las centrales sindicales la acción directa les produce vértigo. Pero existe un hecho importante: en los países donde la socialdemocracia controla las burocracias sindicales, su finalidad es evidentemente la de un planteamiento reformista de las luchas obreras puesto que eso está dentro de sus declaraciones de principios, de la lucha política de sus

dirigentes y de sus convicciones ideológicas. Pues bien, cualquier otra central sindical, sean cuales sean sus declaraciones teóricas y los principios que inscriban como inspiradores, ¿qué otra cosa hacen si plantean la lucha obrera sobre la misma base inamovible del reivindicacionismo pactado y la aceptación del «orden de clase» impuesto? En tanto la coincidencia no sea de etapa, de medios, que sería variablemente lógica, sino de metas, de objetivos finales, ¿no se identifican ambos planteamientos sindicales en uno sólo, sea cual sea la definición que esas centrales sindicales se den a sí mismas y sean las que sean las banderas que las arropen? Partidarios de las huelgas salvajes han afirmado: «Los sindicatos aceptan de manera creciente el cuadro de la racionalización capitalista de la producción a cambio de concesiones periódicas sobre los salarios y de un muy relativo *statu quo* sobre las condiciones de producción.»

Italia se enfrenta a idénticos planteamientos, como Bélgica en los años 1960 y 1961 primeramente, y en 1970 en Limbourg¹, donde la base —una base no belga, no enfeudada por tanto en el sindicalismo histórico del país— ha llevado el peso de una huelga que ha sobrepasado también el cuadro de las conversaciones entre «interlocutores válidos»: patronato, Estado, sindicatos. E incluso, con gran sorpresa para los habituales observadores de la prensa burguesa mundial, la huelga salvaje de los mineros de Kiruna, en Suecia, prendió con su ejemplo en los trabajadores de Dinamarca y de Finlandia; la factoría «Volvo» en Göteborg, la huelga de los astilleros de Copenhague, etc. Los sindicatos volvían a ser desbordados en la medida en que habían aceptado un juego que era el mismo juego del poder en esos

países con gobierno socialdemócrata; y desbordados en la medida en que los nuevos planteamientos «informales» responden a las necesidades de una clase obrera que se distancia así del reformista integrador de los países escandinavos. En Limbourg se hicieron llamamientos al uso de la fuerza, en Saint-Nazaire se utilizó, otros paros del mismo género estuvieron a punto de generar batallas de gran violencia. ¿Pero cómo podía asustar eso a las centrales sindicales? ¿Cómo rechazar el empleo de la violencia contra un sistema que hace de la violencia su procedimiento fundamental de instalación y de mantenimiento? Todo el aparato del Estado pertenece al capital, puesto que le pertenece el Estado. La fuerza pública, los servicios del orden, de su orden, intervienen siempre según las necesidades del patronato lógicamente, nunca según las necesidades de los trabajadores, que tienen un orden en contradicción con el institucionalizado. Toda sociedad capitalista es una sociedad originadora de violencia, violencia servida tanto a través de la pura fuerza material como del control de la información, del dominio de la cultura —pese a cualquier apariencia de democratización de la enseñanza base—, de la posesión de las técnicas de explotación más refinadas, del lenguaje, del poder político que ejerce siempre el poder económico sirviéndose incluso de vicariatos de filiación doctrinal socialista llámense partidos, sean sindicatos socialdemócratas o cualquier sindical que acepte paralelas prácticas habituales.

El primero de mayo de 1969 —el primero de mayo no es festivo en Inglaterra— 100 000 obreros ingleses participaban en una huelga de protesta contra un proyecto gubernamental de reforma de los sindicatos, arma que Wilson trata de emplear para terminar de domesticarlos, o sea, completar su civilización. Las Trade-Unions dan a

1. Sobre esta huelga, véase también el artículo de Jean-Paul Ribes: «Les mineurs du Limbourg contre les syndicats», *Les Temps Modernes*, abril de 1970, n.º 285.

sus adherentes la consigna de abstenerse de participar en ese movimiento al que califican, no se sabe bien si con temor o con repugnancia, de « puramente político ». Pero un sector de las clases trabajadoras británicas se enfrenta decididamente tanto al proyecto gubernamental como a la pasividad de sus sindicatos ; y cesa el trabajo en los muelles principalmente, pero también son alcanzados por el paro la prensa y la industria del automóvil. La revuelta antipatronal, antigubernamental y antisindical se ha puesto en marcha.

Es fácil calificar toda acción fuera de los cauces sindicales como aventurerismo a la larga funesto para la clase obrera. Su riesgo es cierto, pero esta certeza no justifica el desarme a que los sindicatos reformistas invitan a la clase obrera con pérdida definitiva del objetivo final. Posiblemente todo esto tenga un cierto aspecto caótico, y seguro que lo tiene de improvisado y de excesiva confianza en el espontaneísmo de las masas. Pero, ¿no está sucediendo algo muy importante cuyas consecuencias pueden irse desarrollando en los próximos años ? ¿No es un planteamiento, todavía provisional y como al azar de situaciones dadas, del intento de retomar la dinámica de la lucha de clases desde su raíz ? ¿No supone un intento, todavía informe, de tomar otra vez la clase obrera la dirección de su propia lucha ascendiendo progresivamente los niveles de lo reivindicativo, doctrinal, político y revolucionario ? ¿No se trata al final de la constatación de la violencia impositiva a la que enfrentar otra violencia liberadora, sea cual sea la forma que esta violencia tome ?

Nuestro caso

Estos datos, con el temor de que se inserten en las necesidades reales de la clase

obrero española, son los que pueden preocupar a la oposición al régimen franquista que se considera la heredera ideal del sistema, a partir del cambio progresivo de los mecanismos políticos. Esa oposición al régimen, de naturaleza estrictamente política, pretende tomar entonces en sus manos la lucha en todos los frentes, con el fin de que la sucesión ideal tenga las menores dificultades posibles. Lo que obliga a preguntarse constantemente sobre los pactos, los frentes y las uniones sagradas invocadas frente a las formas fascistas, sobre a quién favorecen en realidad y sobre si se podrán convertir con facilidad en la entrega de una conveniente masa de maniobra a los grupos oligárquicos que tratan de forzar las sustituciones políticas. La masa de maniobra de la clase obrera presionando con su presencia y sus acciones más o menos esporádicas.

Porque uno de los principales elementos del juego político a controlar sería las posibles centrales sindicales, haciéndolas entrar ya desde su actual estado embrionario en el juego tradicional de los países capitalistas con democracia formal, impidiendo que unas condiciones de lucha más duras, por las circunstancias particulares de España, creen un poder obrero real o al menos una dinámica de enfrentamiento que se escape del control de los mecanismos integradores. Por eso es éste un momento importante en el que tanto la línea de actuación como la progresiva inserción en los niveles sucesivos, o su intento, deben ir quedando claramente delimitados, no sea que la velocidad de las ofertas integradoras del capitalismo español desborde la inseguridad de las organizaciones obreras en su búsqueda de cauces adecuados o en su acomodo a modelos utilizados tradicionalmente y que parezcan suponer un avance sobre los actuales desarrollos de la conciencia de clase.

Un documento redactado en el País vasco, como conclusión a estudios realizados directamente en los centros de trabajo, advertía que :

« Durante el año 1970 la dinámica reivindicativa va a ser fuerte. Llevamos cuatro años, prácticamente, con los salarios congelados, los precios por otra parte han aumentado en gran medida y aumentarán de una forma meteórica durante el año próximo, y los salarios mínimos son realmente minimísimos. Con estas condiciones, unidas al hecho de la renovación de los convenios, la dinámica reivindicativa es segura.

» En la lucha que se va a entablar por los convenios, no se va a poner sólo en cuestión una descongelación de salarios, sino fundamentalmente, una descongelación de libertades.

» En realidad todo esto lo saben los capitalistas. Saben que si los precios suben tienen que venir las peticiones de salarios, saben que si no lo dan a nivel provincial lo darán a nivel de empresa, saben que ni las estructuras sindicales, ni las jurídicas, ni las políticas sirven adecuadamente para integrar actualmente a la clase trabajadora. Pero su única salida es ésta : desarrollo de las estructuras productivas, integración de la clase trabajadora en el sistema, paulatina adecuación de las estructuras políticas, sindicales, jurídicas. ¿ Con qué armas cuentan para ello ? Pues con el despido, los toques salariales, la represión, la falta de politización y de organización de la clase trabajadora, las horas extras.

» Por lo tanto lo que se plantea durante este año 1970 con los Convenios colectivos no es sólo si los salarios subirán el 6,5 o el 15, sino fundamentalmente el presente y el futuro de la lucha de clases. Los capitalistas quieren conseguir con los convenios la « paz social », es decir dejarles la iniciativa y la tranquilidad suficiente para asegurar su presente y su futuro. »

Esta declaración es, como todas, perfectamente discutible. Pero por eso precisamente es también perfectamente planteable. La experiencia de los países capitalistas me parece que prueba la imposibilidad revolucionaria, la imposibilidad por tanto de una victoria de clase, aceptando el juego formalmente democrático de la existencia de sindicatos operando como amortiguadores de la violencia implícita en el sistema. Mecanismo que demuestra su

superior rentabilidad sobre el de la mera fuerza conteniendo, con formas políticas fascistas, la **ansiedad reivindicativa** que precede a la conciencia revolucionaria que pudiera fraguar en una sociedad sin válvulas sindicales de seguridad.

La situación actual puede propiciar tanto el esfuerzo para una toma de conciencia radicalizadora como la desviación hacia la línea de lucha por reivindicaciones inmediatas, con mínimas pero aparatosas concesiones políticas respecto a libertad, reunión, etc. Como siempre, porque la situación no tiene nada de nueva, se trata de situar las reivindicaciones como el objetivo o como el punto de partida. En las conclusiones citadas se decía : :

« En suma, una reivindicación es una victoria :

- « — Si debilita el sistema capitalista ;
- Si crea nuevos centros de poder, bases de plataformas de nuevas luchas ;
- Si moviliza a otros trabajadores ;
- Si eleva el nivel de conciencia y de lucha de los trabajadores ;
- Si da más moral y más experiencia ;
- Si compromete en la acción organizada a más trabajadores ;
- Si nos ejercita en la lucha obrera ;
- Si nos aporta una mayor madurez ideológica. »

Por lo tanto, parte de las reivindicaciones deben ser :

- « • Libertad de reunión, asociación y expresión ;
- Amnistía para todos los presos políticos y sociales y readmisión de los cargos sindicales destituidos, así como de los trabajadores despedidos ;
- Derecho de huelga ;
- Garantías reales para los cargos sindicales. Que ninguna destitución pueda ser realizada por nadie ajeno a los trabajadores que les eligieron ;
- Acceso libre a la prensa, radio y TV ;
- La no intervención de la policía y de las fuerzas de orden público en los conflictos de empresa ;
- Enseñanza gratuita a todos los niveles ;
- Control obrero de los fondos de las mutualidades laborales ;

- Bloqueo de los alquileres y construcción de viviendas a precios asequibles;
- Ninguna intervención del gobierno en las negociaciones colectivas: normas, topes salariales. »

Y como consecuencia :

- a) No aceptar como base de diálogo las limitaciones del decreto de « descongelación », sino partir siempre de las necesidades reales de los trabajadores. ¿Cómo admitir el 6,5 cuando es seguro que los precios van a subir más de un 12 % ?
- b) No negociar ningún convenio de más de un año de duración.
- c) Para empezar a discutir sobre cualquier negociación de salarios diferidos hay que partir de tres condiciones : 1) Que los capitalistas abran públicamente —a todos los trabajadores de la empresa o empresas— sus libros de cuentas ; 2) Que se suprima también el secreto bancario y por lo tanto se tenga también acceso a estas cuentas ; 3) Que los fondos destinados a salarios diferidos sean controlados libremente por los trabajadores desde el momento de la negociación.
- d) Actualización de los salarios, automáticamente cada tres meses, sobre la base del aumento real experimentado por los artículos determinados en un módulo de necesidades elaborado por la comisión deliberadora del convenio.
- e) Hay que conseguir convenios generales de rama (o nacionales), que impiden el egoísmo de empresa y logran conquistas para todos. A la lucha a nivel de rama (generales o provinciales) tienen que seguir la lucha por las reivindicaciones pendientes a nivel de empresa ».

acompañado de negativa colectiva a pagar los alquileres, ocupación de viviendas desocupadas, boicot a la prensa, presión en los barrios, iglesias, medios de difusión de masas, etc.

Planteamientos posibles. Iniciativas para conversaciones. Sugerencias para su discusión y acciones realizables. Pero sobre todo, llamadas de atención de fuerza y oportunidad variable sobre el riesgo de encontrarnos tratando de recorrer caminos cuya no viabilidad se está comenzando a advertir por parte de minorías que se plantean con rigor de clase las luchas obreras en cada país de Europa. La toma de conciencia revolucionaria de las masas tiene que seguir siendo el objetivo real de las fuerzas revolucionarias. Y el sindicato, las comisiones, los comités, las huelgas, las reivindicaciones y los enfrentamientos, parciales o generales, inmediatos o planteables a más largos plazos, parten de las necesidades reales para llegar a las libertades definitivas. Lo contrario es proclamar que se camina hacia un lugar al que se sabe con absoluta precisión que no va a llegarse nunca. Plantear reivindicaciones como lo contrario exacto de revolución y sindicatos como la antítesis más refinada de la lucha de clases.

Como aportación documental al tema de la lucha obrera en España, en este momento concreto y situada en nuestro contexto europeo y mundial de crisis del sindicalismo tradicional, me parece interesante examinar algunas significativas declaraciones: A) de Comisiones Obreras, así como dos aportaciones críticas a su tarea. Una de ellas, aparecida en **Komunistak**, B) órgano del grupo así llamado, heredero directo de ETA Berri, la primera importante escisión de ETA, podría considerarse como la crítica desde la izquierda; la otra, C) como la crítica desde la derecha, publicada primero en **Le Monde** y reproducida después por los órganos informativos de los sindicatos de la República Federal Alemana.

Luis Ramírez

Documentos

A

1 Ante el futuro del sindicalismo

Después de cuatro meses de un diálogo fraternal y sincero, un grupo de militantes del movimiento obrero hemos encontrado las bases sobre las que creemos que podría desarrollarse la lucha unida de los trabajadores. Ningún exclusivismo ni espíritu de grupo nos animó a esta labor. Nadie ha pretendido que triunfe una u otra parte de las tendencias que actualmente tratan de representar a los trabajadores y la realidad de su lucha. Sólo nos animó, aun reconociendo la diversidad de procedencias de cada uno, el mejor espíritu de servicio al movimiento obrero, por encima de cualquier otra consideración.

Cuando llegamos al punto final de nuestro acuerdo básico queremos hacer llegar a todos los compañeros, a todos los que comparten la misma lucha y las mismas aspiraciones, el texto definitivo, en el que hemos logrado recoger y sintetizar cuanto llenó largas horas de trabajo y discusión.

1. El sistema capitalista genera y condiciona la lucha de clases. En un sistema socioeconómico capitalista no hay posibilidad de armonizar los dos bandos en pugna, situados en posiciones contrapuestas. Por ello, la defensa y reivindicación de intereses contrapuestos e irreconciliables, no pueden admitirse más organizaciones sindicales que aquellas que parten de esta realidad. Es decir, los sindicatos horizontales, los sindicatos de clase. Repudiamos, por tanto, los llamados «sindicatos» actualmente existentes, legalmente, en la España capitalista en que estamos, fundamentalmente por no ser instrumentos idóneos para la lucha que los trabajadores necesitan desarrollar para la defensa y reivindicación de sus derechos.

2. Los trabajadores españoles han de luchar, por tanto, por la conquista del derecho de asociación obrera, universalmente aceptado y que nadie puede —moralmente— negarles, mientras que los sectores

patronales han conservado en todo momento sus organizaciones, sus posibilidades de reunión, de diálogo, y de acuerdo para la acción coordinada, los trabajadores españoles han estado y están sometidos a la dura disciplina de una legislación que prohíbe sus asociaciones y que, además les impone el encuadramiento en unos «sindicatos» estatales (cuyos dirigentes no han sido democrática y libremente elegidos por los trabajadores) que, para colmo, además, no les permiten defenderse eficazmente en la ininterrumpida lucha de clases, es decir, en la lucha justa que los trabajadores se ven obligados a desarrollar, para la defensa y reivindicación de sus derechos, en un sistema socioeconómico capitalista.

3. Los trabajadores, a lo largo de la historia del movimiento obrero, han comprobado que su fuerza, su capacidad, procede principalmente de la unidad de clase, sumando pobreza, esfuerzos, experiencia y organización, han conquistado del sistema capitalista avances sociales que aunque limitados y circunstanciales, parecían inalcanzables hace años. Pero, cuando la unidad se rompe, al igual que cuando faltan las bases elementales de libertad y de independencia y organización, la acción de los trabajadores no es eficaz o no puede desarrollarse. De ahí la importancia fundamental, la trascendencia indiscutible de la unidad, al igual que de la independencia y de la libertad del movimiento obrero.

4. En virtud de la experiencia histórica y atendiendo a las exigencias de la unidad, afirmamos que las organizaciones del sindicalismo obrero deben ser plenamente independientes de todos los partidos políticos. Reconocemos, sin embargo, la posibilidad de partidos políticos identificados con las aspiraciones e intereses de la clase obrera.

5. Los trabajadores deben comprender claramente que forman un mundo marginado por la sociedad

capitalista. Ellos son los desposeídos, los que reciben las migajas de un sistema socioeconómico injusto no sólo en dinero sino también en cultura, en responsabilidad, en participación. Porque creemos que todos los hombres son originalmente iguales en derechos, la sociedad que les encuadra debe ser la sociedad de todos. Para ello, hay que cambiar las estructuras de la sociedad actual, concebidas sólo para el beneficio fabuloso de unos pequeños grupos, y el beneficio marginal, muchísimo menor, de un sector inmensamente mayoritario de la población.

Con este fin los trabajadores, rechazando las atenciones de la sociedad capitalista, que sólo aspira a prolongar su vigencia engañando y comprometiéndose a las masas populares, tiene que organizarse con plena independencia para desarrollar los planes que conduzcan a su emancipación y a la construcción de una sociedad para todos, lo cual no quiere decir que, en ciertos momentos, no acepte determinadas acciones conjuntas con otras capas sociales para la consecución de objetivos coincidentes.

6. Aceptada la necesidad de unidad del movimiento obrero y de su independencia, consideramos que el instrumento eficaz ha de ser la Central Sindical Unica, cuyas bases de construcción deberán ser, libres y democráticamente acordadas por las Asambleas de trabajadores, realizadas con la colaboración de las organizaciones sindicales obreras representadas en las empresas. Estas Asambleas deberán ser debidamente reglamentadas desde el escalón de empresa. Podrá acordarse la constitución de una federación de sindicatos de la misma rama de producción, un sindicato único, una cámara sindical, o cualquier otra fórmula que se acuerde y que responda mejor a la voluntad de los trabajadores. Consideramos que las actuales organizaciones de encuadramiento real y los movimientos de representación de los trabajadores deberán colaborar siempre, y por encima de todo, en esta aspiración unánime de la auténtica unidad.

7. La libertad de asociación, el derecho de huelga, la máxima libertad de actuación, de palabra, de escritura, de reunión, han sido siempre la base de todo auténtico sindicalismo. Sin esa libertad no puede hablarse de sindicalismo. Pero además, consideramos que han de darse en el auténtico sindicalismo obrero, un respeto para las diversas tendencias que en su seno puedan manifestarse. Por ello, las asambleas constituyentes de los sindicatos deberán acordar la fórmula que evite la dictadura del grupo más fuerte o del mejor organizado, compatible con el respeto a los democráticos de las mayorías. Esto sería garantía de unidad.

8. Ningún trabajador puede, moralmente, eludir la parte que le corresponde en la lucha de la clase obrera por su libertad y por la construcción de una

sociedad para todos. El movimiento obrero español logró en otros tiempos que nadie pudiera concertar un contrato de trabajo si no estaba previamente inscrito en su sindicato obrero. La lucha es de todos para todos y nadie puede eludir su responsabilidad si puede permitírsele que lo haga ya que, con ello, perjudica a los demás trabajadores, a la lucha comunitaria desplegada en la unidad es imprescindible. Comprendemos que, ahora, solamente es exigible a los trabajadores su vinculación militante, su compromiso en la lucha.

Deseamos que algún día, dispongamos del elemento legal que garantice la sola posibilidad del encuadramiento en la Central Sindical Unica, según la libre y espontánea voluntad de los trabajadores.

9. Nosotros proponemos que es la obligación de todos los militantes del movimiento obrero español colaborar:

a) En la difusión de las ideas para hacer frente, así, a los intentos redoblados de la burguesía capitalista para frustrar, una vez más, esta oportunidad próxima de organización unida de los trabajadores, que se perfila superando los errores del pasado.

b) Colaborar en todos los intentos de constitución de comisiones de enlaces y jurados, así como de militantes obreros, en los diversos sectores de trabajo, y abierta a todos, para luchar en forma unitaria por las reivindicaciones inmediatas de derechos y la maduración del movimiento obrero. Las Comisiones Obreras, creadas por los propios trabajadores, son un movimiento indispensable, sin subordinación a ninguna tendencia ideológica.

c) Cooperar en la coordinación de estos esfuerzos y de entendimientos entre cuantas entidades y personas que luchan hoy, activa y sinceramente, en el seno del movimiento obrero.

10. Nunca el capitalismo ha regalado nada a los trabajadores. Si actuamos unidos, podremos alcanzar el éxito. Si nos prestamos a las maniobras enemigas sólo nosotros seremos culpables del mantenimiento de nuestra esclavitud. Los trabajadores son el único sector de la población española que tiene garantizadas cara al futuro unas organizaciones de masas. La burguesía capitalista sólo cuenta con la posibilidad de aglutinar grupos minoritarios. Si rechazamos las tentaciones fáciles y luchamos por los objetivos tradicionales y actuales del movimiento obrero, unidos y desde posiciones claras, nadie podrá arrebatarlos el triunfo final.

Deseamos fervientemente que nuestras aspiraciones puedan realizarse por cauces pacíficos, cerrando definitivamente el ciclo de violencias que han ensangrentado en el último siglo a nuestra nación.

Madrid, 31 de marzo de 1966

2 Declaración de las Comisiones Obreras de Madrid

Ante la campaña de desorientación desatada en torno a las Comisiones Obreras [CC.OO.] con el fin de confundir a ciertos sectores de trabajadores y con ello, intentar dividir a nuestra clase las CC.OO. de Madrid, hemos considerado oportuno difundir la presente Declaración con los siguientes objetivos:

1) Para que los trabajadores que por diversas circunstancias lo ignoran conozcan el porqué del nacimiento de las CC.OO., lo que son, lo que representan y lo que pretenden.

2) Para que sepan todos los que aseguran que las CC.OO. están sujetas a tal o cual grupo político o económico, que no sólo no es cierto sino que además, detrás de este ataque se esconde la siembra de confusiones, de desconfianzas, de atentados contra nuestra unión y sentimientos solidarios, tan vitales para proseguir la lucha por nuestros derechos económicos y sociales.

3) Para definir y concretar una vez más nuestra característica esencial de oposición a las actuales estructuras sindicales, que son lo contrario de un sindicato de clase y están al servicio de las consignas políticas de la Administración y de los intereses económicos de las empresas.

4) Porque queremos hacer, a través de esta declaración un llamamiento solemne a todos los sectores laborales del país, cualquiera que sea su ideología o compromiso político, sindical o religioso para que se sumen a las CC.OO. como Movimiento Unitario y autónomo de la clase trabajadora en este momento de su evolución.

El nacimiento de las Comisiones Obreras

El día 31 de enero de 1966 se dio a conocer una Declaración de principios titulada «Ante el futuro del sindicalismo» que respondía perfectamente al espíritu de las CC.OO. y en el que se afirmaba:

«El sistema capitalista genera y condiciona la lucha de clases. En un sistema socioeconómico capitalista no hay posibilidad de armonizar los intereses de los dos bandos en pugna situados en posiciones contrapuestas. Los trabajadores deben de comprender claramente que forman un grupo marginado por la sociedad capitalista. Ellos son los desposeídos, los que reciben las migajas de un sistema socioeconómico injusto, no sólo en dinero sino también en cultura, en responsabilidad, en participación.»

Para nosotros, es evidente que España no ha sido ni es una excepción a esta ley general del capitalismo. Desde que acabó la guerra civil, a pesar de las reiteradas afirmaciones de las autoridades en el sentido de que habían logrado la «superación de la lucha de clases», «la armonización de los intereses del capital y el trabajo», «la implantación de un

sistema ni capitalista ni socialista», el hecho real es que la lucha de clases no ha dejado de ser una realidad ni un solo día, que la pugna de intereses entre capital y trabajo ha ido ganando cada vez mayor virulencia, que el sistema establecido en España es sin duda capitalista, y en su actual forma, monopolista y oligárquico.

Durante estos últimos 27 años la indefensión de la clase obrera ha sido total. Nuestras organizaciones destruidas, nuestros militantes perseguidos, nuestros periódicos y locales confiscados... en sustitución nos montaron unas estructuras (el sindicato vertical) inmovilistas, que por no ser independientes están a la merced de la patronal, que por no ser democráticas carecen de toda representatividad (principalmente en los niveles superiores a la empresa, en la llamada «línea de mando o política», que es donde se toman las decisiones); que por no disponer de medios de presión eficaces (entre ellos el derecho de huelga) nos deja indefensos ante los empresarios. En realidad estamos excluidos de los centros donde se toman las decisiones que afectan al conjunto de las naciones; excluidos de la dirección de los sindicatos y de los órganos de dirección de la empresa (a pesar de la Ley de coestión); excluidos de la Universidad y de los ministerios; excluidos del control de los medios asistenciales y de familia.

Aprovechándose largo tiempo a esta situación, la gran burguesía española, utilizando libremente para su servicio los resortes del Estado, reforzado las estructuras monopolistas del capitalismo hasta un grado tal de concentración que hoy en día la mayor y mejor parte de nuestra riqueza está en mano de un puñado de terratenientes, banqueros, grandes industriales y traficantes nacionales y extranjeros.

Sin embargo, a pesar de las terribles dificultades de todo tipo, los trabajadores no hemos dejado de luchar ni un solo día por nuestros intereses de clase. Sería interminable enumerar los millares de acciones obreras desde las simples visitas de una comisión al patrono, hasta la huelga, que se han producido en España desde 1939 hasta nuestros días. Nosotros somos conscientes de que esta acumulación de esfuerzos y sacrificios obreros han sido el elemento esencial que ha posibilitado el nacimiento de las CC.OO. con las características que hoy tienen.

Por otra parte, para nadie es un secreto que el capitalismo español, que la Administración se han visto obligados por la presión de las masas y por sus propios fallos internos a tomar una serie de medidas que han acelerado el proceso de la lucha de clases. En este sentido no es inútil recordar que hacia el año 1956 la crisis económica de la burguesía era dramática. La política económica de las autori-

dades se había manifestado como un fracaso y el país estaba al borde del desastre. La presión de las masas (importantes huelgas de 1956-1957) aceleraron la crisis al obligar al gobierno a un aumento general de salarios (la famosa subida demagógica patrocinada por el entonces ministro del Trabajo). Automáticamente subieron los precios, y la carrera entre ellos y los salarios se hizo infernal. Ante esta situación la oligarquía española optó por cambiar de política, ponerse en manos de los grandes monopolios extranjeros e intentar sanear la economía, es decir, salvar sus negocios a costa, una vez más, de los trabajadores: esto fue el llamado «Plan de Estabilización». Aun tenemos los obreros vivo en la memoria lo que fueron aquellos años de «estabilización», cuando nuestros salarios se vieron reducidos en un 40-50 % y muchos de nosotros obligados al paro o a la emigración. En aquella ocasión, los trabajadores no tuvimos con qué defendernos eficazmente porque estábamos prácticamente inertes o maniatados ante la voracidad de un capitalismo anti-nacional y sin escrúpulos.

Pero, por otra parte, no todo se presentaba de color rosa para la burguesía. Este cambio en la política económica exigía ciertas transformaciones en la legislación laboral; en las relaciones jurídicas entre patronos y obreros. Para los monopolios españoles era vital, con el fin de no quedar asfixiados por la presión exterior e interior, aumentar la productividad de los obreros, es decir, aumentar y sistematizar la explotación de los mismos, aplicando las modernas técnicas de racionalización del trabajo, libertad de despido que también conocemos los operarios industriales. Pero esta operación era irrealizable con las viejas reglamentaciones nacionales del trabajo, dictadas por el ministro de Trabajo, que si bien congelaban los salarios también frenaban la productividad del trabajador. Era pues necesario cambiar y para ello se dictó en 1958 la Ley de Convenios colectivos. Aunque la literatura oficial presentaba los convenios como un instrumento eficaz para elevar el nivel de vida del obrero, la realidad fue que sólo sirvieron, en una primera fase, para aumentar el rendimiento del trabajador. Pero la maniobra, como todas las maniobras, tenía un doble filo pues la aplicación de la Ley ponía por primera vez frente a frente a patronos y obreros alrededor de una mesa de deliberación para discutir sobre el contrato de trabajo. Para el capitalismo la «operación» era arriesgada, pero los monopolios y el Estado confiaban en que el sindicato oficial serviría de intermediario y frenaría cualquier acción de los trabajadores. Efectivamente el sindicato vertical, llegada la hora de poder demostrar alguna validez para los trabajadores en la discusión de los convenios colectivos, se quitó la careta definitivamente apareciendo ante la clase trabajadora como instrumento ineficaz y vendido a la patronal. Por si

fuera poco, todavía les quedaba y les queda el recurso, en el caso de que la presión trabajadora salve el obstáculo del sindicato oficial, de recurrir al Ministerio de Trabajo para que, a través de prácticas como la «deflactación», desvirtuar los convenios y reducir a la nada nuestras aspiraciones.

Sin embargo, el capitalismo y sus servidores no tuvieron en cuenta que están cambiando muchas cosas en España. La vida moderna acrecienta las necesidades de los trabajadores, a la par que los nuevos medios de información nos ofrecen a diario una imagen o referencia de otros países; la tarea realizada ininterrumpidamente por los militantes del movimiento obrero eleva la conciencia de los obreros; una nueva generación de trabajadores se lanza a la lucha sin los perjuicios del pasado. La unidad de la propia burguesía se ha hecho añicos, debilitando las posibilidades de reacción y maniobra de las autoridades.

En estas condiciones, no se hizo esperar la respuesta de los trabajadores. En las grandes huelgas de la primavera de 1962 en Asturias, Cataluña y el País vasco tenemos los primeros ejemplos de la coincidencia de aquellos descritos anteriormente y que están en el origen del nacimiento de las Comisiones Obreras.

En aquellas acciones nacieron las primeras CC.OO. con características similares a las que hoy tienen las nuestras. En aquellas acciones los trabajadores rompimos sistemáticamente las estructuras sindicales, eligiendo democráticamente en el mismo centro de trabajo a nuestros auténticos representantes, obligando al actual sindicato oficial a recibirnos y obteniendo los primeros aumentos de salarios importantes, desde 1956.

Concretamente en Madrid, estas Comisiones nacían y morían con cada reivindicación hasta que, después de múltiples acciones, los militantes obreros más activos que van formándose a través de ellas comprendieron que no sólo era posible sino también necesario dar vida permanente a estas formas nuevas que en las actuales circunstancias toma el movimiento sindical de oposición a las estructuras oficiales.

Así nacerían los primeros contactos entre metalúrgicos de Pegaso, Standard, Marconi, Perkins, CASA, ante la necesidad de presionar para obtener el 20 % de mejora salarial y un mejor convenio colectivo del metal. Así surgió de esta necesidad pero espontáneamente la Comisión provincial de la Metalurgia madrileña, en una reunión de cerca de 600 obreros del ramo, enlaces, vocales, jurados y militantes sindicalistas. Esta reunión se celebró en la sede del Sindicato provincial del Metal y en presencia del Vicesecretario provincial de Ordenación social, el Presidente del citado Sindicato del Metal, el Presidente de la Sección social y otras autoridades del sindicalismo oficial.

Sobre esta experiencia nacería la Comisión provincial de Prensa, Papel y Artes gráficas al calor del convenio colectivo interprovincial de Artes gráficas y de las Asambleas de trabajadores que se celebraron en el «Círculo Social de Manuel Mateo», también en este caso con asistencia y participación de autoridades sindicales verticales como el presidente de la Sección Social Central del Sindicato de Papel y Artes gráficas, el Procurador en Cortes señor Zaragoza. Por estos mismos cauces surgieron las comisiones de la Construcción, Química, Transporte, Banca, Enseñanza.

¿Qué son las Comisiones?

- 1) Las CC.OO. son una forma de oposición unida de todos los trabajadores, sin distinción de creencias o compromisos religiosos o políticos, a unas estructuras sindicales que no nos sirven. Nacen como una necesidad de defender nuestras reivindicaciones inmediatas y de preparar un mañana de libertad y unidad sindical y por ello las CC.OO. no son hoy, ni pretenden serlo mañana, un sindicato y menos todavía una agrupación política. Precisamente luchamos por la conquista de unas libertades básicas que permitan a los trabajadores, reunidos en Asambleas democráticas, decidir sobre su futuro, creando su propia organización sindical como lo estime conveniente la mayoría, con absoluto respeto a las minorías auténticamente representativas de sectores de trabajadores.
- 2) Las CC.OO. son un movimiento independiente de la clase obrera, para la defensa de los intereses de la clase obrera. Rechazamos por ello cualquier clase de «verticalismo» o de sometimiento a las consignas de la Administración o de cualquier grupo político.
- 3) El principio democrático (tanto para tomar decisiones como para elegir a nuestros representantes) es la regla de actuación de las CC.OO. Cualquiera que haya asistido a nuestras Asambleas o reuniones ha podido participar ampliamente, sin cortapisas, con todo el peso de su voz y su voto, en las decisiones y en las discusiones. Practicamos hoy la democracia porque sabemos que en la auténtica democracia obrera está nuestro futuro.
- 4) Salvando el principio democrático según el cual seremos los propios trabajadores los que en su día tendremos que decidir sobre la forma del futuro sindicato español, las CC.OO. abogamos y luchamos por la unidad sindical, siempre y cuando esta unidad está basada en la libertad, la democracia y el respeto a la diversidad de los grupos ideológicos participantes. Consideramos que la división sería un suicidio de clase en la España de los monopolios cuando tenemos en frente un capitalismo poderoso con sus organizaciones patronales e industriales unitarias. Si lo que pierde al «sindicato oficial» de

hoy es su falta de libertad e independencia, el peligro del mañana es caer en la división de diversas centrales sindicales aunque gocemos de teórica libertad. Es necesario luchar ya desde hoy por lograr la síntesis eficaz de un sindicalismo unido en la libertad y la democracia.

Por último, parece claro que todos debemos velar por para que bajo la capa de una libertad mal entendida no se nos arrebate y se dispersen en cien pedazos los medios e instrumentos sindicales que se han ido acumulando con nuestras cuotas y nuestros sacrificios hechos de jornadas de trabajo agotadoras, mantenidas constantemente, de privaciones sin cuento de nuestras familias.

En este sentido los trabajadores españoles podemos incluso superar a otros movimientos sindicales extranjeros si acertamos a conjugar la autenticidad sindical con la posesión de los medios materiales acumulados en torno a la organización sindical oficial que hoy controlan el Estado y los patronos.

- 5) Las CC.OO. representan un avance decisivo para el movimiento obrero actual, por cuanto han sabido dar el peso necesario de la clandestinidad a la legalidad y licitud. Rechazamos la clandestinidad que las estructuras sindicales oficiales y los grandes capitalistas nos quieren imponer. Nos negamos a ser considerados como una «asociación ilícita» y seguiremos trabajando a la luz del día con nuestros nombres y señas por delante.

El grado de madurez de los trabajadores, puesto de manifiesto últimamente en Madrid con ocasión de la manifestación del día 28 de junio pasado y la subsiguiente corriente de solidaridad hacia las CC.OO. junto a los cambios en las circunstancias socioeconómicas y legales del país, imponen cada vez con mayor fuerza la aparición del movimiento obrero español a la luz del día, reivindicando la licitud de sus fines y, por lo tanto, la legalidad que le corresponde.

- 6) Por último, creemos que todo sindicalista honesto que se plantee no sólo arrancar unas mejoras (que casi siempre son eliminadas por los subidas de los precios subsiguientes), sino también emancipar a su clase, tiene que comprender que sólo la unidad de los trabajadores en la acción económica, social y política puede obtener el fin deseado.

En todo caso una vez creadas las condiciones de libertad y democracia en las que los obreros podamos decidir independientemente sobre nuestro destino, las CC.OO. habrán cumplido con su misión y el único veredicto que aceptamos será el manifestado libremente por todos los trabajadores.

Objetivos de las Comisiones Obreras

Finalmente, como resumen de todo lo dicho conviene fijar en general las líneas maestras de la acción de las Comisiones Obreras:

a) Lucha inmediata y diaria en todos los centros de trabajo a escala de empresa, taller, tajo u oficina, de rama de industria o provincial, por la mejora de todos los puntos que se contienen en el contrato de trabajo, sea éste individual o colectivo. Principalmente, por lo que respecta al trabajo, jornada de trabajo, eventualidad, despidos, discriminaciones por razones de edad o sexo.

b) Lucha por las libertades democráticas especialmente por la conquista de los derechos y libertades

sindicales para que los trabajadores podamos hacer oír nuestra voz en el concierto general de la sociedad y para participar en las decisiones colectivas. De esta forma lucharemos por el pleno derecho de asociación, de reunión, de elección, de huelga, de prensa obrera, etc.

Madrid, junio de 1966

3 V Reunión general de las Comisiones Obreras

Reunidos en Madrid representantes de las Comisiones Obreras de Cataluña, Andalucía, Aragón, Asturias, Galicia, Vizcaya, Navarra y Centro, se han constituido en Reunión general extraordinaria de las CC.OO. con el fin de analizar la situación política y social, especialmente como consecuencia del reciente cambio de gobierno y las perspectivas actuales de lucha de la clase obrera por la conquista de un sistema democrático y contra el proyecto de ley sindical del gobierno. La Reunión general propone ante los trabajadores las siguientes conclusiones:

—Las CC.OO. consideran que el cambio de gobierno ha tenido como causa fundamental la constante presión de la clase obrera, del campesinado, estudiantes, intelectuales, sectores avanzados del clero, amplios medios populares de la ciudad y del campo y la lucha por sus derechos nacionales de los pueblos de Euskadi, Catalunya y Galicia. Luchas populares, constantes y variadas, que han incidido con fuerza sobre los agudos problemas sin resolver que tiene planteados el país: la congelación salarial, la carestía de la vida, la falta de viviendas, el abandono del campo, la crisis de la Universidad, la falta de libertades democráticas, la represión constante, la existencia de presos políticos en las cárceles, la corrupción gubernamental —caso MATE-SA—, el desprestigio de las Instituciones —Cortes, Consejo nacional, Ayuntamientos, etc.—, la agudización del problema nacional, el deterioro de las relaciones internacionales, la falta de perspectivas para la juventud, etc. Todo ello ha producido una elevación de la conciencia política general del país, una agudización de las contradicciones en el seno de la sociedad española, lo que ha conducido a una agudísima lucha por el poder entre distintos grupos del régimen dentro del propio Consejo de ministros.

En una primera fase, la oligarquía intentó, ante esta situación, contener el avance de las fuerzas demo-

cráticas con puras medidas represivas —ley de bandidaje y terrorismo, tribunales militares y como culminación la declaración del estado de excepción. Ante el fracaso de esta política, debido a la resistencia de las fuerzas populares y el aislamiento cada vez mayor del régimen, tanto fuera como dentro de las fronteras, los sectores dominantes de la oligarquía han iniciado, con el cambio de gobierno, la eliminación de los elementos y formas externas más notoriamente fascistas del régimen en un intento de acallar la ola de protestas y ser aceptados en el ámbito internacional.

—Las Comisiones Obreras, desde su posición de clase, consideran que este cambio de gobierno no significa ninguna modificación en la composición social y económica del poder. La oligarquía en su conjunto sigue dominando todos los resortes del Estado. Por ello, la clase obrera y el pueblo no deben esperar nada bueno del nuevo «equipo» por muy técnico, moderno y europeísta que quiera presentarse. No obstante, las CC.OO. pensamos que ante la pérdida de base social y política que estos cambios han significado para el régimen, ante la repulsa general del país ante las formas más odiosas en que se manifiesta la dictadura, ante los retrocesos a que se ha visto obligada la represión, ante la agudización de la lucha de clases que se está desarrollando como consecuencia de la política económica del gobierno, cuyos rasgos son: mayor sometimiento al imperialismo americano y europeo, planificación encaminada a aumentar los beneficios del capitalismo, sacrificio del nivel de vida de las masas y formas más agudas de explotación de los trabajadores; ante todo esto, la clase obrera, con su lucha, está en mejores condiciones que antes para aplicar y coordinar la lucha de las masas hasta la huelga general que conduzca a la conquista de las libertades democráticas.

—Ante esta nueva situación política, la Reunión general de las CC.OO. considera que existen condi-

ciones favorables para que la clase obrera, el campesinado, los estudiantes, coordinando sus esfuerzos con los demás sectores democráticos y expresando los intereses de todo el país, intensifique la ofensiva en todos los frentes de su lucha actual, cuyos aspectos principales son:

1.º El **salarial**. Está demostrado que allí donde la clase obrera o el campesinado han luchado con fuerza y unidad, el tope salarial del 5,9% ha sido superado, consiguiéndose aumentos mucho más elevados. Los ejemplos más destacados los encontramos en la minería asturiana, la metalurgia vasca, en amplios sectores de la industria catalana, en la construcción sevillana y en comarcas del campo andaluz y catalán. Partiendo de esta experiencia, es necesario prepararse en esta etapa para reforzar la lucha salarial, especialmente a través de la discusión de los convenios colectivos que han de ser renovados y conseguir sustanciales mejoras en las condiciones de trabajo.

2.º El **sindical**. La Reunión general de las CC.OO. ha constatado que la lucha de los trabajadores por un sindicato obrero está entrando en una nueva fase decisiva de amplias perspectivas. La justa orientación y la tenaz lucha de las CC.OO. hace varios años en el terreno sindical ha calado muy hondo en la conciencia de todos los trabajadores y hoy se está manifestando con gran amplitud y múltiples formas: a través de escritos con millares de firmas, centenares de asambleas de los que salen resoluciones, tomas de posición de juntas sociales, vocales y enlaces sindicales, son muestra de la repulsa unánime de la clase obrera ante el proyecto sindical del gobierno. Con este clamor general del mundo del trabajo vienen a coincidir hoy, en aspectos fundamentales, fuerzas de muy distinto origen y matiz: obispos catalanes, de Cádiz y Canarias, Hermandades del Trabajo, Asociación Nacional de Propagandistas, algunos Consejos provinciales de empresarios, órganos de prensa nacionales, procuradores en Cortes, entre ellas la enmienda de un grupo de familiares que recoge literalmente el texto del anteproyecto de Ley de las CC.OO., etc.

Ante esta unanimidad, la Reunión general considera que es necesario intensificar la exigencia de que el proyecto de ley sindical del gobierno **sea retirado de las Cortes**. Reafirma, por otra parte, que la única solución válida para el mundo del trabajo es el cumplimiento de los siguientes puntos:

1.º Que los dirigentes a todos los niveles sean elegidos libremente por los miembros del sindicato.

2.º Que el sindicato sea plena y totalmente independiente de la patronal, del Estado o cualquier otro interés ajeno a sus fines.

3.º Que las estructuras que encuadren a los trabajadores sean absolutamente independientes de las de los empresarios.

4.º Dado que la unidad es el mayor bien de la clase obrera, la estructura organizativa del futuro sindicato deberá unir a todos los trabajadores, con o sin tendencia, dentro del libre juego democrático, que garantice el cumplimiento de los acuerdos de la mayoría y el respeto a la opinión de las minorías.

5.º Que se reconozca el derecho de huelga.

6.º Que el futuro sindicato acoja en su seno a todos los trabajadores, ya sean técnicos u obreros dentro del principio de libertad de afiliación.

7.º Que los representantes sindicales gocen de garantías —no ser expedientados ni sancionados— en el ejercicio de sus funciones.

8.º Que se salden de una vez para siempre las cuentas que dificultan la presencia entre nosotros de aquellos compañeros que por luchar por nuestra clase se encuentran encarcelados, exiliados o represaliados socialmente.

Mientras se llega a la realización de una nueva estructura sindical que recoja los citados puntos y que deberá ser obra de los propios trabajadores y de nadie más, las Comisiones Obreras proponemos el siguiente programa inmediato para una reforma sindical:

1. Amnistía, que suponga la libertad inmediata de los presos por razones sociales y políticas; la anulación de los procesos incoados por los mismos motivos; la readmisión de los trabajadores despedidos por su actuación en defensa de sus compañeros; reposición en sus cargos de todos los representantes sindicales desposeídos.

2. Que se celebren elecciones sindicales en aquellos centros de trabajo donde se carece de representación sindical o donde los representantes sindicales no defienden a los trabajadores. Estas elecciones libres deberán ser impuestas por los obreros como ya ha sucedido en algunas empresas.

3. Apertura de un nuevo proceso destinado a determinar la futura estructura sindical, partiendo del principio de que son los trabajadores y no el Estado o cualquier otro poder, quien debe de determinarla. Dicho proceso habrá de basarse en reuniones y asambleas de trabajadores, celebradas con plena libertad a todos los niveles, en las que se discutirán las bases de la futura reglamentación sindical hasta concluir en un Congreso constituyente que la determine.

Para la conquista de estos objetivos, la Reunión general hace un llamamiento a los trabajadores para que intensifiquen la celebración de asambleas a todos los niveles, aprueben escritos y resoluciones que expresen los anteriores puntos, que realicen todo tipo de manifestaciones contra el proyecto de Ley del gobierno. Dando un paso más, es necesario que las acciones de las empresas, ligando siempre

la lucha por las reivindicaciones económicas con la protesta contra la Ley sindical, que prepare las condiciones para una gran acción generalizada y coordinada en todo el país: por el aumento del salario; contra el proyecto sindical del gobierno y por la conquista de un sindicato obrero; por la amnistía y la libertad inmediata de los presos. La Reunión general quiere resaltar la importancia que en esta lucha sindical está teniendo la solidaridad de los trabajadores de la emigración, a través de sus organizaciones de apoyo a las CC.OO.

La **represión**. La Reunión general de CC.OO. comprueba que allí donde la clase obrera unida a las capas democráticas de la población ha presentado un frente común contra las odiosas medidas represivas de la dictadura, ésta no ha tenido más remedio que retroceder. En este sentido merecen ser señalados como ejemplos la lucha de los mineros asturianos, la del pueblo vasco con la clase obrera a la cabeza, contra la condena de Arrizabálaga y los trágicos sucesos de Erandio, la campaña de solidaridad de las comarcas industriales catalanas. También hay que destacar que objetivos antirrepresivos como la petición de amnistía, condena de los tribunales especiales, denuncia de la tortura, que hasta hace poco tiempo sólo defendía la clase obrera, actualmente se ha convertido en un clamor

nacional y en una exigencia de la sociedad española. Esto significa, a nuestro juicio, que se dan condiciones favorables para dar pasos decisivos en el camino de conquistar la libertad de los presos políticos y poner un freno a la represión. Para ello es necesario pasar inmediatamente a la realización de acciones concretas en las empresas por la libertad de los presos. Que en las asambleas obreras, que en las acciones reivindicativas, que en los escritos contra la Ley sindical, se plantee con fuerza la exigencia de la libertad inmediata de los presos políticos y sociales, compañeros nuestros.

En este sentido consideramos que debemos insistir más que nunca en la línea de nuestro carácter de movimiento abierto, no clandestino, que la necesidad de ir imponiendo la legalidad de hecho de las Comisiones obreras a nivel de tajo y hasta niveles superiores debe ser en todo momento un objetivo fundamental de nuestra lucha. Por ello, nos reafirmamos en nuestra posición que es importante seguir utilizando las plataformas legales existentes, entre ellas el servirse lo más audazmente de los cargos sindicales, en el sentido que lo hemos manifestado en las III y IV Reunión general de Comisiones Obreras.

Noviembre de 1969

4 Conclusiones de la Comisión Interindustrial de Comisiones Obreras de Madrid

Tras sistemáticas discusiones colectivas en las Comisiones de Empresa, Rama, Provinciales, etc., a fin de estudiar los problemas que se plantean al movimiento obrero a la luz de la situación actual, y reunidos posteriormente en Asamblea de Inter-ramas donde fueron discutidas las conclusiones aprobadas por cada rama, hemos llegado a las siguientes conclusiones finales sobre:

Representatividad

Al abordar este problema se han tenido en cuenta dos aspectos fundamentales:

a) Que la elección no es más que un procedimiento empleado para determinar quién debe ostentar la representación y aunque debemos hacer serios esfuerzos tendentes a que la representatividad sea asumida por aquellos que hayan sido elegidos democráticamente, no podemos olvidar que nos encontramos ante una dictadura ferozmente antiobrera —y no en una democracia— que hace muy difícil que en

los centros de trabajo se verifique la elección, consciente, directa y democrática por la que se delega la representación de todos, en aquellos compañeros que se han hecho acreedores de ella.

b) Que uno de los problemas que existen al hablar de Comisiones Obreras, es el tender a destacar un solo aspecto de su carácter. Así, por ejemplo, se afirma muchas veces que «somos un movimiento y no una organización» o viceversa, sobre todo por nuestros detractores. Nosotros, rechazamos tales posturas, pues ambas cosas son aspectos inseparables del mismo fenómeno, y afirmamos que somos un movimiento con el nivel de organización indispensable para desarrollar nuestras tareas bajo las condiciones que la Dictadura nos impone. Teniendo en cuenta lo anterior, CC.OO. consideran representativo, a nivel de movimiento de masas, a todo trabajador que conoce e interpreta fielmente las necesidades y los deseos de sus compañeros y que, compenetrado con ellos, es capaz de organizar la lucha para que sus deseos se cumplan independien-

temente de la ideología política o credo religioso que profese; esté o no ligado a CC.OO., ya que CC.OO. como encarnación que es del nuevo movimiento obrero no niega a ninguna ideología, credo o fuerza sino que ofrece la posibilidad de aunar todos los esfuerzos ante los intereses comunes de la clase obrera. El respaldo de la representatividad y la verificación de la misma, en cada trabajador vendrá dado en función de la dedicación, fidelidad y entrega a la lucha por los intereses de su clase; de la confianza expresa o tácita que la mayoría les otorgue; de la capacidad de movilización de sus compañeros y del grado en que los moviliza, pues la representatividad de los cargos se basa fundamentalmente en lo correcto o incorrecto de sus planteamientos reivindicativos y políticos en los planos de acción concreta.

Como quiera que la representatividad nace en la empresa con la participación sistemática en el análisis de los problemas y la discusión de los métodos de lucha para resolverlos, hay que ampliar el movimiento en los centros de trabajo mediante la creación de comisiones o grupos que faciliten una participación cada vez más masiva de todos los trabajadores.

Pese a las dificultades que la Dictadura nos impone, en aquellas empresas, centros de trabajo, en que el nivel de participación y de lucha lo haga posible hay que exigir, además, la forma consciente de otorgarla: la elección democrática y directa a ser posible en Asambleas.

Pero si en la base del movimiento, en los centros de trabajo, la Dictadura hace muy difícil o casi imposible la elección, en la organización como zonas, grupos, provinciales, etc., es decir, en la parte más consciente del movimiento organizado, hay que exigir, para la representatividad, la forma consciente de otorgarla: la electividad mediante el voto.

Dado que en CC.OO. además de los órganos eminentemente representativos hay otros que son órganos de trabajo en el seno de éstos y ejecutores de sus acuerdos, habrán de tenerse en cuenta, a la hora de elegir a sus miembros, características, no tanto de representatividad como de capacidad —en su más amplio sentido— para desarrollar el trabajo que se les encomienda. Estos órganos, delegados y ejecutores de los acuerdos de los órganos representativos y elegidos en el seno de ellos, actuarán según el esquema de acción planteado y decidido por los órganos que les eligen y que son, en definitiva, los órganos máximos en lo que a poder de decisión y ejecución se refiere, y ante los cuales deberán rendir cuentas de su actuación periódicamente; deberán además, desplegar toda su iniciativa para potenciar el desarrollo de los programas generales de CC.OO.

Parados

Sería un error dar de lado a los compañeros despedidos o parados como consecuencia de la represión, con el pretexto de que ya no están en contacto directo con los compañeros de su empresa. Caer en él sería hacer el juego a la policía y a los patronos, poner en sus manos la dirección del movimiento obrero, descabezarlo, ya que encarcelan y despiden a los más lúcidos y combativos. En unos momentos en que todos somos necesarios no podemos prescindir, por un simple formalismo burocrático, de la presencia activa de nuestros mejores compañeros que están pagando con su sacrificio y entrega el desarrollo del movimiento obrero. La situación de parados o de cambio de trabajo no puede ser un argumento válido contra su permanencia en los órganos de CC.OO. donde pueden y deben seguir haciendo aportaciones valiosas gracias a su experiencia activa forjada en la lucha en los centros de trabajo. Quizás no posean la representatividad inmediata y concreta de tal o cual empresa, sin embargo, mantienen intacta su representatividad a nivel general, adquirida a través de la lucha diaria. Habremos de canalizar, en todo caso, su actividad hacia aquellos puestos que no exigen un contacto diario con la fábrica y que a medida que se desarrollan las CC.OO., en todos sus aspectos van a exigir, y de hecho ya están exigiendo, una mayor dedicación. Con objeto de que se mantengan en contacto con sus compañeros deberán asistir a las comisiones de empresa, zona, rama, etc., es decir, a los órganos representativos, especialmente a aquellos del plano orgánico inferior, a los que presen su actividad fundamental. No obstante, habrá que cuidar que en los órganos representativos de CC.OO. el número relativo de parados no sea demasiado alto como para motivar el alejamiento de las masas, sin que puedan establecerse más límites que los que cada una de las ramas fije, respetando siempre la opinión de los compañeros que les eligen.

Consideramos que el fortalecimiento del movimiento y de la organización son inseparables. Si el movimiento de masas se frena, se retrasa respecto a la organización, hay el peligro de una dirección burocrática y separada de la realidad. Si es la organización la que se desarrolla con retraso, el movimiento, actuando espontáneamente, es un barco a la deriva.

Comisiones Obreras Juveniles

Dadas las características peculiares del joven trabajador, la estructuración de la COJ como parte integrante de las CC.OO., hemos de considerarla como un proceso abierto —y no como algo ya hecho, cerrado— durante el cual se vayan articulando sus

formas concretas de organización desde las que se plantea la lucha por sus problemas específicos. En este sentido, la integración de la COJ a nivel de fábrica, zona y rama, y su íntima ligazón y participación en todos los niveles orgánicos del movimiento de CC.OO. no debe confundirse con la disolución de sus órganos propios en las organizaciones de adultos. Hay que tener en cuenta que los jóvenes, aunque trabajadores, tienen una problemática distinta y también unas inquietudes y una visión de los problemas peculiares; sus reivindicaciones, a menudo, se salen de los límites de la empresa y su capacidad de movilización y de lucha abarca aspectos por los que los adultos no se sienten directamente afectados. Por ello, consideramos oportuno que, partiendo, por supuesto, de su total integración en la empresa como un trabajador más y sin destruir su actual ligazón a las zonas y ramas, disfruten de autonomía organizativa a la hora de encuadrar a los jóvenes y de plantear la lucha por sus problemas específicos.

Comisiones de barrio

Consideramos necesario un mayor conocimiento de sus posiciones y de sus problemas. Sabemos que es un elemento más de la movilización de los trabajadores en la lucha contra el franquismo y nos pronunciamos por mantener contactos más estrechos y continuos. Sería deseable que, por ambas partes, nos despojáramos de posibles prejuicios y susceptibilidades a fin de llegar a la unidad.

Unidad

La unidad de la clase obrera en su lucha contra el capital y como una de sus condiciones fundamentales para su triunfo, es uno de los problemas esenciales, no sólo de hoy, sino de siempre. CC.OO. en la declaración de principios hace patente su afán por aglutinar en su seno a todos los trabajadores sin distinción de credo o ideología, ofreciendo así una alternativa concreta para conseguir los objetivos de nuestra clase. Pero la unidad no puede ser una mera declaración de principios, sino el resultado de la acción unitaria concreta realizada en todos sus planos en la lucha diaria frente a los patronos y el régimen, máxime cuando en la situación actual, existe una división concreta en el seno de la clase obrera, producto, unas veces de la historia y otras, de nuevas formulaciones ideológicas. En este sentido, no podemos mirarla únicamente —aunque este sea el punto de partida y además el fundamental— a través de lo que ocurre en la empresa en la que cada uno de nosotros trabaja, sino a un nivel más general. Y es cierto que en el panorama del movimiento

obrero existen determinadas fuerzas obreras y organizaciones de carácter sindical como UGT, CNT, STV, FST, etc., que en función del desarrollo desigual bajo las condiciones de la dictadura son más o menos numerosas en las distintas regiones del país, incluso en las distintas ramas de la producción; que si bien hoy tienen, en general, poca fuerza, sería aventurado decir lo mismo en el caso de una mayor libertad y no podemos olvidar, al plantearnos el construir la unidad como el mayor bien de nuestra clase, que no es sólo para hoy, sino hacia el futuro. Además, hay trabajadores que, sin participar activamente o estar afiliados en ninguna de estas organizaciones de carácter sindical, responden mentalmente a la ideología que está en el fondo de alguna de ellas y que se sumarían mejor a la lucha de las CC.OO. en el caso de que el movimiento obrero fuera un todo unificado. En problema tan esencial como la unidad de la clase obrera no podemos dejar la iniciativa en manos de las otras fuerzas ya que eso sería perpetuar nuestra división en favor de la clase que nos oprime. Es, por tanto, necesario desde ahora mismo, tratar de superar este fraccionamiento que, en gran parte, tiene más de resabios históricos, sectarismo, malos entendidos, etc., que de discrepancias profundas.

Para conseguirlo hemos de luchar en dos frentes:

- a) El fundamental, a nivel de centros de trabajo, buscando la participación masiva de todos nuestros compañeros en las asambleas y en grupos de trabajo, en la discusión y elaboración de nuestras reivindicaciones, plataformas y programas de lucha.
- b) En las relaciones con las otras fuerzas sindicales.

Relaciones con otras fuerzas sindicales a nivel de empresa

A nivel de empresa los militantes de CC.OO. hemos de tomar contacto con todos los compañeros, independientemente de las filas a que pertenezcan, proponiéndoles tareas en común a nivel de empresa; y procurando su participación en todos los planteamientos de lucha; eligiéndoles, sin son acreedores a ello, para que nos representen. Hemos de nombrar representantes auténticos de los trabajadores independientemente de la organización en que militen, pues sólo así podremos construir la unidad de nuestra clase. Al perseguir resueltamente la unidad como una de las formas más importantes de combatir el capital, las CC.OO. rechazan todo espíritu partidista y sectario dentro de su propio seno.

A nivel de dirigente

A nivel de dirigentes hemos de establecer contactos en discusiones abiertas y claras, sin dogmatismos

estrechos, a fin de superar los resentimientos y prejuicios históricos; de saber exactamente que es lo que cada uno piensa y cual es su planteamiento en la lucha; de llegar a acuerdos que ayuden a que la integración se vaya produciendo en la base, siempre que estos contactos y acuerdos no atenten a los principios y autonomía de las CC.OO. En todo caso, para los acuerdos sobre acciones que impliquen la movilización de los trabajadores será necesaria la consulta y aportación de las Comisiones provinciales de Rama.

Estos dos esfuerzos de abajo-arriba y de arriba-abajo se complementan y son inseparables en el proceso unitario.

Fuerzas políticas y sociales

Comisiones Obreras al igual que ha venido haciendo hasta ahora, mantendrá relaciones con todas aquellas organizaciones democráticas y sociales que estén de acuerdo con los objetivos fundamentales que persigue la clase obrera y muy especialmente con el movimiento estudiantil.

Estudiantes

Las CC.OO. apreciamos en todo su valor la justa lucha que el movimiento estudiantil viene desarrollando y nos identificamos plenamente con ella, muy especialmente, en aquellos frentes que nos son más directamente comunes, contra la represión, por la libertad, contra la Dictadura, por una Universidad democrática a la que puedan acceder los trabajadores. En este sentido nos pronunciamos por coordinar más estrechamente aún el movimiento obrero con el estudiantil, propiciando no sólo los contactos a nivel de dirigente —que deben ser permanentes— sino también a nivel de provinciales, zonas, etc., donde se expongan los programas y se llegue a acuerdos concretos sobre normas de ayuda mutua en los problemas que nos son comunes y sin interferencia en los asuntos propios de cada movimiento. La práctica de acciones en común, como las ya experimentadas, de comandos, reparto de propaganda, mítines, etc., debe ser continuada procurando cada vez más una mayor participación conjunta de las masas de ambos movimientos.

Partidos y organizaciones políticas

CC.OO. como aglutinador y orientador que es del nuevo movimiento obrero, que no excluye ninguna ideología política o credo religioso, sino que ofrece la posibilidad de aunar a todos en la lucha frente

al capital y la Dictadura, propicia las relaciones con todas aquellas organizaciones y partidos políticos que, en la etapa actual, puedan aportar elementos democráticos a la **lucha contra el régimen**. En este sentido hemos de luchar por pasar de los contactos bilaterales a reuniones y discusiones en las que estén representadas todas las familias políticas de carácter democrático (socialistas, comunistas, socialdemócratas, demócratas cristianos, etc.), y en las que ninguna de éstas pretenda excluir a las demás, con objeto de buscar una alternativa común a la situación actual, sin que ello comprometa nuestro más sagrado principio: **la lucha por la emancipación de la clase obrera**.

Métodos y plataformas de lucha

El movimiento de CC.OO. ha pasado de una cierta «tolerancia» en su nacimiento —M. Mateo, Orcasitas, etc.— a una represión implacable, situación ésta que no ha sido bien asimilada por algunos compañeros, comisiones, y hasta el movimiento en su conjunto. No darse cuenta a tiempo de que las condiciones cambian, de que el enemigo actúa continuamente y que hay que trabajar sobre la nueva situación para transformarla, encierra el peligro de anquilosamiento y de rutina. Ante los golpes de la policía y la patronal era evidente que tenía que darse un «repliegue» táctico del movimiento y un mayor rigor en la organización. Este «repliegue táctico» que no debía significar ni más ni menos que convertir en realidad la consigna de «hacer de cada empresa un fortín del movimiento obrero», desarrollando la participación masiva de todos los trabajadores, ha supuesto en algunos casos el recurrir a métodos de lucha clandestina de marcado carácter «conspirativo» disminuyendo la labor personal directa con los compañeros y sustituyéndola por la octavilla, dejando su reparto, además, en manos de grupos reducidos de «gente segura». La falta de contacto vivo, directo, hizo que, en algunos casos, los problemas planteados por CC.OO. fueran muy generales y su formulación un tanto vaga; en otros momentos, la vanguardia llevada de su espíritu combativo, ha confundido su impaciencia con la realidad y ha gastado sus energías persiguiendo acciones voluntaristas, sin arrastrar a las masas y quemando no pocos de sus mejores hombres. CC.OO. puede superar estas deficiencias. No todo puede ser como antes, pero sí con el mismo espíritu de lucha abierta, de contacto vivo y directo con los compañeros, aunque para ello, como se decía en el comunicado de la III Reunión general «haya que sacrificar ciertas fórmulas». Nuestra tarea inmediata debe centrarse fundamentalmente en la profundización y extensión del movi-

miento obrero. No hay que abusar de panfletos y octavillas, que si bien son necesarios, no son suficientes para movilizar a los trabajadores. Hay que «trabajar» más en los centros de trabajo, ponerse en contacto con nuevos compañeros y plantearse con ellos la forma de desarrollar la lucha en la empresa, la zona, la rama, etc. Reunir a compañeros por profesiones e incluso por especialidades para estudiar con detalle los problemas que nos afectan y abordarlos partiendo de las posibilidades reales; poner en contacto empresas afines; fomentar el espíritu de camaradería para llegar a una real solidaridad de clase entre todos los obreros; desarrollar las conversaciones personales, analizando minuciosamente el problema de cada uno, de cada profesión, de cada empresa, de cada rama, y donde se desarrolla la promoción progresiva de todos los trabajadores haciendo que intervengan en los órganos de decisión y coordinación del movimiento, donde se elabore la plataforma reivindicativa que sea bandera de lucha en el centro de trabajo. **Ni una empresa sin su carta reivindicativa. Ni una rama sin su programa o proyecto de convenio** donde se recojan las reivindicaciones de esa industria y sirva de plataforma para una lucha más general.

Las distintas peculiaridades de cada rama de producción, sus problemáticas, su composición social, el desarrollo desigual y nivel de lucha, etc., hacen necesaria y así se ha visto confirmada en la práctica, una gran autonomía, que debe ser respetada escrupulosamente, en el planteamiento de sus problemas específicos así como los métodos de lucha. Esta autonomía se manifiesta, sobre todo, a la hora de aplicar las directrices generales y los programas de lucha comunes elaborados por inter-rama o provincias y que deben ser respetados por todos. Paralelo a ello se debe desplegar una mayor iniciativa en las empresas, ramas, etc., para evitar caer en el «vicio» —como ha sucedido en los últimos tiempos— de ante cualquier problema esperar «a ver que hace la inter», para después criticarla por «haber tomado las decisiones por arriba».

Acciones de masas

Hemos de poner cuidado en no realizar acciones de escasa popularidad o arraigo entre la clase trabajadora. Las manifestaciones, concentraciones, huelgas, acciones de carácter general, sólo pueden realizarse cuando la protesta que quieren expresar, los objetivos que se quieren alcanzar, hayan sido hechos suyos por los trabajadores. No son suficientes las octavillas. **Es imprescindible hacer más reuniones y asambleas donde los trabajadores hagan suya la convocatoria.** En este sentido las acciones por «decreto» son peligrosas ya que los «fracasos» desmoralizan.

Huelga

Consideramos que la huelga sigue siendo nuestro medio fundamental de lucha, que la repetición y extensión de múltiples huelgas parciales, por motivos reivindicativos, nos conducirá a movimientos de paro cada vez más amplios hasta alcanzar la huelga general. Pero si bien esto es así, se trata de un enunciado muy general que es necesario confrontar con la práctica y sacar experiencia. En estos dos últimos años, hemos vivido la experiencia de la huelga; todavía de manera insuficiente, minoritaria, menor que la de los compañeros de Asturias, País Vasco o Cataluña, pero de la que podemos sacar ya algunas enseñanzas para seguir avanzando.

En primer lugar, tener bien claro que el motivo de los paros se ha debido a reivindicaciones bien concretas que interesaban con fuerza a los trabajadores y, en segundo lugar, que en el éxito o fracaso —si es que se puede hablar de fracaso, pues sólo el hecho de iniciarlo es ya un éxito— ha jugado un gran papel el grado de participación consciente de los interesados en su iniciación y desarrollo por medio de asambleas, reuniones, etc. Pero por falta de experiencia no siempre se ha utilizado bien esta arma. Nuestros errores, en general, se pueden resumir en una falta de previsión de las consecuencias, en una falta de dominio de todo el proceso de la lucha. En ocasiones el paro se inicia como una explosión de descontento ante tantos atropellos o cuando no han servido para nada las gestiones anteriores. La reacción de la patronal y del sindicato es siempre la misma: la represión (cierre de la factoría, suspensión de empleo y sueldo, despidos, detenciones, maniobras con promesas y amenazas, etc.). Y en este momento, el más difícil de la huelga, es en el que suele fallar. No siempre logramos mantener la unidad, la relación continua entre unos y otros por medio de asambleas, y, a veces, al final, tenemos excesivas bajas. Este es un aspecto en el que debemos insistir, pues consideramos que es uno de los puntos flacos de nuestra lucha: no defendemos suficientemente a los represaliados por la lucha. Es cierto, pensar otra cosa sería ingenuo, que en toda batalla hay bajas; pero debemos luchar con toda nuestra fuerza para que no las haya, para que sean las mínimas, para que le salgan caras al enemigo de clase. Por ello, en toda acción, la consigna «o todos o ninguno» debe ser nuestra máxima y debemos ser consecuentes con ella hasta el final. No podemos permitir que después de cada acción, los mejores queden despedidos o, en el peor de los casos, encarcelados, por mucha indemnización —que siempre es una miseria— que les dé la magistratura. Los despedidos por represalia son la arma más peligrosa que utilizan la patronal y el régimen para impedir el desarrollo del movi-

miento obrero. Para combatirla es necesario elevar la solidaridad y, sobre todo, antes de empezar la acción, cuando sea posible, plantear claramente ante los compañeros, en las reuniones y asambleas, que la lucha empiece bajo la promesa «**o todos o ninguno**».

El cumplimiento y la extensión de esta consigna será el mejor acicate para hacer más huelgas y extenderlas. No es casualidad que en las regiones donde la solidaridad es una gran tradición —Asturias, Vizcaya, etc.— se den los más amplios movimientos huelguísticos. Hemos de ver la huelga como un proceso —de horas o de meses— que haga posible que el «**o todos o ninguno**» se convierta en realidad. A la huelga, como punto culminante y esencial de nuestra lucha hemos de llegar, a través de otras acciones más modestas que faciliten la toma de conciencia de todos los trabajadores; que vayan forjando la organización y la unidad necesarias para poder mantenerla como el mejor método de luchar, no sólo por los objetivos concretos por los que hemos llegado a ella, sino también contra la represión que los patronos están dispuestos a desencadenar.

Comandos

Consideramos que los comandos son una forma de lucha importante, pero pensamos que deben estar siempre ligados a la lucha de masas. Deben ser formados por la propia comisión de fábrica, zona, rama, etc., para una acción concreta de apoyo (propaganda, agitación, etc.), a la lucha de masas que se está desarrollando o se vaya a desarrollar. Debe estar siempre controlado por la comisión que lo haya creado y no debe convertirse, al menos por ahora, en forma de organización permanente.

Estamos en contra del comando que, fruto de la impaciencia, se utiliza como sustitutivo de las acciones de masas, como autojustificación de algunos dirigentes. Esto es un error que conduce a posiciones «vanguardistas» que nos separan de las masas, que, a lo sumo, ven en el un «acto heroico» pero inaccesible para ellas y que, además, ponen en grave peligro a compañeros cuya labor han de desarrollar en otros aspectos importantes de la lucha.

Plataformas sindicales

En el nivel de conciencia y de organización del movimiento obrero en su etapa actual, es muy difícil sostener un movimiento de masas que destruya desde fuera la estructura sindical fascista que le traiciona y oprime. Plantearse en esta situación formas de lucha que incidan únicamente en el esfera ilegal y clandestina sin aprovechar las escasas posi-

bilidades legales que la demagogia del régimen nos ofrece, sería poner en grave riesgo el desarrollo del movimiento obrero. No existe contradicción entre el rechazo total del Sindicalismo vertical fascista, y la lucha por destruirlo e introducirse en él a través de los cargos sindicales representativos.

Las experiencias de **Banca** en Madrid, en Sevilla y Tarrasa, entre otras, nos muestran que la actuación desde dentro como complemento de la lucha que se desarrolla en las empresas, puede acelerar la toma de conciencia y el enfrentamiento de todos los trabajadores en general, y no de una minoría de vanguardia, con las estructuras sindicales oficiales. En la etapa actual, Comisiones Obreras se reafirman en lo que ya proponían en el comunicado de la IV Reunión general «el mantenimiento de esta plataforma de lucha, salvo que se cuente ya previamente con otras que la superen y que han de basarse en las decisiones adoptadas democráticamente en Asambleas y Comisiones de empresa».

Tenemos también la triste experiencia de que algunos de los trabajadores elegidos en la «candidatura de Comisiones» han caído en posiciones «legalistas». Debemos exigir la dimisión de esos representantes que han traicionado a sus compañeros y sustituirlos por auténticos representantes de los trabajadores. En este sentido, como decíamos en el comunicado de la IV Reunión general, «es necesario denunciar el aplazamiento de las elecciones sindicales que debían tener lugar este año, aplazamiento que viene a confirmar como la Organización Sindical, en su debilidad, se ve incapaz de llevar a término los propios acuerdos que ella misma, arbitrariamente, establece. La denuncia de este aplazamiento habrá de combinarse con la ocupación del vacío que dejan tras sí las innumerables desposiciones que se han producido **forzando las elecciones de representantes** legales o extralegales que contribuyan a desarrollar la conquista de órganos propios en el seno de cada empresa, desarrollando ya, en la etapa actual, nuevas formas de democracia obrera y cohesionando a su alrededor a todos los trabajadores integrados en la lucha independientemente de su credo religioso o ideología política, forjando así, desde la base, la unidad del movimiento obrero.

Convenios

Pese a que los «Convenios colectivos» son un instrumento de la patronal con el que tratan de imponernos métodos de trabajo más agotadores y a través de los «rendimientos mínimos» un sistema de represión que legaliza el despedido; pese a que en las discusiones para negociarlo no gozamos de las facilidades que tienen los patronos; pese a la ingerencia del gobierno que, a través del ministro de Trabajo, dice la última palabra e impone su

decisión, los trabajadores hemos de acudir a ellos y sacar la discusión del seno del sindicato para llevarla a las empresas donde los trabajadores se pronuncien democráticamente sobre todo aquello que en el « convenio » se negocie. Cada empresa, cada rama, debe elaborar de manera colectiva un proyecto de convenio que los trabajadores hagan suyo a través de su participación en la discusión en reuniones, asambleas, encuestas, etc., haciendo del convenio un medio para conseguir la mejora de nuestras condiciones de trabajo y de nuestro nivel de vida. Además, debemos utilizar los « convenios » como plataformas de movilización y de lucha, pero paralelamente al proyecto de convenio, hemos de elaborar una plataforma de lucha más amplia, que abarque

aspectos que no estén contenidos en el « convenio », con la que proseguir la lucha una vez firmado éste. No podemos dejarnos llevar por los patronos, a través de los « convenios », a la famosa tregua sindical entre « convenio » y « convenio », sino que, una vez firmados éstos, hay que proseguir la lucha por las reivindicaciones no conseguidas evitando así que los patronos nos marquen el ritmo de la lucha. La lucha, tanto por nuestras reivindicaciones inmediatas como por la emancipación de nuestra clase, ha de ser constante. Los convenios serán sólo un momento de ella, quizás el más fuerte y propicio, pero no el único.

Noviembre de 1969

B Acerca de las Comisiones Obreras. Desde la izquierda.

1. Desde que, a raíz del movimiento huelguístico de la primavera de 1962 se formó en Vizcaya, por primera vez, una comisión provincial, las Comisiones Obreras han tenido en Euskadi una vida llena de altibajos. Hasta el pasado año se han simultaneado el trabajo efectivo a nivel de empresa con los conflictos entre grupos políticos a escala zonal o provincial. Las « Comisiones », no obstante, han tenido una influencia nada desdeñable en algunos momentos, aunque ésta no ha sido jamás tan grande como en ocasiones algunos han dejado entrever.

En la actualidad, la realidad de las Comisiones Obreras (perecidas las Comisiones provinciales de Vizcaya y la provisional de Guipúzcoa, así como los órganos que apuntaron efímeramente en Alava y Navarra) se circunscribe a unos cuantos Comités de empresa incipientes, surgidos aquí y allá, desigualmente implantados y débilmente coordinados.

Estos nuevos comités no pueden ser, por ahora, a falta de una mayor perspectiva, valorados como es debido. Sin embargo, no hay duda de que han conseguido superar algunos de los defectos de las anteriores Comisiones: han conseguido atraer a obreros antes alejados, han ensanchado la unidad en la base, merced a un trabajo eficaz y algunos de ellos han podido incidir considerablemente en el curso del actual movimiento huelguístico.

Es cierto que a ellos se oponen desde los reaccionarios aranistas hasta la socialdemocracia pasando por los anarcosindicalistas, demócratas cristianos, es decir, todas las fuerzas más firmemente anticomunis-

tas. Es cierto también que en su interior no faltan los elementos reformistas, anarquizantes, trotskistas e, incluso, aranistas radicalizados que los someten constantemente a sus vacilaciones y desvaríos acarreando la consiguiente incoherencia y confusión. Pero, a pesar de todo, es ahí donde podemos encontrar en su estado embrionario el futuro movimiento de masas del proletariado de Euskadi. En estos comités se refleja el atraso político de las masas obreras vascas. En ellos se reúnen todas las limitaciones de nuestra clase, pero, a pesar de todo, si los comunistas obramos correctamente, podrán llegar a remontarse por encima de sus taras presentes y pasar a ser la organización del movimiento de masas del proletariado en nuestro país.

2. Sin dar saltos en el vacío, pero también sin perder una ocasión, sin darnos reposo y sin dar tregua al adversario, hemos de unir en las luchas de nuestra clase las pequeñas acciones reivindicativas con la práctica revolucionaria, la lucha económica con la lucha política.

Y es en este punto donde tropezamos con una pregunta frecuentemente formulada entre los que participan en las Comisiones o están próximos a ellas: si las Comisiones Obreras han de tener una línea política, ¿cuál será esa línea política? Dejando de lado a los declaradamente apolíticos « por principio » (anarquistas, economicistas y anarcosindicalistas) vemos que hay quienes consideran que

las Comisiones, aunque hagan política, habrán de permanecer en ámbito político inferior en el que no se harán sentir las divergencias entre los diversos partidos «progresistas» que a ese nivel es dejar al proletariado fuera de la política pues si bien hoy en que apenas empieza a perfilarse una época de luchas, las diferencias sustanciales entre oportunistas y comunistas quedan un tanto veladas («todos somos encarcelados», «todos somos contrarios a la represión», etc.), a medida que la lucha avance, así que se vaya endureciendo el combate, se pondrá más y más de manifiesto el significado antiobrero y antipopular de todas aquellas políticas que se ofrecen en la actualidad al proletariado desde las diversas corrientes contrarias al socialismo científico y a la política comunista. Los propugnadores de la «esfera pragmática inferior» para las Comisiones Obreras, están soñando despiertos. La «autonomía pragmática» que a algunos —en el fondo anarcosindicalistas— parece ahora tan «razonable» es sencillamente imposible. Dos frentes de clases están en lucha. El de la reacción fascista de la oligarquía proimperialista y el de los pueblos peninsulares. Reacción contra revolución. Cada frente tiene su política. La política de la reacción es una y la de los pueblos es la contraria. Todas las terceras vías que hacen abstracción de la revolución o que abordan el problema revolucionario de un modo idealista (como hacen los sectores radicalizados de la pequeña burguesía vasca) están condenados a ser pasto del fuego de las luchas de clases.

Volvamos a interrogarnos: ¿Cuál ha de ser la política de las Comisiones Obreras? Pues bien, su política, la política de las Comisiones, ha de ser —no puede ser otra— nuestra política, la política de los comunistas. (Otro problema es el de si acertaremos o no a mostrar a las masas obreras que nuestra política para las masas es su política, que nuestra política es la política de las masas.)

Lo que acabamos de decir es la conclusión lógica de todo lo anterior. Frente a la política de la oligarquía sólo cabe una política: la de la revolución popular, que es la que los comunistas formulamos y aplicamos, tratando de conducir a todas las clases populares, con el proletariado en vanguardia, hacia la liquidación del poder político de la reacción.

Y, conviene precisarlo, si decimos a menudo que la suerte de la revolución depende del hecho de que el proletariado se erija en clase dirigente de todo el pueblo, estamos diciendo, ni más ni menos, que el Partido Comunista ha de ser el líder político de las masas y que el proletariado —la clase entera, no unos cuantos obreros— ha de ser la clase más avanzada, más destacada en la lucha revolucionaria o, dicho de otro modo, que el movimiento de masas del proletariado (llamémosle Comisiones Obreras) ha de encabezar la lucha de todas las clases populares

de Euskadi, que ha de ser el factor principal de su alianza revolucionaria y que tras la toma del poder, será uno de los cuatro pilares —junto con el Partido Comunista, el Frente de Liberación del Pueblo de Euskadi y el Ejército Revolucionario— de la revolución.

3. La organización de un movimiento está determinada principalmente por dos factores: las tareas propias del movimiento y las circunstancias en las que ha de acometer esas tareas. Las Comisiones Obreras desarrollan unas tareas que podemos calificar de elementales y primitivas (canalizar la espontaneidad y llevar el movimiento hacia metas superiores y, para ello, inmediatamente, acabar con la dispersión del movimiento obrero). Las circunstancias en las que se mueve son las de una feroz represión sobre un movimiento que ha sufrido una derrota importantísima hace treinta años y que apenas empieza a recuperarse de ella. Estos son los dos factores que condicionan fundamentalmente la forma de organización de las Comisiones Obreras hoy (y subrayamos hoy porque a medida que el movimiento gane en madurez y afronte tareas superiores, la forma de organización será distinta a la actual).

De aquí deducimos que la forma de organización tiene que ser también primitiva y elemental, como las tareas mismas, y flexible y ligera por no ser necesaria para cubrir esos objetivos una organización cerrada en extremo y, consecuentemente «pesada». Por el contrario, una organización de tipo revolucionario no podría atraer a más de un puñado de obreros —naturalmente revolucionarios— y permanecería apartada del movimiento espontáneo.

Pero del hecho de tropezar continuamente con el aparato de represión fascista que no duda en oponer a cada paso la policía a los huelguistas o a los miembros de Comisiones Obreras, se deduce que la organización no ha de ser completamente abierta, que hace falta un mínimo de secreto para obtener la indispensable eficacia y continuidad.

Las Comisiones Obreras pues, en el presente, han de buscar un difícil equilibrio entre la apertura —sin la cual jamás serán un movimiento de masas— y el secreto —sin el que no podrán siquiera existir.

Ahora, cuando unos incipientes Comités de empresa empiezan a acercarse entre sí, es importante evitar que se caiga en un error antes cometido: éste fue el del burocratismo, consistente en dejarse seducir por actividades de carácter parlamentario a nivel provincial (y superior) entrar en conflictos que quedaban a miles de kilómetros de la conciencia de las masas y dejar estancado, en la práctica, el trabajo con las masas.

Es fundamental que, en adelante, partamos de aquello que está realmente ligado a las masas y que huyamos de lo que está alejado de ellas.

No hace falta ahora más organizaciones que la que se requiere para asegurar la información y la recogida de dinero y, por supuesto, cuando esto es viable, para coordinar las acciones. No hace falta crear un aparato rigurosamente clandestino.

Respecto a los Comités de empresa, hay que prevenir a los trabajadores más combativos del injustificado optimismo que ha dominado las labores de algunos. Ha sido un optimismo ciego el de los que han puesto a la vista de **todos** los miembros del Comité de empresa y han centrado la agitación en la realización de Asambleas abiertas. Estos comités han sido fácilmente detectados por la policía que los ha dejado funcionar hasta que han resultado molestos y entonces los ha barrido. Creemos que es muy necesario que en cada empresa se destaquen unos cuantos militantes, que se den a conocer como hombres conscientes y luchadores. Estos líderes han de unirse a los trabajadores en la lucha y no hace falta decir lo deseable que es que los comunistas contemos con un buen número de líderes obreros. Pensamos, también, que las Asambleas abiertas han de jugar un papel destacable pues constituyen una valiosa plataforma de educación y concienciación. A lo que nos oponemos es al uso incondicionado de Asambleas abiertas que facilita sus tareas a la policía.

Hay que destacar a unos cuantos compañeros, a los más adecuados, para el papel de líderes, pero, siempre, dejando a otros en reserva que son quienes han de ocuparse de las tareas de más riesgo. Hay que hacer Asambleas, pero combinándolas con otras formas de organización y, desde luego, no hay que hacer Asambleas en cualquier tiempo y lugar. Junto a ellas hay fórmulas muy eficaces como son las **escuelas sindicales** —plataforma unitaria de empresa para la formación sindical y para la discusión de los problemas de la lucha en la empresa— que poseen un carácter para-legal y que permiten en un plazo relativamente corto cohesionar un equipo de empresa amplio, o como son los **boletines de empresa** que, si salen regularmente, pronto dan valiosos frutos. Los militantes van descubriendo e intercambiándose numerosas experiencias verdaderamente útiles que han de hacer posible la extensión del movimiento. No podemos hacer aquí un inventario de esas experiencias. Lo que nos interesa es hacer

ver que a determinados fines convienen unas formas de organización y no otras.

Hemos de conceder especial atención al modo de organizarnos. Hemos de rechazar el «eso es lo de menos» referido a las cuestiones de organización. Tanto para el Partido Comunista como para el movimiento de masas ésta es una cuestión capital pues organización y acción son dos extremos interdependientes dentro de la práctica general de la lucha de clases. El oportunismo en materia de organización trae consigo un oportunismo en la acción y a la inversa. A su vez una justa concepción de la organización ha de favorecer el desarrollo de la lucha, ha de impulsarlo.

Por eso es preciso que sepamos identificar el oportunismo en todas sus formas y combatirlo en todas sus manifestaciones. El oportunismo de derecha es favorable a una apertura excesiva, se acaba subordinando a la legalidad reaccionaria, descuida la organización de las masas, no prevé el endurecimiento de la represión. El oportunismo de «izquierda», en materia de organización, defiende la clandestinidad más completa y rechaza el uso de la legalidad sistemáticamente. Derechistas e «izquierdistas» se organizan siguiendo una orientación nociva para el proletariado. La línea organizativa derechista es la negación de la **organización para la lucha**. La línea organizativa «izquierdista» conduce al nihilismo práctico que se deriva del corte que separa sus organizaciones de las masas.



Es de desear que a partir de una orientación comunista (algunos de cuyos elementos se han podido reunir aquí) aprendamos a pensar dialécticamente los problemas que se nos plantean en unas circunstancias nunca quietas y muy diferentes de un lugar a otro. Investigando minuciosamente la realidad en la que nos movemos, y aplicando a cada problema la verdad universal del marxismo y su espíritu creador sabremos encontrar, a pesar de las mil dificultades que se oponen a ello, el modo de establecer unos sólidos lazos con nuestra clase y conducirla, desde donde está, hacia su liberación.

21 de febrero de 1969

C Crítica desde la derecha

«Tras un periodo de intensa actividad cuyo punto culminante se sitúa en 1967, las «Comisiones Obreras» (organizaciones semiclandestinas del movimiento obrero español) parecen encontrarse en declive. Las diferentes tendencias que coexisten en

su seno se preguntan, con inquietud, por su porvenir. Sólo el Partido Comunista hace gala de un sólido optimismo y parece querer ignorar los problemas actuales. —En 1958 la ley española dio a los patronos la posibilidad de negociar con los delegados de

los sindicatos oficiales. Pero en numerosos casos los obreros en lugar de votar por los candidatos oficiales, que no inspiraban confianza, eligieron a compañeros que les eran seguros. Así, de 1958 a 1962 se constituyeron a nivel de empresa comisiones de delegados que pueden ser consideradas como el primer esbozo de las Comisiones Obreras actuales. Sin embargo, estas comisiones de delegados sólo se formaban cuando un conflicto o una negociación hacían necesaria su existencia. Una vez resuelto el problema en cuestión, se disolvían. —En 1962 estalló en Asturias, en el País vasco, en Cataluña y en las minas de Andalucía un potente movimiento de huelgas. En todas partes se formaron comisiones de delegados obreros, democráticamente elegidos, y los patronos se vieron obligados a reconocer implícitamente su representatividad. —Las «Comisiones Obreras» (CC.OO.) nacieron, pues, de forma espontánea. En otras partes, las diferentes tendencias sindicales y políticas de oposición se pusieron de acuerdo para constituir comisiones a fin de presentar candidatos a las elecciones sindicales oficiales, participar en la elaboración de convenios colectivos o luchar por reivindicaciones de tipo económico.

A partir de 1964, el Partido Comunista Español (PCE) decidió dirigir sus fuerzas a las Comisiones Obreras para hacer de ellas organizaciones permanentes y asegurar entre ellas un mínimo de coordinación. Aparecieron así las Comisiones Obreras locales, regionales y nacionales. El PCE ha puesto el acento sobre las reivindicaciones económicas, la libertad sindical, el derecho de huelga y la utilización del sindicato vertical falangista como cobertura de las actividades consideradas como «ilegales» por el gobierno. —Paralelamente, representantes de las clases dirigentes —de los que cabe destacar al señor Ruiz Jiménez (antiguo ministro del general Franco) y al conde de Motrico (antiguo embajador en París) se pronunciaron públicamente en favor de la «democracia», de la «libertad» y del «derecho de huelga». Sin embargo, a medida que aumentaban la conciencia y la combatividad obreras, se tomaron medidas represivas. En las fábricas comenzaron a circular listas negras con los nombres de los obreros «activos». A pesar de esto, 1966 fue un año de desarrollo para las CC.OO. En esa época, en la víspera del referéndum, el régimen quería darse apariencias de democrático. Las CC.OO. se aprovecharon de ello para organizar asambleas de trabajadores. —A pesar del encarcelamiento de los dirigentes de más prestigio (Julión Ariza, Manuel Otones, Mercelino Camacho...), lograron adquirir poco a poco una «estructura» permanente y sólida. —Realizaron sus acciones más vigorosas durante el año 1967. En enero, en mayo y sobre todo en octubre, centenares de miles de trabajadores se manifestaron en las principales ciudades contra el aumento de los

precios, el bloqueo de salarios, los despidos y la represión policiaca. Los estudiantes apoyaron el movimiento con todas sus fuerzas. Incluso sacerdotes participaron en él. La «semana de lucha» organizada por las CC.OO. en octubre tuvo un eco considerable en el extranjero y demostró la combatividad del movimiento obrero español, su madurez y el alto grado de organización alcanzado. Por primera vez después de la guerra civil se había podido realizar con éxito la coordinación de un movimiento a escala nacional. —En el momento en que aparecieron las Comisiones Obreras, las únicas organizaciones obreras no oficiales toleradas por el régimen franquista eran los movimientos católicos de apostolado. Hacia 1960 estos grupos dieron origen a sindicatos independientes. Uno de ellos, la AST (Acción Sindical de Trabajadores), decidió en enero de 1967 entrar, en tanto que organización, en las «Comisiones Obreras» y trabajar en su desenvolvimiento. Poco a poco la AST se fue radicalizando fuertemente. Se ha hecho completamente laica y se encuentra ahora fuertemente influenciada por el marxismo. Recientemente acaba de transformarse en ORT (Organización Revolucionaria de Trabajadores). En Navarra la ORT dirige prácticamente las CC.OO., y en Madrid participa con el PCE en la dirección de las mismas. —En los dos años pasados han aparecido también CC.OO. de barrio (COB) y las CC.OO. de jóvenes. Algunas han intentado dar a sus militantes una elemental e indispensable educación sindical y política. Otras, muy politizadas (participaban en ellas estudiantes), se han convertido en verdaderas células políticas. La represión durante el estado de excepción de enero a marzo de 1969 y la clandestinidad total en la que se han tenido que refugiar los militantes han favorecido la multiplicación de estas experiencias. Las comisiones han jugado también un papel muy activo en las acciones de masas. Con su sentido de la organización muy elevado, los «comandos obreros-estudiantes» con sus «manifestaciones relámpago» han logrado frecuentemente traer en jaque a la policía, especialmente en Madrid. El año pasado, se han constituido igualmente comisiones campesinas, que piden «la tierra para el que la trabaja», un salario mínimo de 300 pesetas diarias, la libertad de asociación, el derecho de huelga... Delegaciones campesinas de Castilla, Cataluña, Aragón y Andalucía participaron en agosto de 1969 en la primera reunión de coordinación de comisiones campesinas. —En la provincia vasca de Vizcaya, uno de los principales lugares de luchas obreras, las Comisiones Obreras animadas por el PCE fueron completamente decapitadas por la policía en 1967 y prácticamente han desaparecido. Han sido reemplazadas por «comités de fábrica» que cuentan con el apoyo de casi todos los movimientos políticos y sindicales de oposición. La organización nacionalista vasca ETA (País vasco

y su Libertad) juega en ellos un papel importante. Con los comités de empresa los trabajadores vascos parecen haber hallado el tipo de organización unitaria necesaria a su combate.

A veces la representatividad de las CC.OO. ha sido puesta en duda. Se afirma con frecuencia que hay demasiados miembros del PCE «colados» en el interior de las CC.OO. Se cita también el caso de las delegaciones del País vasco enviadas a las reuniones generales mientras que los comités de fábrica —los únicos verdaderamente representativos en esta región— no asistían a ellas. —La línea preconizada por el PCE en el seno de las Comisiones Obreras es muy criticada por la AST y los grupos marxistas-leninistas, que le acusan de favorecer los intereses de las clases medias y de la «burguesía no monopolista» en detrimento de los intereses de los trabajadores. En efecto, en su «pacto por la libertad», el PCE afirma poner todas sus esperanzas en una alianza de las clases trabajadoras con la burguesía media y el ala «democrática» de la oligarquía. Una parte de los miembros de las Comisiones Obreras estiman que el Partido Comunista sólo ve en las CC.OO. un objeto de maniobra capaz de permitirle figurar entre los interlocutores «evolucionistas» del poder en curso y que esta táctica favorece el cambio que busca la burguesía. También la califican de «reformista». Además, la desmoralización de ciertos miembros de las CC.OO. les hace más permeables a la propaganda de las organizaciones que se pronuncian en favor del pluralismo sindical y que sueñan con un sindicalismo integrado en el sistema. La crisis actual de las CC.OO. es en primer lugar una crisis de crecimiento. La economía española constituye el elemento endeble del capitalismo europeo. La clase obrera es en cambio una de las más combativas del continente. El proyecto de ley sindical presentado a las Cortes ha conseguido granjearse contra él la unanimidad de la clase obrera española. El proyecto es el reflejo fiel de la ley sindical de 1940. Todas las organizaciones obreras están de acuerdo en estimar que consolida el control del régimen sobre los trabajadores y que excluye toda posibilidad de una auténtica independencia y de una verdadera representatividad para los sindicatos. —La lucha contra la nueva ley sindical juega hoy día un papel de primer plano en la actual agitación social, que constituye el primer problema serio con que se enfrenta el nuevo gobierno «opusdeista». —Carlos Prieto (El señor Prieto es emigrante en Suiza y es miembro de las Comisiones Obreras del exterior.)

NOTA. — Una semana después de publicarse este artículo en *Le Monde* aparecían en el mismo periódico unas rectificaciones debidas al profesor francés Guy Hermet. Estas aclaraciones nos parece que com-

pletan el comentario de Carlos Prieto —18-2-1970— ante una opinión pública fácilmente desorientable por la falta de información suficiente. Cualquier análisis global del problema planteado deberá hacerse a partir de la posesión del mayor número posible de datos y confrontaciones.

«Del señor Guy Hermet, profesor del Instituto de Estudios Políticos de París, hemos recibido la carta siguiente: «El artículo de D. Carlos Prieto publicado en *Le Monde* del 18 de febrero, según el cual «la táctica del Partido Comunista ha contribuido al debilitamiento de las Comisiones Obreras» no puede evidentemente dejar de suscitar la «indignación» del Partido Comunista de España. Y no es menos exacto, no tanto en lo que se refiere a la «desmoralización» que la política «reformista» de éste ha engendrado entre ciertos militantes de izquierda como en lo referente a la imagen negativa que un movimiento animado en gran medida por los comunistas continúa suscitando entre la masa de los españoles, comprendidos numerosos obreros. Mas el artículo del señor Prieto contiene asimismo algunas inexactitudes y peca a veces por omisión. —Las inexactitudes son de poca importancia, y únicamente dos de ellas merecen comentario. No es a partir de 1964 cuando el Partido Comunista Español comenzó a preconizar la táctica de utilizar las estructuras legales a fines extralegales; en cierta medida, comenzó a hacerlo en 1948, y en este punto se ha diferenciado desde entonces de las otras organizaciones republicanas en el exilio, que casi siempre se han opuesto a este principio. En segundo lugar, conviene precisar que los grupos marxistas-leninistas, de los que el artículo deja entender que han participado en las Comisiones junto con los militantes de origen cristiano de la AST y con los comunistas ortodoxos, sólo se han unido a ellas muy parcial y tardíamente. En la práctica, el «Movimiento Comunista», surgido de una escisión del Partido Comunista Español (ML) acaecida en 1967-1968, es el único en aceptar la hipótesis de una reconquista de las mismas desde dentro —si bien se cree que apenas podrá realizarla en razón de la casi inexistencia de su base obrera. —Las omisiones son más lamentables, puesto dan un trato de preferencia —quizás involuntariamente— al papel de las organizaciones clandestinas surgidas de la Acción Católica y conducen a no señalar más que el lado negativo de la penetración comunista en las Comisiones Obreras. Si es cierto que las organizaciones de origen cristiano han jugado y juegan todavía un papel decisivo en el renacimiento del movimiento obrero español y si bien es cierto que han sido las únicas en ser toleradas un momento por el régimen, es una lástima que no se haya dicho nada de los esfuerzos de reorganización de los sindicatos de signo socialista y anarquista en el marco de la Alianza Sindical, de

la Alianza Sindical Obrera y más tarde de la USO unitaria. Ciertamente no se pueden exagerar los resultados de estas iniciativas, que en gran medida han concluido en su forma inicial, sin embargo hoy día se han traducido en la participación de un número apreciable de militantes socialistas en las comisiones y en los comités de fábrica que tienden a reemplazarlas. —Sin querer minimizar los efectos negativos de la táctica comunista, conviene, en fin, señalar igualmente el papel positivo que han desempeñado en el seno de las comisiones. Ellos han aportado a ellas la experiencia de militantes templados por numerosos años de trabajo clandestino; no se les puede reprochar, sin caer en la injusticia,

el haber sido con frecuencia más competentes en el plano organizativo que algunos de sus compañeros llegados más tarde a la acción obrera. Por otra parte, gracias al sostén de su partido han facilitado grandemente el establecimiento de vínculos al nivel regional e incluso nacional entre las Comisiones Obreras, contribuyendo así a la extensión y a la cohesión creciente de las huelgas a las que se adherían. Si a veces lo hubieran hecho con demasiada poca modestia respecto a su propio papel, habría también que cargar en su activo la publicidad que las han dado a través del canal de su aparato de propaganda, cuya potencia sigue siendo sin igual en la oposición al régimen franquista. »

Novedad Ruedo ibérico

Karl Kautsky

La cuestión agraria

**Estudio de las tendencias de la
agricultura moderna y de la política
agraria de la socialdemocracia**

Prólogo de la edición alemana de 1966 (Ernst Schraepler). Prólogo a la edición de 1898 (Karl Kautsky). I. La evolución de la agricultura en la sociedad capitalista. 1. Introducción. 2. El campesino y la industria. 3. La agricultura feudal. 4. La agricultura moderna. 5. Carácter capitalista de la agricultura moderna. 5. Grande y pequeña explotación agrícola. 7. Límites de la agricultura capitalista. 8. La proletarianización de los campesinos. 9. Dificultades crecientes de la agricultura productora de mercancías. 10. La competencia de productos alimenticios de ultramar y la industrialización de la agricultura. 11. Perspectiva futura. II. Política agraria de la socialdemocracia. 1. ¿Tiene la socialdemocracia necesidad de un programa agrario? 2. La defensa del proletariado agrícola. 3. La protección de la agricultura. 4. La protección de la población rural. 5. La revolución social y la expropiación de los terratenientes. Vocabulario.

544 páginas

39 F

Algunas precisiones sobre Euskadi

Hoy, es un dato innegable, se plantea en Euskadi una lucha en cierto sentido particularizada. Más una lucha contra el régimen político que contra el sistema económico, que se sirve de ese específico mecanismo político pero que igual podría servirse de otro distinto; de una democracia liberal, por ejemplo, si esta fuera posible. Sin embargo, el ejercicio del enfrentamiento, cuando se realiza, dando el salto de la especulación teórica a la práctica política, conduce a su vez o a la intelectualización del conflicto en fórmulas abstractas, desembocando en crisis que se saldan con la multiplicación de partidos embrionarios y el abandono a plazo variable, o a la asunción real del revolucionarismo proclamado.

La situación ha llegado al punto teórico en el que las convergencias ideales en torno a un común denominador nacional son imposibles. Pueden ser, en un momento dado, teóricamente rentables, pero la táctica no vigilada muy de cerca y con el fin siempre presente lúcida y exigentemente sobre los medios, suele ulcerar la estrategia. Y de esto hay suficientes ejemplos en una Europa narcotizada por toda suerte de « frentismos ».

En Euskadi hoy se lucha por la libertad, es cierto. Afirmación que a su vez exige volver a hacerse la pregunta clásica: ¿ Libertad para qué ? Más, en un problema nacional: ¿ Libertad para quién ?

Acortemos los plazos históricos. Doy por supuesto el conocimiento de qué es Euskadi. No vayamos a interminables debates etnicohistóricos. Euskadi tiene una perso-

nalidad política reconocida en 1936. Deja de tenerla en 1939. La tuvo antes en el deseo de sus componentes. La tiene ahora en la voluntad manifestada por una porción cuantitativamente discutible pero suficiente de quienes lo integran. Para ser más exacto debería decir por parte de quienes lo integraron entre 1936 y 1939 y de quienes ahora se reconocen como ciudadanos vascos de hecho aunque ningún derecho se lo reconozca. Tampoco el reconocimiento de la autonomía realizado en 1936 es válido para todos los vascos. Algunos desearían volver a aquella situación, considerándola suficiente, otros la niegan de plano porque creen que supondría una distracción capaz de alejar al pueblo vasco de sus verdaderos objetivos nacionales: la independencia real y absoluta. De entre quienes desearían volver a aquella situación unos están en ello por parecerles suficiente, otros porque lo consideran el mejor punto de partida. O por lo menos, el mejor punto de partida posible.

La herencia de 1936, su prolongación como tras de un paréntesis histórico, es imposible, porque la oportunidad o la necesidad de la revolución política democrática se ha liquidado ya desde determinadas perspectivas revolucionarias, y la historia no da nunca pasos atrás. El paréntesis ha supuesto además la radicalización de todas las posturas. Y con ello, la agudización de ciertas contradicciones en el seno de la lucha nacional. Entre otras, las contradicciones de clase. Esto hace que la lucha del pueblo vasco por la libertad, e incluido lo que cada clase, grupo o sector entiende

por libertad, haya sufrido un cambio en profundidad de tal naturaleza que hacen casi irreconocibles los parentescos políticos. Es muy vago el parecido de los textos de hoy con los de Sabino Arana, el fundador —o mejor, el sistematizador— del nacionalismo vasco; e incluso los textos de hoy con los de la época de la autonomía reconocida: es decir, del Euskadi realizado políticamente o en camino de su realización. Y estas diferencias no son sólo debidas a la aparición de nuevos grupos o partidos, sino que se producen también entre los textos de los grupos políticos que se reconocen herederos en línea directa tanto del gobierno autónomo de Euskadi de 1936 como de las proclamaciones originales del patriarca de su movimiento, Sabino Arana.

El nuevo militante vasco ha vivido experiencias de indudable conmoción, se dice justificando las nuevas opciones. Ha visto despertar a pueblos enteros. Argelia, Cuba o Vietnam están constantemente presentes ante sus ojos. El tercer mundo es una realidad no prevista por quienes les precedieron. La sacudida a largos años de convencionalismos políticos y religiosos ha sido demasiado fuerte. Y un cierto sentido «aldeano» que alguna vez acusó el movimiento independentista vasco, o del que se le acusó con más o menos razones, ha desaparecido para ir creando una nueva conciencia nacional en esos también nuevos militantes. Concepción global de los pueblos en lucha por su liberación que ha sustituido muy claramente en amplios sectores vascos a la anterior concepción de nacionalidades en lucha por la libertad formal y la democracia burguesa. Es decir, expresado públicamente o no, el motor de la nueva lucha por la libertad de Euskadi es el de la existencia de las clases, la aceptación de la lucha de clases y la subordinación de todas las presentaciones

superestructurales del problema nacional al mecanismo insoslayable de las relaciones de producción.

Este nuevo planteamiento no supone disimular la libertad, sino darle un contenido más profundamente humano —aunque no «humanista»— y más concretamente social, pero revolucionario. La modalidad del combate ha cambiado, porque patria no es un concepto unívoco, y por ello el sentido último de ese combate ha cambiado también. E igualmente está cambiando el sentido preciso de pueblo liberado. El determinante histórico es insoslayable. También lo es el reconocimiento de una realidad fundamental y definitiva de que la línea de máxima separación pasa inevitablemente entre poseedores y desposeídos. Sea cual sea el enfrentamiento que a esta realidad inmovible quiera dársele, y sea mediata o inmediata la hora en que ese enfrentamiento se produzca.

Si el lenguaje, aunque no lo sea en principio, puede convertirse con facilidad por su utilización enajenada y enajenante en una superestructura, el caso de la patria es más agudo aún. Cuando yo digo patria, cuando digo bandera, cuando digo idioma, cuando digo tierra, esas palabras no tienen nada en común con patria, bandera, idioma o tierra como superestructuras alienantes, con históricas mistificaciones que bastan para hacerse sentirse orgullosos de algo a los que nos tienen nada. Patria es un concepto referido a una actividad común; idioma, al vehículo que haga posible, y de la manera más ajustada posible a la forma de ser de quienes integran esa comunidad, la comunicación entre los protagonistas de la actividad común; tierra, al lugar exacto en el que el trabajo liberará a ese hombre concreto situado en una concreta realidad histórica, y no el lugar sobre el que el hombre sólo encuentra su cosificación como elemento ciego y maniatado de la

cadena productiva y consumidora en unas relaciones de producción alienadoras. Patria es así el origen, o la calificación global, la raíz sobre todo, de la comunidad humana concreta en un tiempo y un espacio concretos ; y presencia nacional autónoma, el grupo en el que el hombre puede más plenamente realizarse en el lugar en que el hombre puede más plenamente realizarse. Sin olvidar que al decir el hombre es preciso hacer una referencia inmediata a su presencia colectiva.

Así la patria cobra una nueva dimensión. Para quien pese a la opresión política lo tiene todo, para el burgués de tres comidas diarias, casa, dignidad respetada, amplias vacaciones, comodidades, lujo si lo desea, cultura a su disposición si la cultura le interesa, futuro familiar plenamente previsto, etc., el himno nacional y la bandera es el toque final que redondea su felicidad ; es evidente. Es lo único que anhelándolo le faltaba, si pertenece a una nacionalidad no reconocida. Es el adorno en la tarta. Quería además su bandera ; ésa precisamente y no otra. Lo cual no es lo mismo que cuando quien carece de todo lo citado también desea su bandera. Porque para quien no es más que un engranaje en un proceso productivo que día a día le objetiviza, la patria es otra cosa ; es el lugar en el que puede realizarse como ser humano dentro de su comunidad nacional, del grupo humano que más naturalmente le completa, a través del combate de su clase oprimida contra las clases opresoras. El hombre es animal de relación que crea un valor con su trabajo, y a cada parcela de sociedad con unas peculiaridades propias diferenciadas y asumidas, en que él sea plenamente hombre y cree o desarrolle su condición y dimensión de hombre, se llama patria.

coordinadas, después multiplicadas por numerosas variantes, la doble problemática del reconocimiento de su personalidad por los demás pueblos peninsulares : es decir, de hacerse ; y decidir la estructuración de esa personalidad : es decir, de cómo hacerse.

Cito en general el problema de Euskadi como peninsular no porque ignore o infravalore la presencia de un Euskadi norte o Euskadi continental, sino porque la lucha se plantea en la parte llamada vasco-española. Es la de mayor peso específico en cuanto a extensión, número de habitantes, capacidad económica y potencia industrial ; es la que se encuentra abocada a realizarse, o no realizarse, frente a un régimen capitalista de instrumentación política fascista, lo que crispa el problema ; y es la que en un momento histórico dado, la repetida fecha de 1936, obtuvo el reconocimiento siquiera parcial de su personalidad nacional en la medida en que se reconocía su derecho a instituciones autónomas.

Su problema es inicialmente doble por tanto. En primer lugar la afirmación de su personalidad nacional. Su afirmación de personalidad propia y suficiente ante los demás pueblos peninsulares o frente a ellos si esa personalidad no le fuera reconocida, y después ante el mundo ; fundamentalmente en el juego de un sistema democrático formal. A partir de esa primera proposición es preciso observar cómo esta afirmación de nacionalidad propia, real y suficiente, es planteada ante esos otros pueblos peninsulares y ante otro pueblo continental que es Francia ; cómo esta afirmación es recogida por esos otros pueblos y si es aceptada o no.

Pero para ello tiene Euskadi que definir las características de su personalidad nacional. La diferenciación a causa de razones meramente materiales, de rasgos o deter-

¿Cuál es a esa luz la situación actual de Euskadi ? A partir de unas primeras

minantes físicos por ejemplo, es peligrosa y no siempre argumentable, sobre todo cuando se extrema el acento puesto en la raza. Porque se ha dificultado la conservación de su pureza debido a los trasiegos migratorios, a la disminución de las distancias, a la mestización progresiva de la especie, a la velocidad de la información y de las comunicaciones que iguala en costumbres y en exigencias y asimila casi instantáneamente las necesidades, con el igualitarismo y la presencia de las clases en lucha, que no une por razas, idiomas o líneas de apellidos sino por intereses y necesidades, así como por la fuerza de sus decisiones comunes. Diferenciación peligrosa y discutible, porque si se ha conseguido o pretende conseguirse una manifestación de pureza racial en la medida de lo posible, pues el mestizaje es hoy un hecho incontrovertible en Euskadi, puede llegar a la discriminación entre puros, mestizos y vascos que acepten o adopten voluntariamente la nacionalización que transmitirán a sus hijos y a los hijos de sus hijos pero a los que nunca podrán transmitir una raza que no poseen. Eso crearía diversas categorías de ciudadanos presuntos. Y la « israelización » de Euskadi, aunque sólo fuera en grado de perspectiva, crearía a su vez un futuro de « palestinización » del problema que amenazaría de vejez prematura lo que todavía no había llegado a nacer, lo que se deseaba como un pueblo joven en estado feliz de recién alumbramiento.

Pero además, ¿cómo si únicamente los factores raciales señalan la vasqueidad, en una misma familia se dan independentistas y españolistas indistintamente, simultáneamente y con la misma violencia en ocasiones? Ciertamente existen negros que no son partidarios del poder negro, pero que no por eso dejan de considerarse negros, y por lo tanto distintos, pues la blancura

no la conseguirán naturalmente jamás. Entre hijos de inmigrantes, con un tercer o cuarto apellido vasco, o sin ninguno, se encuentran militantes vascos, en las primeras líneas de la actividad política nacional, mientras que entre los españolistas, partidarios acerrimos de la españolidad, plenamente al servicio del gobierno de Madrid, tratando de justificarlo no sólo históricamente, además, sino incluso étnicamente, y dominando el euskera como muchos militantes vasquistas no lo hacen, se dan apellidos que denotan una pureza racial vasca indiscutible.

No niego el determinante inicial de las razones peculiares, idioma, etnia, historia y hábitos. Pero lo que me parece decisivo es la recuperación común del ámbito nacional, la decisión común de ser un pueblo diferenciado, a partir de esos orígenes que lo hicieron posible, que históricamente lo justifican y asientan. La decisión de mantener la peculiaridad nacional adquirida por los condicionamientos históricos y culturales, en una nacionalidad pactada. Lo mismo, pero a la inversa, que hace que etnias tan diferenciadas como las que componen la federación suiza admitan esa nacionalidad común pactada que va definiendo a lo largo de una vida en común y unas decisiones nacionales tomadas en común, una peculiaridad nueva, la suiza, como diferenciación.

Pero la burguesía asume con facilidad una despersonalización igualatoria que la hace semejante a escala urbana en todas las grandes ciudades del mundo; y por tanto la insistencia en la diferenciación nacional, o racial, es en ella un vehículo para la diferenciación de clase y el ejercicio de la discriminación social. Hace sesenta años tan sólo la burguesía vasca no hablaba el euskera en la ciudad, porque entonces lo que verdaderamente la separaba del campesino, de cuyos orígenes procedía y que

sólo conocía ese idioma, era hablar el castellano, con lo que se separaba como clase. Pero la conciencia de poder económico diferenciador la llevó posteriormente a reconocer el hecho de que esa diferenciación no debía plantearse contra su propio pueblo, que necesitaba, sino contra el castellano, dado que éste introducía además el liberalismo, la crisis en las creencias religiosas o la relajación de las costumbres interpretadas a partir de un moralismo puritano estrechísimo; y en el clima europeo de la aparición violenta de los nacionalismos autoritarios. Entonces esa burguesía regresa al idioma, a su propio idioma que había abandonado, que había intentado degradar socialmente. Pero regresa otra vez, e inevitablemente, por razones perfectamente de clase, muy concretas de su grupo social y no, en ese momento del regreso, por razones patrióticas, entendido el patriotismo como preocupación por el desarrollo comunitario de su pueblo, al que había utilizado de la misma manera que había utilizado el euskera abandonándolo por razones de clase.

Es un dato innegable que el estado actual del abandono del euskera se debe principalmente —sociológicamente al menos— a la necesidad de la burguesía vasca de separarse de su pueblo creando la barrera discriminatoria del idioma, del castellano, del francés, que el pueblo no hablaba. Es curioso observar que ahora, esa burguesía vasca nacionalista que reclama el idealismo necesario para el aprendizaje de un idioma **no útil** —según la norma de la sociedad de consumo de aprender para mejorar materialmente— es precisamente la que por ser burguesía impone y disfruta este tipo de sociedad; es decir, la de la norma de la máxima utilidad y el máximo rendimiento aprovechable, lo que minimiza su esfuerzo ante los ojos de la mayoría. Pero la citada nacionalidad pactada es la

asunción de la peculiaridad nacional del pueblo vasco, que no se basa en una religión ni en una raza, que no se basa en una distinción física discriminatoria, sino, en cuanto a decisión nacional, en una voluntad popular de asumir y mantener esa diferenciación que da un idioma, independientemente de que en este momento se hable poco o mucho, que da una cultura popular propia, que da una forma colectiva de ser, una forma colectiva de encararse a grandes trazos con la historia futura que es la que surge de la decisión conjunta de un pueblo conjugados todos los factores tanto propios como de incidencia.

Existe un hecho nacional vasco diferencial reconocido por el Estado español en 1936, históricamente discutido y no demasiado entendido por una parte importante del progresismo español con tendencia siempre a la inflación de un patriotismo superestructural. Existe un hecho diferencial vasco como motor de una posibilidad nacional cuyos lazos de unión con las demás nacionalidades peninsulares serán unos u otros, alguno o ninguno, según sea el desarrollo futuro de la historia tanto individual de cada una de esas nacionalidades como colectiva de todas ellas en el actual conjunto del Estado español y su sistema político. Quiero decir con esto que es preciso tener en cuenta una observación importante que liga ya la doble problemática enunciada, por encima de cualquier deseo o de cualquier abstracción idealizadora. No sirve para nada creer en la posibilidad política inmediata de una lucha estrictamente localizada porque el régimen no va a replegar su fuerza aceptando esa localización. Menos aún en cuanto se enfoca la unidad de opresión constatada en la lucha de clases contra el capitalismo monopolista encarnado en formas políticas fascistas. Aun así, y como hipótesis de trabajo, se puede observar

también que un Euskadi estructurado en democracia capitalista, con la burguesía en el poder y sus intereses permanente e indudablemente ligados a los de una burguesía española dentro de un sistema de gobierno peninsular de democracia política en estructuras socioeconómicas capitalistas, dará un tipo de relaciones distintas que las posibles entre un Euskadi socialista con sistemas socialistas en las demás nacionalidades peninsulares. Y a su vez otra relación absolutamente distinta de, si es posible, un Euskadi socialista y un sistema capitalista de formas políticas fascistas en Madrid; aunque este supuesto sea difícil de contemplar con un mínimo de rigor científico. O el supuesto, algo más aceptable teóricamente, de un Euskadi socialista y unas nacionalidades peninsulares democrático-burguesas o al contrario.

Y todavía habría que añadir el Euskadi continental y manejar todas esas variantes con el añadido de las variantes francesas o, multiplicando aún más el campo de los posibles, con otra Francia supuesta en la que Bretaña, Alsacia u Occitania recurrieran a su concepción de la nacionalidad y las combinaciones de forma autónoma de regirse se añadieran a las ya contempladas. Pero aquí es donde se corre el riesgo de teorizar en el vacío, de prescindir de los hechos para idealizar un futuro abstracto sin base en la realidad.

Con esto no quiero decir que el problema de Euskadi sea un problema irresoluble, sino que es mucho más complicado, y mucho más necesitado de unos correctos planteamientos y de unos planteamientos más científicos que pasionales, de lo que se creen algunos idealistas o románticos, tanto de la derecha como de la izquierda. Porque las relaciones de las nacionalidades peninsulares no dependen de los sentimientos o de la emoción patriótica,

y no pueden ser adelantados ni teorizados más que a partir de una concepción global del desarrollo de esas otras personalidades nacionales. Así como que la característica socioeconómica y política del Euskadi que se plantea cada vasco que lo desee es fundamental y determinante, y lo es desde ahora. Es decir, que la problemática de Euskadi no pasa únicamente por su planteamiento nacional ante o frente al resto de la península, sino principalmente por su aceptación de cual sea realmente la estructura a dar a ese planteamiento nacional.

Ya no es válido el supuesto teórico de la unidad y la unicidad de esa formulación pública del hecho nacional vasco. En su interior se encuentran posiciones políticas y exigencias económicas, sociales y culturales, muy diversas. Desde el autonomismo a la independencia; desde la federación peninsular hasta la hostilidad incluso a la posible lucha común en el momento actual frente al común régimen que oprime a la península; desde la mirada puesta en Europa como aglutinante final de las etnias recuperadas, hasta la república socialista enfrentada con Europa por su actual carácter tanto político como social y económico.

Esto no supone una dispersión de fuerzas, desde el punto de vista de la lucha nacional, porque nunca fuerzas tan dispares estarían unidas, sino multiplicación de esfuerzos. Al menos para quienes, supuestamente, sólo pretenden Euskadi, sea cual sea, a través de frentes nacionales y patrióticos. Multiplicación de esfuerzos porque aportan una nueva perspectiva de pluralidad que alcanza incluso la lucha revolucionaria, y porque demuestra que Euskadi puede ser un país, con todas sus tensiones y con toda la riqueza que la variedad origina. Alejando así las utopías patrióticas de las abstracciones idealistas que no

cuentan ni con el tiempo ni con el espacio ni con las condiciones en que ambos elementos tienen que ser conjugados; utopías según las cuales la patria es una idea mítica y bucólica, una superestructura que aleja, pese a sus frases sobre sociedad, capitalismo y socialismo —empleadas incluso por Sabino Arana, a manera de meros aforismos nada científicos—, al hombre de su realidad inmediata y marco económico mediante una abstracción verdaderamente paradisiaca. Planteamiento falso, naturalmente, porque ninguna sociedad es un paraíso y cuando se trata de petrificar esa imagen como real la resultante es la conservación y la perpetuación de situaciones de injusticia, asegurando en las mismas manos que hoy los poseen la propiedad de los medios de producción. Con lo que queda clara la intención final de los planteamientos nacionales teóricamente puros, porque Euskadi por sí mismo, por su mera proclamación ideal no liquidará la existencia de asalariados con todas sus consecuencias, no liberará a quienes hoy no lo están por razón de su situación social o económica. Los liberará un determinado Euskadi. Pero no será entonces el Euskadi superestructurado en el que piensan algunos nacionalistas de la burguesía vasca, sino un Euskadi en el que piensan muchos revolucionarios vascos conscientes de la deformación interesada de la mera alegría patriótica.

Ambas coordenadas coinciden en un punto de intersección que origina una polémica permanente. Y una permanente denuncia de las contradicciones existentes. De ese punto de intersección, vivo y polémico, surge la diferencia neta entre dos tiempos históricos en la lucha de Euskadi por el reconocimiento de personalidad nacional. De ahí también surge la contradicción por lo menos potencial, visible y operante en muchas ocasiones, entre el vasco que rati-

fica su personalidad nacional sobre los datos físicos que considera determinantes —el apellido, la pureza racial, la necesidad del idioma— frente al que se apoya en una afirmación popular que engloba distintas procedencias o lenguas, o mezcla de ellas; distintas culturas originarias o igualmente distintas etnias también originarias, para integrar la personalidad nacional propia, continuadora de sus orígenes pero asimiladora de sus diferencias, progresiva e integradora, en una problemática común.

Las líneas maestras, más que por unas características zootécnicas, pasan por la identidad cultural, la comunicabilidad histórica, la influencia de hábitos y costumbres, la alteración común de las relaciones de producción, la identidad de una actividad histórica como modelada desde por un clima hasta por una manera determinada de enfrentarse con la vida diferenciada de otras comunidades como condicionada por esos orígenes peculiares. Suponen más unos hábitos, un clima y una cultura comunes que una nariz compartida. Porque los saltos atrás son, además, innumerables, y pese a una alimentación regular que debiera proporcionar una rentabilidad humana regular, las excepciones se multiplican de tal modo que al final es preciso volver a la propia determinación de una peculiaridad común. No es la diferenciación lo que forma una nacionalidad, porque la diferencia es un sentimiento negativo, y no se hacen nacionalidades a partir de negaciones sino de afirmaciones; de lo que somos y de lo que queremos ser, un presente y un futuro compartidos y realizados por nosotros mismos y por nuestra decisión. Es la voluntad la que decide. Como se ha escrito en la nueva publicación ETA, en el número primero, **Gudaldi** [Combate]: «El pueblo vasco son todas las capas populares antioligárquicas y en situación de dependencia nacional; los trabajadores de

las fábricas, de los Bancos, de los servicios públicos y de los comercios. Los arrantzales y los baserritarras pobres. Los pequeños comerciantes y sectores de la pequeña burguesía industrial. Todas las víctimas del poder oligárquico del campo y de la ciudad, hombres y mujeres, euskaldunes o erdeldunes, nacido en Euskadi o emigrados, forman el pueblo vasco. »

Así, estos enfoques distintos de la realidad nacional vasca, llevan a la revisión del contenido del concepto patria y determinan una pluralidad de planteamientos de la lucha contra el Estado español. Pluralidad que puede dividirse en dos grandes corrientes : la lucha nacional en sí misma, heredera de los presupuestos autonomistas de 1936 y la guerra civil, y la lucha nacional revolucionaria. Pero también ésta tiene a su vez un abanico plural de planteamientos, según que la inflexión se ponga más en nacional o más en revolucionario, en primer lugar ; y según que ese revolucionarismo se inserte con mayor seriedad y decisión en la lucha real de los desposeídos contra los poseedores, por elemental que esta definición parezca.

Ahora bien, la indudable atracción de la revolución cubana o de la guerra revolucionaria de liberación en Vietnam, el recuerdo de la epopeya argelina, librando una batalla igualmente por la recuperación de su destino nacional pero en un contexto revolucionario de inspiraciones predominantemente socialistas, puede llevar a una identificación mecanicista de distintas problemáticas nacionales sin demasiado parentesco real entre sí. El parentesco existe, evidentemente, pero más en cuanto a situación histórica que en cuanto a realidades socioeconómicas paralelas enfrentadas a una misma situación histórica, que es la de liberación nacional en un contexto de lucha revolucionaria de inspiración socialista. Aunque siempre bajo la necesi-

ria óptica de la constante aplicación a la realidad vasca. Que yo diría, como sugiere un poco apresurada al menos, que más habría que plantearla como un sistema a elaborar entre los problemas derivados de las luchas nacionales de esos países citados y la particularísima problemática que ha planteado el mayo francés a todos los partidos revolucionarios. Sean realmente revolucionarios o solamente se lo titulen.

Desde las anécdotas a las categorías válidas en el análisis socialista del Euskadi real, la diferencia con la lucha argelina, con la que tantas veces se la compara, es evidente. Es cierto que la revolución argelina no puede tampoco idealizarse, y que el GPRA no era de ninguna manera un comité revolucionario coherentemente decidido a la implantación del socialismo en Argelia, como las tensiones y luchas posteriores demostraron. Es cierto también que en Cuba el derrocamiento de Batista fue el primer paso de un intento de democratización política formal, al servicio de una burguesía en principio más nacional y por tanto menos ligada a los intereses monopolísticos del capital americano ; pero eso sólo hubiera sido una primera etapa a desembocar nuevamente en la implantación de un « batistismo » económico recurriendo a las fórmulas políticas autoritarias y caudillistas típicas de Latinoamérica en cuanto hubiera topado con las primeras resistencias a su implantación económica absoluta.

Pero en Argelia, que es donde la doble problemática nacional y revolucionaria se presenta con máxima claridad, la identificación oligarquía/colonialismo extranjero y clases trabajadoras/colonizado nacional era una realidad difícilmente comparable, de una manera lineal, con lo que sucede en Euskadi, y más precisamente en el Euskadi integrado en el Estado español.

Vivimos en el siglo veinte y en una sociedad industrial, y cualquier sueño de regresar al dieciocho y la pacífica ganadería, con las agrupaciones agrícolas familiares, es sólo un delirio. La evidencia de los condicionamientos se impone con el ejemplo del problema negro en su doble versión de los Estados Unidos y Cuba. Que un negro y un blanco son racialmente diferentes, es evidente. Que en los Estados Unidos esta consideración racial ha llevado a un enfrentamiento cada día más violento, hasta la amenaza de guerra civil entre ambas razas, lo es también. Pero esa evidencia debe ser contrapuesta al hecho indiscutible de que en Cuba la integración de razas en un nivel superior de identificación común en una cultura común, es hoy un hecho irreversible. Irreversible en el marco de la revolución castrista.

De ahí arrancan permanentemente las dos líneas que llevan a la lucha nacional justificada en sí misma y a la lucha nacional revolucionaria. La burguesía vasca plantea siempre y únicamente la lucha nacional como objetivo en sí mismo. Primero hacer Euskadi, luego ya se verá. Pero esta afirmación, ¿qué sentido tiene? Decir en primer lugar Euskadi y después ya veremos si socialista o capitalista, no significa nada. Porque, ¿cómo será ese Euskadi primero? Euskadi no es un concepto, es una realización concreta y las realizaciones concretas adoptan desde su nacimiento formas concretas. No puede decirse: construyamos primero la casa y después ya veremos si alta o baja, si está junto al mar o sobre la montaña. Por reducción al absurdo, esa frase, tan utilizada para fomentar uniones nacionales, equivale a decir, compremos primero un par de zapatos que después ya veremos si los queremos de hombre o de mujer, primero los zapatos únicamente. Zapato y casa no existen más que como conceptos; en

cuanto se quieren hacer realidades concretas, son de un tipo o de otro, de un material o de otro, de un tamaño o de otro, con unas o con otras características, en uno o en otro emplazamiento. Banal, evidentemente. Pero todavía **slogan**.

Cuando se dice: primero Euskadi y luego ya veremos cómo y qué Euskadi, o se ignora que un país nace ya con unas estructuras, con un sistema de gobierno, con unas formas políticas y unas condiciones económicas; más aún, que se le crea a partir del predominio de unas clases y de unos grupos de presión económica y política, o, lo que me parece más razonable, se trata de conducir la acción hacia una determinada forma de nacimiento de Euskadi bajo el interesado pretexto de la unión nacional y después veremos. Hagamos un Euskadi burgués aunque no oligárquico, capitalista aunque paternal, democrático aunque vigilante, etc. Bien, es una forma, un destino histórico y una opción. Será o no será la de cada uno, esa ya es otra cuestión. Será la del PNV de tendencias demócratacristianas y no será la de ETA, revolucionario y socialista en sus declaraciones; pero se habrá clarificado una ambigüedad muy peligrosa.

No se puede olvidar el determinante de clase de la burguesía nacionalista vasca. No se puede olvidar que por gran parte de esa burguesía vasca que se quiere nacionalista se acepta de lo español, socialmente, lo que pertenece a la misma clase, por alejado de lo vasco que se encuentre. Se admite lo diferente cuando se da identidad de clase. No cuando es lo popular, la otra clase. No rechaza lo foráneo ni en la técnica, ni en la ciencia, ni, sobre todo, en el arte de acumular bienes. Si se rechaza con más facilidad en la cultura, porque la cultura es obvia a partir de una aceptación de la ignorancia que se quiere gloriosa y se mistifica de

patriótica ; se puede hablar, ante la falta de creación, del silencio respetuoso de una raza meditativa, pero no se puede prescindir del teléfono. Una prueba es que esa parte de la burguesía vasca que repudia lo español **sólo** por el hecho de serlo, acepta lo francés sin discriminación. Pese a que la explotación económica del vasco del norte, su situación de cola del desarrollo y, lo que es más grave, su despersonalización política a través de los sutiles canales de la democracia burguesa, hayan dejado a esa parte del pueblo vasco mucho más desarmada por los franceses que a la del sur por los españoles, aunque ondee la ikurriña en las cervecerías y las tiendas de tejidos. Pero es que Francia, su cultura, y sobre todo su refinada civilización, obtiene un alto respeto social por parte de la burguesía vasca en cuanto ejerce como tal y no como pretendida clase directora de un pueblo luchando por recuperar su personalidad nacional.

En ese sentido, un cierto patriotismo folklórico y de exaltación irracional de lo propio es solamente un enmascaramiento más de las características de clase, y no se rechazará a ciertas cadenas de establecimientos comerciales populares por tener su sede en Madrid, sino por populares. Sólo que entonces se recubre una decisión meramente clasista con una capa de patriotismo purificador que libere frente a cualquier opinión pública exigente del marchamo exclusivista de la clase. Y no se califica peyorativamente al inmigrante extremeño por extremeño, sino por inmigrante. Lo sucedido históricamente es que algunas minorías de esa burguesía han utilizado sistemáticamente la diferencia racial después para sostener la diferenciación de clase ; lo cual tampoco es nuevo ni original de nuestro planteamiento nacional porque desde el **apartheid** sudafricano a los **ghettos** negros de América del Norte

la raza y el color no son más que un pretexto para la dominación de clase.

Puede decirse sin embargo que la progresiva aceptación de lo que supone realmente la lucha nacional hace cambiar esta concepción de lo propio salvo para los supuestamente románticos que aun sueñan, a veces incluso en voz alta, con el tiempo pasado, con las maravillas de una vida en la que vivían plenamente bien los que poseían todos los bienes, aunque esto último no se dijera ; lo que deja en verdad muy mal parado el teórico romanticismo idealista. Es una vez más la falsificación histórica de un vago antes en el que todo el mundo era feliz. Antes se vivía mejor, no habían tantas guerras ni tan agudas luchas sociales, ni tan agresiva presencia del pueblo. El pueblo no existía, al parecer, más que como permanente y alegre telón de fondo sobre el que unas minorías sí que vivían realmente bien. Antes, cuando todos nos conocíamos ; como suele decirse con nostalgia por parte de las minorías poseedoras en ciudades de explosión industrial y demográfica arrolladora. Pero donde el servicio doméstico de los señores, por muy racialmente vasco que también fuera, era el servicio doméstico de la casa o de la tierra de labranza, como los empleados en las ferrierías o en las oficinas mercantiles, en el barquito de pesca o en la fundición. Y puede que hubiera una bondad paternal y campechana pero no había igualdad, y las dificultades de promoción subsistían férreamente generación tras generación. Y puede que hubiera paternalismo, pero no había justicia. Y no había igualdad ni había justicia por esa verdad tan elemental y tan intentada enmascarar como es que los bienes eran de unos y no de los demás, y los unos daban a los demás lo que **ellos querían** darles, ateniéndose sólo a su deseo, su decisión, su variable o incompleto o equi-

vocado sentido de la justicia, su generosidad o su buena disposición. Y ateniéndose también a todo lo contrario. A su falta de deseo, a su poca decisión, a su posible falta de sentido de la justicia, a su posible ausencia de generosidad.

Esa corriente nueva no quiere una tertulia de familias notables, quiere un país. Y un país tiene en su seno la posibilidad de hacerse ejemplarmente, pero tiene también en su seno un haz de tensiones, en contradicción, algunas de ellas, que es lo que le da su característica de tal, de país, de nacionalidad asumiendo todas sus responsabilidades, con todos sus riesgos, sus grandezas y sus miserias. Un país no es un objeto de museo arqueológico, ni siquiera como muestra perfecta y ejemplificadora para el estudiante muy especializado. Un país es un dato histórico vivo. Si no, sólo es folklore.

No caben más supuestos ideales. La lucha está planteada por una democracia burguesa para unos, en su origen y decidiendo cada paso de ella. Pero para otros está planteada por una democracia socialista. En la primera batalla ambas coinciden, o pueden hacerlo, al menos en algunos de sus objetivos primarios tales como la forma política franquista de la dictadura capitalista de la oligarquía peninsular. Ambas pueden coincidir tácticamente en el camino de esa decisión, pero sabiendo que cada paso es en sí mismo el desarrollo de una divergencia fundamental. Euskadi será lo que la mayoría quiera, y la mayoría ejercerá su derecho de decisión en cuanto ocupe la vanguardia de la lucha la dirección hegemónica de la clase obrera; en el camino entonces inapelable hacia la democracia popular de Euskadi porque el sentido de la historia es irreversible.

Eso certifica que saben perfectamente lo que quieren tanto quienes predicán la lucha nacional pura y simple, con el retraso

de la fórmula final de las características de este Euskadi por liberar y articular nacionalmente, como los que defienden un futuro nacional democrático burgués. Porque no se parte ni de una situación ideal inscrita en un tablero como problemática abstracta a resolver abstractamente, ni Euskadi es Argelia con una economía colonial de extracción en manos de un capitalismo extranjero y extraño hasta físicamente. La interdependencia de las economías peninsulares obliga a un análisis de la realidad reciproca España-Euskadi que sobrepasa en mucho las exclamaciones reivindicativas que se detienen en el plano de lo literario y emocional. Una interdependencia de intereses a la que nunca renunciará la burguesía.

El panorama de Euskadi no se oscurece por la existencia de una problemática plural, sino que, al contrario, se aclara. Incluso las contradicciones aclaran. Aclara el hecho nacional vasco, que como todo hecho nacional determinante de una peculiaridad histórica es plural, tiene en su seno contradicciones, alberga en su interior la cerrada lucha de clases y está por encima de cualquier deseo, de cualquier romanticismo o de cualquier irracionalización de ese hecho nacional situándolo en lo intemporal y sobre el espacio, como un preparado de laboratorio sobre la platina de un microscopio. La comprobación de la pluralidad de opciones hace pasar del vasquismo sentimental al sentimiento nacional vasco; y éste, creciente, da una determinación **nacional** a lo que podía ser el deseo de un grupo social que completaba así, con la autogestión de sus intereses a todos los niveles, la posesión autonómica de todos los bienes. Pero esta patria lo sería únicamente como un bien más a poseer y a utilizar por una minoría, por una clase, y hecha aceptar alienadamente a quienes siguen a esa clase sin pertenecer a ella.

La patria lo es para el hombre cuando en ella se realiza humanamente. No cuando se la hace ondear en una palabra, unos colores, unos recuerdos, unos sentimientos explotados más o menos conscientemente, para perpetuar una situación de muy consciente explotación, de injusticia, de posesión y de dominio por tanto.

Por eso la pluralidad de opciones ante Euskadi no dificulta su reconocimiento y su realización sino que la amplía y posiblemente sea de la única manera que la garantiza, enfrentándose a la integración de las clases trabajadoras en la unidad burguesa que impone hasta la trivialización cultural, las aficiones, las mismas reacciones ante los mismos estímulos del consumismo, ante el imperio de la publicidad en la internacional de consumo, incluso en la publicidad política, con la desaforada utilización de palabras como democracia, libertad, voto, seguridad, participación, progreso, pueblo, patria, siempre vaciadas de sentido e igualmente aplicables a circunstancias inverosímilmente distanciadas en teoría. Una sociedad socialista debe en cambio, para serlo, « popularizar » la diversidad original. Dotar a la revolución de un sentido propio perfectamente caracterizado. En una revolución para la mayoría se trata de recuperar los móviles y las reacciones de esa mayoría que son siempre, en cada caso, peculiares.

Nunca han sido los vietnamitas más auténticos que cuando se han sumado a una lucha particularizada en su tierra, en un espacio, frente al presunto cosmopolitismo de Saigón, pero como fragmento inmediato en el tiempo de la lucha general de los pueblos por su liberación. El Che no argentiniza su acción revolucionaria, ni, con su influencia, la de quienes más inmediatamente le rodean. Fue un internacionalista que siempre aceptó las peculiaridades nacionales. Cada comunidad obtiene en la

lucha revolucionaria un resultado propio a partir de la aplicación de un mismo método de análisis planteándose el socialismo. La revolución cubana no es una trasposición de la revolución rusa de 1917 recreada en las Antillas. Hubiera sido imposible. Aunque fragmento de una universalidad revolucionaria y de una fraternidad proletaria, tuvo que hacerse la revolución cubana insertándose desde en su folklore hasta en sus particulares necesidades de una economía sin paralelismo con la rusa; desde su clima hasta las consecuencias humanas de ese clima; desde sus orígenes plurirraciales, plurinacionales también, restos de colonizaciones española y norteamericana, hasta las consecuencias geográficas de su aislamiento insular y su proximidad a los Estados Unidos.

Por eso Euskadi tiene su propia determinación nacional con mayor fuerza, precisamente, cuanto la liberación de Euskadi más se enfoque desde el punto de vista de la revolución y el socialismo. Menos, en cuanto las respectivas burguesías nacionales mantengan ligados sus intereses económicos a nivel peninsular, porque si sus intereses sufren al liquidar las relaciones, éstas no se liquidarán. No obrará esa determinación nacional de ninguna manera en cuanto que Euskadi intentara plantearse desde las oligarquías peninsulares, cualquiera que sea su origen nacional —vasca, catalana, castellana— porque las oligarquías practican un internacionalismo monopolístico a cuyo nivel no existen particularidades de origen, de cultura ni de civilización. Y en esto Euskadi también puede aportar datos y nombres.

Cuando el pueblo vasco lucha por sí mismo está creando Euskadi, en un continuo movimiento enriquecedor de perspectivas nacionales. No es lícito plantear un problema de disociación de actividades frente

al régimen político y al sistema socio-económico del Estado español. Hay quienes intentan diferenciar acciones obreras y acciones nacionales, pero esa disociación, aunque sea aventurada por quienes se proclaman verbalmente nacionalistas, atenta contra el principio fundamental de la determinación nacional de Euskadi. Las huelgas, los paros, los primeros de mayo, no tienen lugar en el vacío ni son tampoco preparados de laboratorio. Suceden en Euskadi, son acciones en Euskadi y de Euskadi, son la clase obrera vasca luchando por sus derechos en Euskadi; no son otra cosa, ni hay otra lucha, ni hay dos luchas. Lo que tampoco significa que sea una lucha aislada, porque en lo que si creo es en la unidad del combate común de las clases trabajadoras peninsulares frente al régimen común impuesto a las nacionalidades peninsulares tras la guerra civil de 1936-1939. El enemigo es uno y no valen abstracciones, lo que a su vez tampoco quiere decir que la forma de ese combate tenga que ser la misma ni adopte las mismas características.

La lucha es común porque el enemigo también lo es. Pero esto no niega la peculiaridad de Euskadi, sino que la subraya. Supone el reconocimiento de que todas las fuerzas políticas y sindicales que luchan por la libertad frente al poder real, luchan en Euskadi, y deben reconocer esta verdad histórica que es la única sobre la que puede edificarse una política realista. Realismo que opera en favor de la lucha de los revolucionarios vascos que tratan de liberar a una comunidad y no un concepto. Porque, ¿qué es lo que hay que liberar, Euskadi como noción de geografía política o al pueblo vasco como dimensión humana? Cuba no se liberó en 1898 al declararse independiente de España y comenzar a ser explotada por unas minorías oligárquicas en connivencia con los Estados

Unidos, sino en 1957 cuando los cubanos, la mayoría, las clases trabajadoras cubanas, se empezaron a dar a sí mismos, la definitiva libertad que no da un himno, ni una bandera, ni un pasaporte, sino que da la posibilidad de liberación humana de las masas. El terreno del debate está fijado en Euskadi, y por tanto, los caminos hacia la solución de sus problemas serán los que aporten los datos propios con sus peculiaridades diferenciales. Así planteado sería perfectamente legítima la pregunta: ¿Y si **sólo** un Euskadi socialista hiciera posible un Euskadi real? Pregunta a la que se está respondiendo.

Pero si me parece necesario insistir en que Euskadi no es ni una religión ni un paraíso angélico, ni un sueño romántico, y en que si alguien lo cree así no le hace ningún buen servicio al Euskadi real que es el que importa sobre su Euskadi ideal, debo decir igualmente que tampoco es, por otro lado, un campo de experimentación o un laboratorio de pruebas en que se manipulen conceptos urgentemente aprendidos sin contar con la realidad nacional. La opción revolucionaria no puede ser ni un mero lenguaje sin contenido ni una elucubración que sobre el papel se produzca perfectamente, sino la única realización histórica que resuelve la ecuación de la lucha de clases despejando definitivamente la incógnita de la posesión colectiva de los medios de producción, alterando radical y revolucionariamente las relaciones de producción que determinan todas las demás. No son válidos ni los angelismos burgueses sin base en la realidad de las necesidades de la mayoría, ni las experimentaciones aventureras. Ni a Marx se le entiende en una semana de «puesta al día» ni un Ernesto Guevara se fabrica en píldoras a asimilar por vía bucal. Son una consecuencia y una convicción, además de una ciencia y una decisión; son una resultante

y no una trivial puesta en marcha. Que ante la presencia de Euskadi, una seria realidad nacional ineludible y viva, ni a unos ni a otros les coman las palabras, sino que todos sitúen, situemos, correctamente los hechos, y que quienes se proclaman revolucionarios y marxistas realicen sus más rigurosos análisis a la luz del materialismo histórico y no de vagos idealismos barnizados de terminología tomada al marxismo de prestado. Porque lo que el luchador

anticapitalista hace es precisamente situar la autodeterminación de los pueblos en su última consecuencia, la autodeterminación del hombre colectivamente enfrentado con la realidad que le circunda. Sitúa la autodeterminación en su significado más profundo y menos mecánico, rechazando también el mecanismo de las revoluciones de manual. Es decir, sitúa la autodeterminación como una respuesta más de las masas frente a sus necesidades.

Novedades Ruedo ibérico

Paul Cardan

Capitalismo moderno y revolución

Capitalismo moderno y revolución. I. El marxismo tradicional y la realidad contemporánea. II. El capitalismo burocrático. III. El futuro. **El fin del movimiento obrero tradicional y su balance.**

194 páginas

12 F

Claude Lefort

¿Qué es la burocracia? y otros ensayos

I. I. La contradicción de Trotski. II. El marxismo y Sartre. III. Sobre una respuesta. IV. Proletariado y dirección revolucionaria. II. V. El testimonio de Antón Ciliga. VI. El totalitarismo sin Stalin. VII. La insurrección húngara. VIII. El método de los intelectuales llamados « progresistas ». IX. ¿Qué es la burocracia? III. X. Sobre la democracia. XI. Los intelectuales en la sociedad moderna. XII. El desorden nuevo.

316 páginas

21 F

El País valenciano como problema

Experiencias y perspectivas

Nosaltres els valencians¹ es una tentativa sin precedentes. La aparición de este libro, en 1962, constituye un hito fundamental en la historia política de Valencia y, aun hoy, el único análisis serio del caso valenciano, y muy particularmente de las causas y efectos de lo que Fuster califica de «**fracas com a poble**», refiriéndose a la no existencia de una conciencia colectiva con voluntad de materializarse en entidad política, en régimen de autogobierno; o, en otras palabras, el no planteamiento de una problemática nacional al nivel que existe en Cataluña o Euskadi.

El libro se detiene fundamentalmente, según lo vemos, en:

—Origen y formación histórica del País valenciano; existencia, en un principio, de una cultura mayoritariamente catalana, y el posterior proceso de castellanización.

—Papel y configuración de las clases dominantes valencianas, destacando su mediocridad, sobre todo en relación con el mayor dinamismo de otras clases dirigentes peninsulares.

—Intento de explicación del fracaso político del país, basándose esencialmente en una teorización nacionalista: el Estado unitario español anula la personalidad del pueblo valenciano, pero no consigue totalmente integrarlo. La alienación nacional y la frustración de los valencianos solamente producirá la costumbre de la insumisión, sin cristalizar en un movimiento de reivindicación nacional, tal y como ocurrirá en Cataluña. La clase dominante valenciana, al no dar cuerpo a un movimiento nacionalista, dimite de su papel dirigente (sin abandonar su poder económico).

El impacto del libro fue un hecho relevante, tanto como para provocar un nuevo replanteamiento del problema político del País valenciano.

De la tentativa de Fuster parten las nuevas visiones que sobre el País valenciano se están realizando. Es claro que existía un ambiente propicio, de gran sensibilización política, por la izquierda y por la derecha; recordemos todos los acontecimientos que durante los años 1962 y 1963 tienen lugar en la península. En grupos fundamentalmente universitarios e intelectuales se maduraban explicaciones sobre la historia del país buscando las raíces de la problemática diaria que vivían. **Nosaltres els valencians** se presenta entonces como una explicación muy coherente que desborda y anula las explicaciones fáciles de otros tiempos.

El libro fue rápidamente discutido² y se polarizaron en torno a él dos tendencias fundamentales y encontradas, que a su vez entroncan con dos formas de entender el presente y el futuro radicalmente distintas. Por un lado las clases dirigentes advertidas por sus ideólogos, por otro las opciones más o menos populares.

La izquierda asimiló la existencia objetiva del problema, aunque no todas las ideas de Fuster fueron aceptadas con el mismo entusiasmo. El aspecto más discutido fue la pretendida catalanidad de Valencia. Las opciones de esta corriente se pueden esquematizar. Una, cuyo portavoz teórico sería **Dialeg**³ que representaba, en cierta forma, la réplica valenciana a la FUDE, ADEV —Asociación Democrática d'Estudiants de Valencia—, y que se identificó totalmente con el ideario fusteriano. Otra, que ha tenido un efecto público retardado, se ha manifestado, no obstante en 1969, pero que se venía gestando desde 1962. El Partido Comunista español se mostró muy reacio a admitir incluso el hecho del País. En la actualidad ha buscado la convergencia con el grupo antes mencionado, más bien con lo que de él queda transformado. Finalmente, otros núcleos, entre ellos el Frente de Liberación Popular, comprendían que el planteamiento de los problemas nacionales podía contribuir a politizar el ambiente, estudiando la forma de dar una solución socialista al problema.

1. **Nosaltres els valencians**. Barcelona, Ediciones 62, 1962.

2. En marzo de 1964 apareció la segunda edición en catalán. También existe una edición en castellano —**Nosotros los valencianos**.

3. Boletín de la Facultad de Derecho de Valencia. Colaboraban profesores y alumnos.

La reacción de la derecha

La indignación que provocó Fuster entre los « santones » del valencianismo local, tales como Almela y Vives, Primitiu, Bayarri...⁴ sería aprovechada por las autoridades para montar verdaderas campañas de prensa, con el objeto de presentar al autor como antivalenciano y « renegat catalanista ». La ocasión se presentó con el siguiente libro de Fuster, *El País valenciano*. La historia de este último libro es verdaderamente graciosa. Tuvo un gran lanzamiento editorial, al principio. Ocupando los escaparates de las librerías « importantes ». La burguesía había hecho acopio de ejemplares dispuesta a regalarnos a sus amistades de otras regiones. Picó el mismo gobernador civil, procuradores en Cortes, etc. La alerta lanzada por los ideólogos paralizó el proceso. La reacción fue fulminante, se sintieron engañados y en realidad lo habían sido. El libro desmitificaba los tópicos locales, atacaba la lírica babosa de otros tiempos y planteaba cristalinas realidades imposibles de admitir por una clase autosatisfecha.

Se publicaron multitud de críticas y comentarios desfavorables, algunos verdaderamente insultantes ; no hace falta decir que los libros pasaron a ocupar lugares más modestos de las librerías. Tales ataques se realizaban por el honor y la defensa de los tópicos atacados, « jardín de flores », « Levante feliz », etc. El gobernador civil ordenó al director de *Levante* (órgano local del Movimiento), Adolfo Cámara, la inserción de varios artículos sin firma que habría escrito el mismo Almela. La burguesía quiso hacer participar al « pueblo » fallero, las filás de Alcoy, etc., todos los presuntos agraviados por las críticas de Fuster. Lo consiguió con relativo éxito, haciéndolo cooperar en un acto que recoge reminiscencias inquisitoriales y brujeriles a la vez ; se quemaron en una « falla » al autor y a su obra⁵. Es importante reseñar que el acto fue orquestado por un futuro candidato a procurador en Cortes, Martí Belda, abogado del Estado y máximo mangoneante de la Junta central fallera.

La antigua asociación valencianista, heredera de los « valores » de *La Renaixença*, *Lo Rat Penat*⁶, desempeñó en esta historia un papel muy triste, se agitó internamente y vociferó con toda su fuerza de cadáver.

La burguesía, por supuesto, no leyó los libros, pero le bastaron los toques de atención de las autoridades y de sus ideólogos, para conocerlos. No obstante, el asunto pasó y fue olvidado. Con esto se cierra la primera fase de la historia que podemos clasificar como de emotiva por su carácter. La próxima reacción, manifestada públicamente, de las clases dominantes, será en torno a la economía valenciana, y empezará durante los años 1965-1966.

La realidad económica

Se hacen demasiado evidentes los síntomas de crisis de la economía del país. La etapa desarrollista trae una popularización de los temas económicos que favorecen la crítica ; la existencia real de agudos problemas hace el resto. Estancamiento del sector naranjero, la posición en términos estadísticos de Valencia con respecto a las demás provincias, la gran dimensión del artesanado, la baja productividad de la industria, etc. A partir de entonces, todos, hasta los detentadores del poder económico admiten que « algo falla en la economía valenciana ».

Hasta estos momentos el monopolio de la crítica económica ha estado en manos de la izquierda. La oposición vive una relativa euforia por entonces ; hay una fase de exteriorización de las acciones, montaje del Sindicato Democrático en la Universidad (SDEUV), la aparición del cantante Raimón y la multiplicación de actividades culturales con carácter

4. Almela i Vives. Cronista de la Ciudad. Autor de varios libros y artículos sobre Valencia. Primitiu. Director de la editorial Sicania ; publica libros relacionados con el país. Bayarri. Inventor de un imaginario país que se llama Bacavía que habla la lengua bacavesa y no el catalán. Escribió en 1934 un libro titulado *El perill català* [El peligro catalán]. Así todos los demás...

5. Fuster relata estos incidentes en un libro que recoge sus escritos sobre fallas: *Combustible per a falles*. Garbí, 1967.

6. Asociación que patrocina los Juegos florales. Reducto siempre derechista. Fundada en 1878. La *Renaixença* es igualmente analizada por Fuster en su libro y tratada como un fracaso más.

claramente político. En el campo obrero parecen querer consolidarse las Comisiones Obreras. Los grupos políticos con peso real intentan difundir sus programas y los problemas económicos del país y sus soluciones empiezan a ser considerados. El grupo catalanista intenta ponerse al día, y empieza a justificar el nacionalismo en términos económicos.

La derecha se hace valencianista

A partir de los años 1966-1967 la actitud de la clase dirigente frente a los problemas locales cambia radicalmente, como se comprueba a través de las declaraciones de significativos representantes de los núcleos financieros e industriales. Ante la situación real, las críticas de la izquierda pueden extenderse; los presuntos « culpables » se defienden atacando tímidamente a la Administración, y utilizan para ello las plataformas que tienen a mano: **Al día**, **Valencia-Fruits**, el Instituto Social Patronal⁷...; se destacan en estas actividades hombres como J. Maldonado, Viñals, Perelló, Broseta, etc.⁸ Materialización de estas inquietudes son la Facultad de Ciencias Económicas (con todo su deficiente funcionamiento posterior), el estudio PREVASA, el seminario de Desarrollo regional⁹, proliferación de artículos en la prensa, entrevistas...; el tema es tocado de una forma directa hasta en los Juegos Florales de 1967. Se busca, sobre todo, un sindicato patronal de la Naranja, activar la política de incorporación a la Comunidad Económica Europea, la siderurgia del Mediterráneo, un Banco industrial, etc. En la actualidad la clase dirigente valenciana parece que se encuentra bien representada a nivel gubernamental, los valencianos en la Administración son numerosos, bien situados, y aparentan demostrar un creciente interés por las cosas de Valencia. El periódico de la derecha conservadorísima, **Las Provincias**, publica en febrero de este año una nueva serie de entrevistas a los personajes de siempre sobre el tema de siempre.

La visión de la izquierda

Para la burguesía se trata de cambiar la mentalidad empresarial; el papel dirigente de su clase ni siquiera es puesto en duda. Para lo que podríamos llamar oposición, la cosa no está tan clara: hay quien negará la misma existencia de una clase dirigente en Valencia. En toda esta polémica han tenido un papel importante, esclarecedor, los trabajos de la cátedra de Historia contemporánea de la Facultad de Filosofía y colaboradores¹⁰. Hay que destacar, antes de entrar en las posturas de cada grupo, ciertas elaboraciones que podemos llamar, por hacerlo de alguna forma, artículos de oposición. En estos trabajos se ha destacado especialmente el periodista Vicent Ventura (**España Económica**, **Cuadernos para el Diálogo**, **La Vanguardia**), también la revista **Al Vent** de Castellón, **Oriflama** y **Serra d'Or**; esta última dedicó en 1968 un número monográfico al País valenciano. En estos trabajos el tratamiento del problema se realiza bajo enfoques distintos pero con un denominador común, no realizando una crítica global al desarrollo del sistema capitalista, sino únicamente a sus aspectos no fundamentales, como podría ser la dinamicidad de la burguesía local¹¹. El grupo que de una forma más completa debía haber definido el problema y aportado soluciones, el PSV [Partit Socialista Valencià], es un partido gaseoso, sin límites claros, no

7. El Instituto Social Patronal ha cambiado en la actualidad de nombre, un cambio muy significativo, ahora es Instituto Social Empresarial.

8. Algunas de estas intervenciones están recogidas en un libro editado por la Caja de ahorros de Valencia, *Economía valenciana*, Junio, 1969.

9. Estudio general sobre inversiones en la economía valenciana 1968-1971. Promociones Económicas Valencianas, S.A., Caja de ahorros de Valencia, Banco Urquijo.

10. Juan Reglà, Giralt, A. Cucó, etc.; sobre todo *Aproximació a la història del País valencià*. Estel, 1968. « Problemas históricos de la industrialización de Valencia ». *Estudios Geográficos*. 1968; etc.

11. *Cuadernos para el Diálogo*, extraordinario, n.º 9. *Gaceta Ilustrada*, n.º 625.

tiene una estructura orgánica definida ni se sabe dónde empieza y dónde acaba. Siendo las actividades de tipo cultural su fundamental actividad política. Tiene una relativa clientela extendida por las ciudades y pueblos del País. No obstante, en determinados momentos ha conseguido un cierto poder de movilización, pero siempre de una forma transitoria. Su acción cumbre podría ser una campaña de pintadas que realizó por todo el País con la frase « **Valencians unim-nos** », que implícitamente lleva una visión del problema que tratamos, fórmula integradora donde la lucha de clases desaparece por completo y puede ser interpretada como un eslogan nacionalista reaccionario. En esta campaña participó mucha gente que no se detuvo a analizar teóricamente su significado.

Esquerra, órgano político de este grupo, no se ha pronunciado todavía sobre la forma política que propone para Valencia.

En el APLEC¹² de 1969 se puso de manifiesto, por primera vez, un hecho nuevo. El PCE convergía prácticamente con el PSV, dominaba el acto y lo convertía en una fecha de lucha antifranquista. Esta actitud era consciente: el PSV cedía la dirección a cambio de la capacidad movilizadora del PCE.

La primera toma de posición sobre la cuestión nacional en Valencia por parte del comunismo oficial fue un artículo publicado en **Horitzonts** (revista del PSUC [Partido Socialista Unificado de Catalunya]) en el que negaba la existencia de condiciones para el desarrollo de una política nacionalista en el País. Desde entonces, las cosas han cambiado, y el PCE ha visto la oportunidad de integrar en sus acciones a los sectores « nacionalistas ». **Verdad**¹³ distingue la inexistencia de la burguesía como clase dominante de su incapacidad como tal: « [...] hoy ya no se trata de promocionar a una burguesía valencianista para que desempeñe su labor de expansión y desarrollo de la economía valenciana. Hasta el momento ha demostrado su incapacidad para hacerlo. No podemos confiar. Por otro lado, le brindamos la oportunidad para que se engarce a la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura, dado que también sus intereses están cada vez más enfrentados con el capitalismo monopolista ». A esta posición se ha llegado tras una elaboración del sector universitario e intelectuales que empezaron a pronunciarse en **Lluita-Lucha**, órgano universitario del PCE en Valencia.

Por su parte, el FLP¹⁴ distingue dentro de la clase dominante española grupos subordinados, uno de los cuales sería cierto sector de la burguesía valenciana. Pero rechaza la posibilidad de que el pacto entre las clases dominantes se rompa: « [...] la burguesía valenciana sigue sumisa a la minoría hegemónica del Estado, con la particularidad de que « algunas » familias valencianas forman parte de la oligarquía [...] ni los financieros valencianos, industriales, ni los grandes propietarios tomarán decisiones antiloligárquicas, porque son oligarquía [...] » Propone la lucha por el socialismo, cuya victoria final podrá ser la garantía de una solución popular al problema.

Perspectivas

Por el momento es dudoso que el problema llegue a interesar a una clase obrera que se mueve en unos niveles de conciencia política bajos. No obstante, existen unos supuestos que son admitidos y compartidos. El problema lingüístico, clara oposición a las tendencias centralistas, cierta unidad del país (Alicante-Castellón-Valencia), y la conciencia de crisis económica interpretada de una forma u otra.

La teorización sobre el hecho nacional continúa teniendo un carácter puramente superestructural. Pese a todo, hay un interés declarado por romper el estancamiento, extendiendo la polémica y haciendo participar en ella.

Tanto la derecha, sus élites políticas, como los grupos y partidos de izquierda con intención

12. APLEC. Reunión anual de la juventud del país. Se realiza como una excursión campestre.

13. Órgano del Comité provincial del Partido Comunista en Valencia; n.º 2, septiembre de 1968.

14. Organizar la lucha revolucionaria. Declaración. Diciembre de 1968. Valencia.

de dirigir la lucha, saben que la baza **nacional** puede tener cierta importancia en una futura política electoralista-parlamentaria.

Las clases dirigentes se han apuntado a los esquemas tecnocráticos, revisten sus actuaciones de eficiencia intencional y desean una política consentida y ayudada por Madrid, bajo la forma de regionalización económica. Piensan continuar dominando mediante un nivel de vida alto una economía de consumo en perfecto funcionamiento sin desprenderse temerariamente de alguno de los métodos actuales.

Los grupos politizados de izquierda no tienen tan claro su futuro, la forma política del país que desean construir no está en una fase avanzada y sólo las versiones más elaboradas han intentado explicar las situaciones económicas de una forma coherente, contraponiéndolas a la visión de la derecha. Explicitando que sólo un desarrollo radicalmente distinto al capitalista es capaz de crecer equilibradamente, y solucionar, a largo plazo, los problemas económicos que el País tiene planteados, siendo, a su vez, la base para un correcto planteamiento de una política nacional.

Pedidos y suscripciones a Ediciones Ruedo ibérico

6, rue de Latran, Paris 5

Teléfono 325 56 49

CCP 16 586-34 Paris

Precio de venta : cuaderno ordinario : 7 F ; cuadernos atrasados (hasta el n.º 6) : 14 F ; colección completa (números 1 a 24) : 150 F.

Condiciones de suscripción :

	6 cuadernos ordinarios
Francia	35 F
América (correo ordinario)	7 US \$
América (correo aéreo)	16 US \$
Otros países (correo ordinario)	7 US \$

La suscripción a **Cuadernos de Ruedo ibérico** da derecho automáticamente al 20 % de descuento en la compra de libros pertenecientes al fondo editorial de Ediciones Ruedo ibérico o de aquellas editoriales que representamos. Pídense catálogo.

El primer suplemento anual de **Cuadernos de Ruedo ibérico** es **Horizonte español 1966**. Precio : 51 F. El suplemento anual de 1967 es **Cuba : una revolución en marcha**. Precio : 48 F.

Libros

Juan Andrade

La crisis del movimiento comunista

Tomo I: De la Komintern al Kominform

de Fernando Claudín (Ediciones Ruedo ibérico)

Confieso que siento siempre una gran aprensión, en principio, cuando voy a abordar la lectura de un libro escrito por un antiguo dirigente comunista que ha roto las amarras con el partido, y que trata de justificar o explicar sus posiciones políticas presentes. Generalmente se descubre un renegado, en el peor sentido del término, que ha vendido su alma al diablo, y que trata de hacer méritos de arrepentido ejercitándose en un anticomunismo frenético, en el que no se ataca ya sólo a la burocracia estalinista sino también todo lo que sea anticapitalismo, es decir las ideas socialistas en general. Es la manera de intentar justificar el poder servir a otros. Son los que terminan como apóstatas integrales, y desgraciadamente he conocido algunos ejemplos.

Pero inmediatamente nos sentimos tranquilizados con el libro de Fernando Claudín en cuanto a su propósito. **La crisis del movimiento comunista: de la Komintern al Kominform**, primer tomo de una obra de gran importancia que constará de dos volúmenes, es un libro honrado, producto de las reflexiones de un antiguo revolucionario que no quiere dejar de serlo, y sobre todo un estudio profundo, como se encuentran pocos, desgraciadamente, en la bibliografía española, tan parca en análisis teóricos o históricos sobre el movimiento socialista.

Ahora bien, temo que produzca la impresión en algunos lectores, como en parte me ha producido a mí, de obra de desconcierto, a fuerza de cómo están formuladas e incluso forzadas las críticas negativas de todo el desarrollo del proceso histórico de la Internacional Comunista, sobre todo en su iniciación, incluso desde los tiempos de Lenin y Trotski. Se diría que las consideraciones de Claudín sobre la fundación de la IC están inspiradas en el pensamiento de Otto Bauer contra la ideología bolchevique y el leninismo. Si no es deliberadamente sí es coincidencia, y revela principalmente un criterio de revisionismo reformista, como si fuera la nave de salvamento que encuentra Claudín por la desilusión sufrida.

No quiero tampoco dejar de señalar la extrañeza que causa que una inteligencia que se expresa con tanta clarividencia crítica a través de todas las páginas, haya resistido hasta 1956, con el informe de Jruschov, para enterarse de todo el curso de la degeneración del estalinismo, y haya esperado hasta 1965 para romper definitivamente con él. Sin embargo, y es una prueba de la sinceridad de Claudín, reconoce que estaba « alienado », que « el año 1956 fue para mí, como para otros tantos comunistas, el comienzo de ruptura con una confortable y optimista representación del estado y las perspectivas de nuestro movimiento. Hasta entonces su pasado y presente —incluso su futuro— no eran problemas. Marx y Engels, Lenin y Stalin, los supergenios de la humanidad, habían despejado todas las incógnitas fundamentales ». Y preveyendo las posibles objeciones a este mimetismo que se le puede achacar, Claudín declara sinceramente: « No hace falta decir que este libro no es sólo una crítica del movimiento comunista sino una autocritica del autor. » Menos mal, esta sinceridad no es frecuente.

¿Qué conclusión, en perspectiva, se puede sacar del interesante libro de Claudín? No es muy fácil de deducir. Se puede interpretar únicamente por algunas expresiones, precisamente de la Introducción: « Lo que ha fracasado históricamente no es el marxismo, sino determinada dogmatización y perversión del pensamiento marxiano. Su esencia crítica-revolucionaria, no pocas de sus principales concepciones y tesis siguen vivas, actuales. A condición, claro está, de que nos decidamos resueltamente a situar a Marx en su tiempo histórico, y a continuarlo de acuerdo con el nuestro. O en otros términos: a considerar y utilizar el marxismo de manera marxista. » De acuerdo, pero precisamente ése es el hueso. Desde hace ya bastantes años, la reorganización del movimiento revolucionario, nacional e internacional, se encuentra en panne. De lo que se trata es de encontrar una salida para ponerla en marcha.

A la letra, no parece ofrecer objeciones esta

declaración, a pesar de que deja completamente de lado el leninismo. Sin embargo, habiendo leído su obra y el pensamiento crítico general que se desprende a través de toda ella, a mí me parece que Claudín, a pesar de toda su buena voluntad, no emite sobre la misma longitud de onda que la vieja oposición marxista revolucionaria y que los jóvenes de las nuevas generaciones marxistas-leninistas. Si se niegan los propios principios y táctica que dieron lugar a la constitución de la III Internacional, ateniéndonos a las consideraciones de Claudín terminaríamos desembarcando en una nueva especie de Internacional II y 1/2, o más bien en un comunismo «a la italiana», policéntrico, en busca de una abertura gubernamental para el partido, cuyo «liberalismo» a lo Longo y Améndola se ha mostrado prácticamente en las medidas de expulsión de los dirigentes de **II Manifiesto**.

Los orígenes de la crisis

Este primer tomo sobre **La crisis del movimiento comunista**, comprende principalmente la disolución de la Internacional Comunista, la guerra civil de España, la experiencia del Frente Popular y la colonial, la revolución frustrada de Francia, la de Italia, las revoluciones sin permiso (Yugoslavia y Grecia), la gran alianza de los dos campos, el reparto de las «esferas de influencia», el Kominform y la nueva táctica. El segundo tomo, según anuncia, llevará por título «Del XX Congreso a la invasión de Checoslovaquia», es decir hasta la actualidad.

La obra es densa, de un gran interés informativo, pero sus glosas o comentarios a los hechos sugieren, a su vez, observaciones y críticas, que es imposible hacer en los límites, siempre reducidos, de un artículo. Nos dedicaremos, pues, a lo más sobresaliente.

La obra comienza por la disolución de la Internacional Comunista, «como centro dirigente del movimiento obrero internacional», el 10 de junio de 1943, o sea una de tantas maniobras inútiles de Stalin y de sus funcionarios. Justamente, el autor alega que este hecho, el de la disolución de la IC, ha sido objeto de escasa atención hasta hoy, y es cierto. Para los principales críticos de la IC, según Claudín los trotskistas, fue «el final lógico de la instrumentalización de la IC al servicio de la política exterior de la URSS», y en este mismo sentido abunda Deutscher en su libro **Stalin**. Para los estalinistas del mundo entero se trataba de la política que mandaban hacer. Claudín tiene su propia interpretación, «después de su estudio del problema».

Cree que existen ambas motivaciones, «pero dentro de un conjunto más complejo de factores [...], recubre, en realidad, la llegada a un punto

crítico, en un momento de viraje de la historia mundial —la disolución coincide con el viraje decisivo de la guerra a favor de la coalición antihitleriana, y está en íntima conexión con él—, de procesos políticos y estructurales que venían de lejos, del nacimiento mismo de la III Internacional. Es el último episodio de una larga crisis, iniciada en 1921, cuando el curso real del mundo capitalista entró en contradicción con los fundamentos teóricos y organizacionales de la IC».

Es decir, la conclusión de Claudín sobre la liquidación de la Komintern es que fue súbitamente llevada a cabo en la primavera de 1943 por orden de Stalin, de lo que no cabe la menor duda. Y que esta determinación estuvo inspirada en facilitar las negociaciones Stalin-Roosevelt-Churchill, no sólo para asegurar la derrota de Alemania sino el reparto del mundo entre los «tres grandes». Pero fue también el efecto de una causa, de todo un proceso, el de la degeneración a consecuencia de la omnipotencia de Stalin. Y en búsqueda de las causas, el autor va, efectivamente, muy lejos, demasiado.

Es precisamente la parte de su obra más contestable, y que será más impugnada. Porque el caso es ya bastante paradójico en sí, dado que cuando después de muchos años de militancia en la IC, cuando el autor llega a comprender lo que era el estalinismo, concluye hasta negando la necesidad misma de la constitución de la Internacional Comunista.

Analizando retrospectivamente las consideraciones de Lenin al poco de la revolución de Octubre y las perspectivas que se ofrecían en Europa, los bolcheviques consideraron la necesidad de la creación de la IC. Claudín hace resaltar que esta decisión fue adoptada desoyendo la opinión de los espartaquistas alemanes, y agrega que éste era el grupo revolucionario más importante. Esto es cierto si se refiere a su valor teórico y si se considera sólo los grupos que eran ya independientes de la socialdemocracia, pero no si se tiene en cuenta las corrientes ya organizadas dentro de los partidos socialistas en otros países de Europa. La Liga Espartaco la integraban únicamente 500 militantes en 1918, muy selectos, ciertamente, pero se encontraba ante una organización mastodóntica como la socialdemocracia alemana, por lo cual era explicable que su punto de vista no fuera idéntico al de los bolcheviques. La creación del PC en Alemania no era fácil, como se demostró al ser fundado y al manifestarse la pugna entre las tres corrientes ideológicas que se manifestaban en su seno: luxemburguistas, anarcosindicalistas y bolchevistas.

La argumentación de Claudín para poner en duda la necesidad de la IC en el momento en que lo fue y con las características con que se estableció, se

funda en recoger las opiniones optimistas de Lenin, que correspondían a la coyuntura, sobre el curso rápido del desarrollo de la revolución en Europa y deducir que ninguna se cumplió, para llegar a la conclusión de que Lenin había formulado un esquema sobre la situación y que en función de él se había llegado a la conclusión de crear el instrumento de la revolución mundial: la Komintern.

La verdad es que ni Carlos Marx, sobre los juicios del cual también se muestra crítico el autor de la obra, ni Lenin, eran profetas o adivinos que podían garantizar con seguridad el porvenir del desarrollo histórico de los acontecimientos: analizaban los datos en presencia para exponer sus posibles desenvolvimientos. Y la situación de Europa en aquella época era tal y como la definía Lenin, llena de esperanzas para la revolución socialista, y se imponía la organización del instrumento que preparase y coordinase la acción, lo cual no podía hacerse más que a escala internacional.

Pero Claudín no se limita a juzgar prematura la fundación de la III Internacional y a poner en contradicción los juicios teóricos y políticos de Lenin con la realidad de lo que pasó después, sino que combate incluso crudamente una de las reglamentaciones en que se fundamentó el nuevo organismo internacional revolucionario: las **21 condiciones**, a las que califica nada menos que de « modelo de sectarismo y de método burocrático en el movimiento obrero ».

Indudablemente, Fernando Claudín ha vivido durante toda su actuación, como militante y dirigente, no sólo alienado sino engañado. Su criterio, que se manifiesta a lo largo de esta parte de la obra, de hacer crítica retrospectiva, le lleva frecuentemente a ignorar la situación concreta de la época y de las condiciones imperantes; es una especie de revisionismo a fondo, no ya, lo que es justo, de la degeneración estaliniana, sino de los tiempos de Lenin y Trotski. Todo se hizo entonces mal, lo que explica la decadencia vergonzosa actual de los partidos comunistas; esto es lo que viene a sacarse, a veces, de su análisis. No es que en la obra haya propósito deliberado de mala voluntad; pero sí me parece ver, independientemente de su interés y grandes méritos, que hay algo de barullo en los conceptos y una escritura un tanto confusa por demasiado afán crítico del pasado, que le lleva casi a considerar que en el leninismo estaba implícitamente comprendido el estalinismo.

Creo, por el contrario, que una nueva Internacional socialista revolucionaria no podrá por menos de inspirarse en las 21 condiciones para establecer la reglamentación de admisión de sus secciones nacionales e imponer una disciplina en la acción. El arma internacional de la revolución socialista, no puede

estar formada a base de « gentes de buena voluntad » y mucho menos de políticos profesionales que buscan un destino, como eran y son los que abundan en los partidos socialdemócratas. Tiene derecho, está obligado a garantizarse contra toda deformación. Además, como los partidos o grupos eran libres de aceptar, o no, en manera alguna se puede juzgar que era un método burocrático, era sólo una medida profiláctica.

Las 21 condiciones fueron principalmente impuestas por la situación del partido socialista francés. La creación de la III Internacional despertó un extraordinario movimiento de simpatía y entusiasmo en las filas del partido socialista en particular y de la clase obrera en general, como se comprobó en el Congreso de Tours, que acordó por gran mayoría su adhesión a la III Internacional. Pero numerosos caciques locales, abogados y arribistas del tipo de político profesional, trataban de adaptarse provisionalmente para desviar al nuevo partido de sus principios revolucionarios. Era natural que se quisiera levantar una barrera para impedir el acceso a todos esos elementos: ésta era las 21 condiciones.

La revolución inoportuna : España 1936-1939

El capítulo consagrado a la guerra civil y la revolución españolas, comprende sólo veinte páginas (además de bastantes notas al final, complementarias y muy interesantes). Resulta un poco extraña esta reducción del tema, no únicamente porque el autor es español y porque asumió entonces funciones dirigentes principales, sino también porque la « rusificación » de España, término que él emplea acertadamente en otras ocasiones, llegó en nuestro país a su grado máximo, y sobre todo porque fue en él donde por primera vez en Europa el estalinismo se manifestó como una fuerza contrarrevolucionaria y terrorista activa; fue donde sus métodos de « persuasión » hicieron su experiencia inicial en país extranjero.

Es cierto que la Internacional de Stalin no supo valorizar ni comprender al principio el desenvolvimiento de la revolución española que comenzó desde la caída de la dictadura de Primo de Rivera, y que Manuiski manifestó en 1930, ante el Ejecutivo de la Komintern, « que una revolución en España tenía menos importancia que una huelga en cualquier país ». Pero este desprecio hacia el movimiento obrero español, tenía su origen en que el PCE había conservado siempre, hasta 1932, una cierta libertad de opinión y decisión ante la instancia suprema, incluso aunque aplicaba sus resoluciones principales. En este sentido, por ejemplo, hubiera sido de gran interés histórico estudiar la crisis del PCE de 1932,

en la que el equipo Bullejos-Adame-Trilla se rebeló contra el Comité ejecutivo de la Komintern y fue reemplazado por el equipo Díaz-Pasionaria, que se entregó a la domesticación total de la sección española, bajo la alta dirección del **manager** estalinista Palmiro Togliatti (**Ercoli**), de triste memoria, responsable de toda la política realizada en España, unos años antes y durante la guerra civil.

Stalin y sus servidores sólo concedieron importancia a los hechos españoles cuando se encontraron de sopetón con la realidad de la guerra civil. Decir como Claudín que las otras organizaciones obreras no tenían conciencia del gran desarrollo del fascismo que se producía ya antes de 1936, y que sólo el PCE lo denunciaba, es un tanto pueril. Desde que se proclamó la República, el 14 de abril de 1931, los comunistas, efectivamente, no dejaron de ver fascistas por todas partes; a falta de programa y de perspectivas, no tenían más consigna de propaganda que calificar a todo cristo de fascista: el gobierno republicano-socialista era fascista, los socialistas eran socialfascistas, los libertarios anarco-fascistas; cada día encontraban un jefe fascista nuevo: Alcalá Zamora, Azaña, Miguel Maura, Indalecio Prieto y no sé cuantos políticos más; llegaron incluso en un momento a ver el peligro fascista en José Ortega y Gasset. ¿Es que se puede considerar esa irresponsabilidad política, ese criterio permanente como conciencia política? Por otra parte, ningún partido u organización obrera dejó de señalar, de una manera responsable, el desarrollo del peligro fascista, y en Madrid, por ejemplo, fueron los socialistas los que desencadenaron contra la Falange la acción violenta más activa desde el principio.

El autor titula el capítulo sobre España: «La revolución inoportuna», y es un acierto. Porque, en efecto, Stalin hubiera preferido que no se produjera, que no hubiera venido a complicar sus manejos diplomáticos con las potencias occidentales después del pacto con Laval. El propio embajador español en Moscú, Pascua, que era hombre de toda confianza del gobierno ruso, le declaró abiertamente a Azaña: «Para la URSS el asunto de España es **baza menor**». Pero habiéndose presentado inesperadamente la revolución, se trataba de aprovecharla reduciendo todo lo más posible su alcance, de aprovecharla para llegar a tener en su juego todo el poder determinante en su orientación. Para realizarlo tenía su instrumento: el equipo dirigente de Pasionaria; pero esto tenía también sus peligros, la oposición del largocaballerismo, de la CNT-FAI y del POUM. Ante todo, era primordial tener en mano a la policía y al ejército, a lo que sus agentes se aplicaron celosamente. Con una nube de expertos «rusos», a los pocos meses eran ya dueños del aparato policiaco y del militar. Si bien fueron hábiles

para infiltrarse en toda la estructura del Estado existente entonces, en lo relativo a la ciencia militar los «especialistas» soviéticos no mostraron gran genio. Es imposible llegar a encontrar algún éxito en todas las operaciones militares estratégicas, lo que no se ha estudiado nunca, aunque vale bien la pena. Sus logros se demostraron totalmente eficaces, eso sí, en el terreno de la represión.

Los comunistas españoles fueron ejecutantes fieles de esa política de Stalin. Había que liquidar todo carácter socialista de la revolución, para tranquilizar a las democracias occidentales, que era toda la política que interesaba a Stalin entonces. Pepe Díaz leía declaraciones que habían sido escritas por Togliatti, Gero, el búlgaro Stepanov o el atorrante argentino Codovila; Pasionaria pronunciaba sus discursos a base del guión que le facilitaban los mismos. Reproduce Claudín, tomado de las Memorias de Azaña, un diálogo entre el presidente de la República y Pasionaria, que había ido visitarle para formular ciertas quejas. Del final de la entrevista, dice Azaña: «Supongo, le digo riéndome, que eso de la dictadura del proletariado lo habrán aplazado ustedes por una temporada.» A lo que Pasionaria respondió: «Sí, señor Presidente, porque tenemos sentido común.» Y el caso es que Dolores tenía razón: en efecto, no deseaban la dictadura del proletariado español, sino la de la burocracia soviética en España, lo que desgraciadamente consiguieron.

El problema del POUM

Me permitirá referirme ahora a las alusiones de Claudín referentes al POUM. No es que sus interpretaciones o consideraciones contengan errores fundamentales, y mucho menos partidistas. El proceso que culminó en la represión contra este partido, aunque brevemente expuesto, es en su conjunto justo. Desde el momento en que la prensa poumista elevó enérgicamente su protesta contra las ejecuciones en Rusia de la vieja guardia bolchevique rusa, el POUM estaba inexorablemente condenado, era la bestia negra del dictador moscovita. Claudín no lo comprendió entonces, estaba «alienado». Pero creo que comete dos errores de bulto.

En primer lugar, estima que ante la campaña del estalinismo, «los planteamientos políticos del POUM en ese periodo hicieron el juego a la provocación [estalinista] que se estaba montando contra él, y de la que era plenamente consciente». «Hacer el juego a la provocación» se entiende que es para el autor, por ejemplo, el que Andrés Nin dijera en un célebre mitin de Barcelona, en marzo de 1937: «Aunque menos favorable que durante los primeros meses de la revolución, la relación de fuerzas es tal que el proletariado puede actualmente

apoderarse del poder sin recurrir a la insurrección armada.»

Es pura coincidencia seguramente, pero estas manifestaciones de Nin fueron también el caballo de batalla de Trotski contra el POUM, aunque, naturalmente, visto el problema desde un ángulo totalmente diferente.

No se trata de abordar aquí la opinión del trotskismo, tan errónea y demagógica en este extremo como en muchos más referentes a la revolución española, sino de señalar el error de Claudín. Reproducir meramente una frase, separada de su contexto, del lugar y del tiempo, supone cometer una inexactitud. Aclaremos, en primer lugar, que Nin se refería sólo a la situación concreta de Cataluña, no a la de toda España, donde el panorama era diferente y los comunistas estaban ya implantados sólidamente. La situación en Cataluña era aún bastante diferente, aunque la introducción en masa de los comunistas comenzaba a sentirse orgánicamente, y era a lo que Nin quería ofrecer una parada; la CNT-FAI poseía todo el peso determinante de la situación, y el POUM, aunque era una fuerza menor, era dinámico y contaba con una fuerza de influencia positiva entre los trabajadores catalanes revolucionarios no cenetistas. Una acción conjunta de presión resuelta hubiera sido suficiente para la formación de un gobierno obrero en aquellas circunstancias. Esto es lo que quería expresar Nin, dirigiéndose a los líderes cenetistas y faistas en aquella coyuntura de comienzo de degeneración de la revolución en Cataluña, y comprendiendo también los peligros que habría tenido la insurrección armada.

La otra observación que deseo expresar es sobre la afirmación que se hace en la obra de que los acontecimientos de mayo de 1937, de que «el choque armado fue entre las fuerzas representadas principalmente por el PCE, y el POUM más una fracción del anarcosindicalismo». Esta afirmación no responde en manera alguna a la fidelidad histórica, y ampara, en cambio, la versión dada por el estalinismo entonces, en su prensa nacional e internacional. El POUM no desencadenó los hechos, porque su fuerza no era lo suficiente para ello, ni su influencia sobre la CNT-FAI tampoco. Surgieron inopinadamente, como consecuencia del ataque a la Telefónica de Barcelona, de la respuesta de los obreros que trabajaban en ella y de la declaración de huelga general decretada por la CNT oficialmente, y no de «una fracción del anarcosindicalismo». El POUM no hizo más que secundar un movimiento de solidaridad obrera frente a la contrarrevolución estalinista, y a pesar de las reservas que hacía a la forma como la lucha se presentaba. No hubo ninguna preparación y fue una batalla que se produjo espontáneamente sobre el fondo del reflujo de la revolución.

Para mí, como para muchos otros lo será, es muy emotivo el que Claudín, como queriendo descargar un peso de su conciencia, haya escrito estas líneas que le honran mucho: «La agresión contra el POUM, y en particular el odioso asesinato de Andrés Nin, es la página más negra en la historia del Partido Comunista de España, que se hizo cómplice del asesinato cometido por los servicios secretos de Stalin. Los comunistas españoles estábamos, sin duda, alienados —como todos los comunistas del mundo en esa época y durante muchos años después— por las mentiras monstruosas fabricadas en Moscú. Pero eso no salva nuestra responsabilidad histórica. Han pasado catorce años desde el XX Congreso y el PCE no ha hecho todavía su auto-crítica, ni ha prestado su colaboración al esclarecimiento de los hechos. Suponiendo —cosa bastante probable a nuestro conocimiento— que los actuales dirigentes del PCE no puedan aportar gran cosa a lo ya sabido, si podrían exigir del PCUS que revelara los datos que sólo él posee. El caso de Nin pertenece a la Historia de España, no sólo a la de la URSS.»

Esto es como pedir peras al olmo. Aunque Claudín ha abandonado el leer únicamente «literatura» estalinista, para acudir a informarse en las verdaderas fuentes y ha descubierto muchas cosas, esta pretensión demuestra un tanto que sigue nadando todavía en aguas demasiado agitadas para saber cómo salir con acierto del oleaje. ¿Cómo es posible pedir a Breznev que diga la verdad? Pasionaria y su equipo no conocieron los detalles, los que llevaron a cabo el asesinato fueron ejecutados a su vez al regresar a Rusia y el inspirador de la operación, Palmiro Togliatti, ya muerto, es canonizado actualmente por el partido italiano y se ha confirmado ahora oficialmente que era el hombre de la máxima confianza de Stalin.

La experiencia alemana

El capítulo dedicado a la «experiencia alemana», es muy completo y bastante justo. Efectivamente, las insurrecciones prematuras y los errores cometidos fueron un desastre para la Internacional Comunista, que tenía grandes esperanzas en el éxito de la revolución alemana, no sólo por la ayuda que podía prestar a los obreros y campesinos rusos, sino principalmente por el extraordinario impulso que podía dar a la revolución mundial dado el elevado nivel de preparación general de los trabajadores alemanes. Sin embargo, el partido alemán no estuvo a la altura de las necesidades: la táctica putchista, las divisiones internas, las expulsiones y sobre todo «la acción de marzo» fueron liquidando todas las posibilidades de un resultado eficaz.

Hubo el equipo Paul Lévi-Clara Zetkin, que como consecuencia de la «acción de marzo» fue liquidado; el equipo Brandler-Thalheimer, llamado de derecha; el equipo izquierdista de Ruth Fischer-Maslow, hasta que finalmente Stalin encontró su hombre, el muy mediocre Thaelmann, que era impugnado por todos los cuadros del partido y consecuencia de su falta de capacidad y de conocimientos teóricos, pero del que Stalin iba a hacer una figura internacional casi legendaria; seguía a la letra todas las fluctuaciones en la política alemana que convenían a la destrucción del partido y a facilitar el desarrollo del hitlerismo.

En la X Sesión plenaria del Comité ejecutivo de la Komintern, se opera un viraje sobre la política a seguir, a base del informe de otras dos lumbreras, Manuïlski y Kusinen. Surge entonces la célebre y nefasta teoría del «socialfascismo», que se basaba en considerar que la socialdemocracia era una organización de choque de la burguesía, que contaba con el apoyo activo del capitalismo. «Los fines de la socialdemocracia y del fascismo son idénticos. Estas organizaciones no se excluyen sino que se complementan. No son antípodas sino gemelas.»

Y como consecuencia de esta concepción tan suicida de la socialdemocracia, se dirige toda la artillería gruesa contra ella, llegando incluso el PCA al extremo de participar, al lado de los nazis y de los «cascos de acero», en el referéndum del 9 de agosto de 1931 contra el gobierno socialdemócrata de Prusia. Trotski había ya previsto, desde 1930, lo catastrófico de semejante política, preconizando una táctica consecuente de frente único, como solo camino posible para cerrar el paso al fascismo, y ya próximo el triunfo de éste, en 1932, agregaba: «Si las organizaciones más importantes de la clase obrera alemana prosiguen su actual política, la victoria del fascismo está casi totalmente asegurada, y en plazo relativamente corto.» Y predecía que en este caso el frente único terminaría haciéndose en los cementerios. Este llamamiento de Trotski era de una gran clarividencia, que desgraciadamente los hechos confirmaron pocos meses después.

Pero en el mes de mayo de 1934 se produce otro viraje mucho más radical de la Internacional estalinista. Mediante un artículo de *Pravda* se invitaba a la sección francesa a que realizase gestiones para un acuerdo con los socialistas: la URSS preparaba un cambio en su conducta diplomática; era también la iniciación de la política de Frente Popular en todos los países. En el VII Congreso de la Internacional, Dimitrov proclamó: «Hemos eliminado deliberadamente de los informes y resoluciones del Congreso las palabras sonoras sobre las perspectivas revolucionarias.»

Dimitrov se hace el intérprete de esta política

determinada por Stalin, y tiene como principales auxiliares a Maurice Thorez en Francia y a Palmiro Togliatti para España, que son los dos países de Europa donde madura un proceso revolucionario. En las elecciones de mayo de 1936, el Frente Popular obtiene en Francia un gran triunfo en las urnas. La distribución de las representaciones por partido cambia bastante bruscamente: el partido burgués del Frente pierde 43 diputados, pasando de 159 a 116; los socialistas, en lugar de 97 diputados obtienen 146, y los comunistas pasan de 10 representantes parlamentarios a 72.

Aunque parezca increíble, este resultado no es muy del agrado de Moscú, únicamente interesado en el fortalecimiento del pacto francosoviético. Era evidente que la clase trabajadora francesa se había radicalizado y que esto podía desembocar en una guerra civil, lo que a toda costa había que evitar. El corresponsal de *Le Temps* en Moscú informaba que «los medios dirigentes no manifiestan ningún entusiasmo especial [...] Se deplora el fracaso relativo del partido radical». Y Livinov le dice al corresponsal del diario *Le Petit Parisien*: «Lo esencial es que Francia no deje que se debilite su potencia militar. Deseamos que ningún disturbio interior favorezca los designios del Reich.»

Este periodo lo explana ampliamente Claudin, con una detallada información que generalmente se ha olvidado. Después de la guerra mundial, esta política se desarrolló en Francia, pero ya entonces en un escalón más elevado, en el plano gubernamental, y por primera vez aparecieron ministros comunistas. Estos iban a salvar al capitalismo francés ante la ola revolucionaria de la clase obrera e incluso de una parte de la clase media. Thorez impone sus órdenes: «Hay que arremangarse las mangas y producir», lo mismo que años antes había proclamado: «Hay que saber terminar una huelga.»

Al mismo tiempo, al terminarse la guerra mundial, el PC italiano seguía una política similar a la del francés, bajo la batuta de Togliatti, que ya como *Ercoli* se había ejercitado en ella durante la guerra civil española, a sangre y fuego, evitando todo desarrollo socialista de la misma.

Las burguesías respectivas no se mostraron muy reconocidas a que los comunistas les hubieran ayudado tan eficazmente a combatir la revolución. El 5 de mayo de 1947, Ramadier expulsó a los comunistas franceses del gobierno, el 30 del mismo mes de Gasperi hace lo mismo con sus estalinistas, y ya antes, el 19 de marzo, Spaak había formado un gobierno sin los comunistas belgas.

Las revoluciones sin permiso

Califica así Claudin a «la revolución lograda» (Yugoslavia) y a «la revolución estrangulada» (Grecia).

Al contrario de los otros PC, el partido yugoslavo « aplicó, desde el primer día de la ocupación hitleriana, una política en la que se asociaba estrechamente la liberación nacional y la transformación revolucionaria del país, considerando este último aspecto no como un objetivo para después de la victoria sobre el invasor, sino a realizar sobre la marcha misma de la guerra ». Y así lo hizo: a medida que se iba liberando el territorio nacional se instalaba el poder del pueblo, basado en órganos creados con la participación directa de las masas y de los combatientes.

Esta política fue considerada por Moscú como puro aventurerismo, porque perjudicaba su entendimiento con Inglaterra y los Estados Unidos. Siguiendo siempre las instrucciones de Stalin, Dimitrov enviaba mensaje tras mensaje a Tito para obligarle a corregir su política. Claudin cita un ejemplo de estos mensajes, que vale la pena reproducir: « A la vista de las informaciones que nos habéis enviado, parece que a los ingleses y al gobierno yugoslavo [el gobierno reaccionario únicamente reconocido por los Aliados. JA.] no les falta razón en sospechar que el movimiento guerrillero toma un carácter comunista y tiende a la soviétización de Yugoslavia. ¿Por qué habéis creado, por ejemplo, una brigada proletaria de choque? En el momento actual el deber esencial e inmediato es fusionar todas las corrientes antinazis, aplastar a los invasores y llevar a término la liberación nacional. »

Las discrepancias profundas que se habían manifestado durante la guerra, se ampliaron a la paz y se agravaron por las críticas formuladas por los yugoslavos contra la política llevada a cabo por los partidos francés e italiano. Y como final, el 28 de junio de 1948 se hizo pública la resolución del Kominform, condenando a la dirección del PC yugoslavo. Todos los partidos comunistas del mundo se alinearon enseguida sobre las órdenes de Moscú, y el gobierno de Belgrado fue considerado como fascista a través de toda una campaña escandalosa y persistente. Y sin embargo, nos descubre Claudin, « dos años antes, en 1946, Stalin intentaba explotar la vanidad —real o supuesta— del comunista-mariscal, elogiando en privado sus méritos, mientras denigraba a Dimitrov, Thorez, Togliatti y Pasionaria ». Hasta que llegó la muerte de Stalin, y que Jruschov, del día a la mañana, estableció la sensacional reconciliación con Belgrado.

La Resistencia griega tuvo semejante sentido revolucionario e importancia que la yugoslava. A fines de 1944, era prácticamente dueña del país. Pero su dirección se sintió débil y cedió ante las presiones de Moscú, haciendo concesiones y facilitando el éxito de la intervención armada de los ingleses contra la revolución griega. Stalin había dicho: « Yo tengo confianza en la política del gobierno británico

en Grecia. » El imperialismo inglés transmitió a los norteamericanos la tarea someter a los revolucionarios griegos, y el 12 de marzo de 1947 hizo público que los Estados Unidos se encargaban de « la protección » de Grecia y Turquía; el poder fue entregado a los monárquicos, con la bendición de Stalin. Bien sabido es todas las víctimas que le ha costado al pueblo helénico esta traición.

La descomposición de la IC

Los capítulos finales están consagrados a lo que el autor llama « periodo kominformiano », o sea las revoluciones del « glaci », la nueva táctica, la revolución herética yugoslava, el relevo oriental y la cuestión de la revolución china; problemas todos ellos que determinaron una política de sometimiento total de las secciones comunistas, consistente meramente y en totalidad en servir los intereses de la nacionalidad rusa, pero que lleva también en sí la descomposición del bloque monolítico internacional comunista que había logrado formar Stalin.

La evidencia se impone: a fuerza de obligar a los partidos comunistas a realizar una política nacionalista en sus propios países (son patriotas, no revolucionarios) para mejor servir las aspiraciones dominadoras de la gran potencia nacional rusa, la burocracia estalinista o postestalinista no soviética, ha llegado a la conclusión de jugar su propio programa nacionalista con todas sus consecuencias.

Si bien en los países de Iberoamérica esto rebasa toda medida, adquiere la forma de un renunciamento total a toda dignidad política y moral, y llega a la caricatura, en los países de Europa tiende a realizar la tradicional política de la socialdemocracia, a la que ésta ha renunciado para integrarse más profundamente en el sistema parlamentario burgués. Los dos partidos « comunistas » más importantes, el francés y el italiano, no tienen más programa y aspiración que la participación ministerial en los gobiernos capitalistas, pretensión imposible, porque la burguesía ha deducido para su defensa lecciones más positivas que los propios comunistas.

El resultado de este policentrismo es una táctica de acuerdo, escéptica, en virtud de la cual cada burocracia desarrolla interiormente de sus fronteras una política nacionalista y conservadora, que les permita un acceso a la participación ministerial, e internacionalmente llevan a cabo la política que interesa a las finalidades nacionales rusas. Y por encima de todo, la coincidencia más estricta, en bien de todos los dirigentes, estriba en consolidar firmemente la solidaridad más estrecha entre todas las capas burocráticas en la defensa de sus respectivos intereses creados y como inmensa barrera reaccionaria opuesta al socialismo con todos sus valores humanos.

La obra termina con lo que el autor llama «primer epílogo», especie de resumen teórico de las conclusiones que Claudín deduce de los hechos que registra y comenta en el curso del libro, y anticipa lo que se propone abordar en el segundo volumen, puesto que «con la muerte de Stalin el movimiento comunista entra en su ocaso histórico, en la etapa de su **crisis general**». Hubiera sido preferible que el autor emplease otra expresión que la de «movimiento comunista» para aludir al «ocaso histórico» del burocratismo estalinista antisocialista; estos equívocos, bastante frecuentes en el libro, son los que producen alguna reserva ante ciertas consideraciones teóricas o simplemente políticas que hace el autor y en las que parece poner en duda igualmente el acierto y las posibilidades del socialismo en general.

Este tomo va acompañado al final de abundantes notas, muy interesantes como referencias y también como complemento del texto. Lo que se echa de menos es un índice alfabético, tan necesario en obras históricas de esta naturaleza; pero hay que esperar que este elemento le será facilitado al lector al final de la totalidad de la obra.

Conclusión

Una objeción que podríamos hacer a **La crisis del movimiento comunista**, de Fernando Claudín, es que no ofrece ninguna perspectiva de salida de ese pantano. Claro está que se trata sólo del primer tomo de una obra considerable, y es muy posible reserve exponer en el segundo volumen los remedios que ve contra ese balance de quiebra que establece como conclusión de la obra.

También se busca en vano, lo que es una falta para un marxista, una explicación de las causas profundas que han originado la degeneración de la IC, y de sus consideraciones se deriva únicamente que ha sido consecuencia de la misma concepción leninista del partido, de la rusificación de los PC y de la hegemonía dictatorial sobre éstos, desde el

principio, del partido ruso. Hay una gran parte de verdad en ello, pero la explicación no es suficientemente dialéctica.

Hay también en la obra una cierta confusión, como si fuera consecuencia de su misma extensión, aunque me parece más bien fruto de que el autor, después de su desilusión, se entregó apremiantemente a la lectura de obras y documentos que durante su «periodo de alienación» no conocía o de los que no le había reparado su trascendencia antes, lo que no le ha permitido poner orden todavía a las conclusiones y da lugar a que frecuentemente el libro resulte un poco prolijo. Esperemos el segundo volumen.

Estas ligeras observaciones en manera alguna privan de su gran valor a este libro de gran envergadura histórica y que suministra informaciones y referencias no siempre fáciles de encontrar. Es la historia, en suma, de la grandeza y decadencia de una organización que nació como la gran arma del proletariado internacional, y que se ha convertido en el mayor obstáculo para el desarrollo del socialismo en todos los países. Será también una obra de gran utilidad documental para las nuevas generaciones marxistas, pues no creo que existan otras que de una manera escalonada y cronológica traten críticamente el proceso de degeneración de la Komintern.

El libro va precedido de un prefacio de Jorge Semprún, compañero de Fernando Claudín en el Partido Comunista de Pasionaria-Carrillo, y que siguió la misma suerte final que él. Semprún, precisamente, establece una especie de conclusión, que ya he dicho que me parece que falta en el curso del libro: «En fin de cuentas no se trata de rasgarse las vestiduras; se trata de plantear las bases para una nueva lucha por el socialismo.» Y agregaremos, por nuestra parte, que no sólo teniendo en cuenta la experiencia del estalinismo, sino también la de todas las oposiciones socialistas revolucionarias que se han enfrentado con él hasta ahora.

París, 11 de mayo de 1970

A mí me parece que el interés biográfico y personal que se observa muy a menudo ahora en España en cuestiones de política o de ideología y de teoría y que en parte se ve en el planteamiento del libro tuyo, es una manifestación más, triste como todas, de la pobreza cultural y política del país. El hecho de que se pongan en primer término las aventuras personales de la gente, es simplemente pobreza política y pobreza cultural... (Contestación de Manuel Sacristán a Sergio Vilar, p. 263-264.)

Angel Arenal

Viaje alucinante a la España decimonónica *

Para cualquier habitante de las dos Españas, la de uno y otro lado de los Pirineos, los libros editados con pie de imprenta en París, tienen un irresistible encanto ; atractivo frecuentemente aumentado por el marchamo de catecismo que suelen tener algunas de estas publicaciones. Este es uno de los signos externos que nos mueven a ocuparnos del libro de Sergio Vilar que, bajo el título **Protagonistas de la España democrática**, vio la luz en París el día 28 de diciembre de 1968, festividad de los Santos Inocentes. La voluminosa obra de Sergio Vilar (SV, de ahora en adelante) tiene la pretensión de constituir un vademécum representativo de « la oposición a la Dictadura, 1939-1969 » ; en pocas palabras, el Gotha del antifranquismo. Realmente, en una primera aproximación, estos motivos serían suficientes y justificarían una crítica ; sin embargo, el libro en cuestión viene envuelto en una determinada orientación ideológica que interesa señalar. Aparte el corresponder a una determinada moda consumista que está alcanzando notables éxitos de mercado en España ; ante las experiencias análogas de un Gironella o de un Pániker, SV acude a demostrar que la oposición española también tiene su Museo de figuras de cera.

Pasemos por alto la definición tautológica que, desde el comienzo, nos ofrece SV del objeto que va a ser investigado : « Oposición sólo es la que se opone al régimen desde el fin de la guerra civil » (p. 16) ; las fuerzas, se aclara seguidamente (pues la aclaración parecía necesaria) que « luchan por el establecimiento de una España democrática ». En una obra de este tipo, para proceder a su análisis, interesan primordialmente tres puntos : primero, el método utilizado ; segundo, los objetivos perseguidos ; tercero, necesidad de la obra en cuestión.

* Sergio Vilar : **Protagonistas de la España democrática**. La oposición a la dictadura 1939-1969. Ediciones Sociales, Barcelona, París, Madrid, 743 p.

En lo que atañe al primer punto, es obligado estar de acuerdo con el autor sobre la inexistencia misma del método utilizado en su investigación: « Se ha procurado en todo momento amoldar la metodología a las características de cada uno de los hombres representativos » (p. 20); tras la lectura del libro de SV queda la extraña impresión de que la metodología aplicada de forma personal a cada individuo concreto lo ha sido en función de las respuestas que previamente se querían obtener. Existe un a modo de abecedario elemental para todo aquel que, con pretensiones profesionales o de simple aficionado, se aproxima al campo de la investigación sociológica. Todo trabajo de esta índole, que aspire a un mínimo de rigor científico, debe moverse entre dos ejes dinámicos: la búsqueda y valoración de los hechos o de las opiniones y el análisis sistemático de estos mismos hechos u opiniones; si no existe la categoría analítica, la búsqueda y valoración serán simples datos empíricos; si no existen los datos materiales de base (hechos y opiniones) o son indebidamente manipulados, sólo quedará un vago razonamiento que, en el mejor de los casos, únicamente tendrá ribetes falsamente especulativos.

La perspectiva analítica está completamente ausente del libro de SV; el mismo autor indica que el libro crítico « se deja para dentro de algún tiempo » (p. 23). Existe, por el contrario y como veremos más adelante, una desproporción monstruosa del « protagonismo político personal »; peligro éste que ya la había sido advertido, infructuosamente, por uno de los entrevistados, Manuel Sacristán (p. 262-273). Las respuestas del filósofo de Barcelona pueden calificarse, sin exageración, de anti-Vilar. Sacristán se niega en todo momento a personalizar su condición y su conciencia políticas; a Sacristán solamente le interesa « el valor histórico objetivo » de sus vivencias y de su ideología. Esta entrevista, clave para comprender el contenido de todas las demás y el contexto general de la obra, estáazonada por una indicación sobre el libro que aún está por hacer; sugiere Manuel Sacristán a SV: « Pedir a los entrevistados, no información, sino opinión. Y entonces hacer tú el análisis de esa opinión en base de tu información histórica » (p. 265).

Hay, pues, hechos; pero nos quedamos sin el análisis; puesto que la conclusión provisional que nos ofrece el libro comentado (p. 595-743), tras unos epígrafes de gran sonoridad (El hombre y la política, La historia de los españoles y un surtido vario de programas), se limita realmente a una repetición de afirmaciones tomadas de las entrevistas (o de los cuestionarios escritos) y que se reduce a la reiteración de las opiniones personales y a la escueta exposición de los vagos programas de los partidos políticos de la oposición. Pero aún hay más (y es algo que afecta esencialmente al contenido de la obra): el investigador tiene ya de partida una posición ideológica; cosa que no nos parece en absoluto reprochable, pero que (como es verificable) condiciona el conjunto de toda la investigación. Máxime, cuando SV prorrumpe en aplausos ante las opiniones coincidentes y anatemiza sin piedad las discrepantes. Estamos muy lejos de la

frialidad exigida al investigador; a no ser, y éste podría ser un dato, ante una obra apologética; en la página 24, escribe SV: «Este libro tiene una inclinación socialista y comunista (las dos familias que mejor y más han luchado en el campo de la oposición).» La afirmación es importante, porque el libro de SV está en realidad dividido; escindido entre sus añoranzas de un determinado socialismo, el del grupo de Tierno Galván (aquel famoso socialismo «tierno que no galvanizaba a nadie») y su adscripción a lo que el mismo SV denomina «campo del socialismo avanzado y revolucionario», lo que le conduce al aplauso incondicionado a las tesis del Partido Comunista español (aunque lo reciente de su devoción le lleve a afirmaciones que no suscribiría el mismo PC). Sin embargo, hay que reconocer que, tanto a nivel teórico como a nivel práctico, los planteamientos socialdemócratas del grupo y del partido designados más arriba, no tienen por qué provocar desgarramiento alguno en la personalidad política de SV.

El estudio de SV, de entrada, rechaza la posibilidad de un análisis de la oposición al franquismo en los últimos treinta años; SV se inspira en dos líneas maestras que le privan de todo rigor científico en su prospección: el elitismo intelectual y aristocratizante de la socialdemocracia tiernista y el obrerismo profético y monolíticamente triunfalista de los dirigentes del PC. Por ello, no es sorprendente que las personalidades auscultadas se repartan entre el mundo obrero y la burguesía liberal; controladas e interrogadas, además, tales personalidades, y aquí viene lo decimonónico de los resultados obtenidos, por un neto espíritu mesiánico: frente al franquismo, el tiernismo o cualquier otro «ismo» que sirva para designar a un importante jefe de fila. El destino de España, según SV, aún no ha salido de entre las manos de los notables de derecha y ya se dispone a caer en los brazos de los notables de izquierda.

Es obligado, antes de pasar a «lo picante», lo vendible del libro (lo que ha dicho don Fulano o el profesor Mengano), dejar constancia de dos ausencias en este Museo de la historia. Primera ausencia: en el libro de SV no existe el movimiento estudiantil ni existen los estudiantes, ¿por qué? No hay estudiantes, escribe SV, porque «pertenecen a una **clase social** móvil», y los que ayer fueron líderes del movimiento estudiantil, hoy «ya han dejado la Universidad o están a punto de abandonarla para integrarse —quizá relativamente— en la sociedad española en unos u otros campos profesionales» (p. 19). Huelga cualquier reflexión, parecería sangrienta, sobre el papel del estudiantado en las luchas por el socialismo; también resultaría cruel apuntar el sentido profético de SV cuando indica el destino integracionista de los estudiantes; la postura de los PC occidentales frente al movimiento estudiantil y sus reservas ante el mismo, haciendo dejación de oportunismos coyunturales, hacen innecesario todo comentario. Segunda ausencia: en la oposición al franquismo no hay ninguna mujer; no obstante, la galanura de SV le obliga a dirigir un enternecedor recuerdo a las abnegadas mujeres españolas que, en el

anonimato del hogar y de la maternidad, favorecen la existencia de la oposición masculina: « Sin la ayuda espiritual de estas mujeres, las actividades de los miembros de la Oposición hubieran sido más difíciles » (p. 19).

Con aquel planteamiento ideológico y estas eliminaciones concretas, SV procede a la exposición de sus conversaciones con los miembros de la oposición: « Las personas no vinculadas concretamente a un partido han sido seleccionadas de acuerdo con una aquiescencia mayoritaria en todos los sectores » (p. 18). Los agraciados, en este misterioso sorteo de mecanismo no aclarado, son agrupados en las tres categorías clásicas: Izquierda, Centro y Derecha; debe precisarse que, según SV, en esta oposición al franquismo « están representadas (véase p. 86) todas las clases sociales: proletariado, clase media, burguesía e incluso alta burguesía » (?); indudablemente, se trata de un concepto prodigiosamente elástico de la oposición franquista.

Definición de la Izquierda: « Se caracteriza por el predominio de la ideología marxista » (p. 85); pero ¿quién es marxista en España? « El marxismo-leninismo constituye, como el lector ya sabe, la ideología del PC » (p. 86). Tal conceptualización obliga a una indispensable amputación: « Algunas personas dicen que están más a la izquierda que el PC » (p. 25). La existencia de esta sedicente izquierda (quizá también en España se trate de una simple *gauche*) se cancela mediante el ya tópico recurso a « la enfermedad del izquierdismo » (algo así como el agua amarilla disipadora de malsanos fantasmas); esta operación en un libro que no es analítico (ni lo pretende tampoco) conduce a una serie de juicios de valor, inhabituales en lo que debiera ser un investigador de las ciencias sociales: « Lo que no parece estar tan claro es si los felipes tienen verdaderamente en cuenta las condiciones objetivas españolas » (p. 154); el sembrar la duda nunca ha sido un recurso inútil; o también el dar consejos, no solicitados, desde una postura proteccionista, a estos desorientados « izquierdistas » (como cuando receta SV, refiriéndose a Julio Cerón: « Una temporada alejado de España quizá le haga recuperar sus ánimos » (p. 155). En este mismo concepto restrictivo de la Izquierda hay otra ausencia: el ETA; SV, por razones no desconocidas pero en juicio suyo ajenas a su voluntad, no consiguió entrevistarse con sus miembros; el paternalismo lapidatorio es significativo por lo desmedido: « El día de mañana, cuando vivamos en un sistema democrático y libre, será interesante charlar con estos jóvenes casi-guerrilleros » (p. 222). Paralelamente a los recortes efectuados a la izquierda del PC surge una prolongación, difusa y a veces reaccionaria pero consecuente con tal planteamiento, cuya inserción en esta hipotética Izquierda resulta inquietante; cabe preguntarse sobre el sentido de esta clasificación en la que pudiéramos llamar Izquierda totémica de hombres como Tierno Galván que, entre otras cosas pintorescas, afirma sobre el movimiento estudiantil: « Se trata de una protesta —con excepciones tan naturales como honora-

bles— de jóvenes señoritos contra el anquilosamiento de los viejos señoritos, y de la defensa, honesta e incluso entusiasta, de los ideales del neocapitalismo » (p. 133). Extraña familia la compuesta por esta Izquierda totémica que lleva a uno de sus protagonistas socializantes a exclamar, con acentos hamletianos : « Yo como socialista creo que debemos tender a superar el capitalismo » (p. 133).

El Centro es, lógicamente, también una denominación instrumental : es decir, elaborada en función de unas ideas políticas previas : las de una futura alianza Centro-Izquierda. Todo lo que se diga, partiendo de este planteamiento, resulta falseado ; y por esta razón SV, ante este Centro coqueto mimado por la Izquierda totémica se guarda de emitir cualquier juicio mínimamente crítico o molesto y, por el contrario, toca los registros del diálogo unitario : « [...] mis clasificaciones no son impositivas, ni estáticas, sino dinámicas. La evolución está abierta para todos » (p. 394). Evangelismo generoso que susurra respetuosamente ante la figura de Joaquín Ruiz Giménez : « No acaba de enfrentarse con valiente sinceridad con su pasado de jerarca de un sistema fascista y anticristiano. Ruiz Giménez trata de justificarse ; es humano [...] » (p. 448).

Es fácil adivinar la Derecha, tras tales definiciones o antidefiniciones del Centro y de la Izquierda. Consecuentemente, no podía ser de otra forma, para SV hay dos Derechas : una ultra y otra evolucionista (?). Incluye SV, en su examen clínico, lo que él denomina « derecha antidictatorial » (p. 79). El concepto que SV tiene de la Derecha y de su circunstancia es revelador de « la vía española al socialismo » : « Así estamos ; ni siquiera la derecha puede empezar a vivir su **democracia**. Una **democracia** que si bien los hombres de izquierda no les resultaría ni plena ni satisfactoria, podría constituir un paso adelante, quizá positivo, en comparación con las circunstancias en que se encuentra el pueblo español » (p. 547). Desde esta óptica, no es sorprendente la delicadeza exquisita de que hace gala SV para no « malograr » la entrevista con José María Gil Robles, el exjefe de la CEDA : « [...] no sé como plantearle estas cuestiones tan peliagudas sin herirle » (p. 555).

En estas tres categorías jerárquicas se encuadran los consultados ; personas que cuentan sus experiencias frente al franquismo ; casi siempre merecedoras de respeto y en buen número de casos dignas de admiración. Sin embargo, la misma perspectiva decimonónica de SV conduce a unos planteamientos harto discutibles en una encuesta sociopolítica. SV se guarda de expresar su aplauso rendido o de manifestar su airada repro- bación ante las personas por él mismo seleccionadas. Entre los anatemi- zados figuran, en primer lugar, aquellos que no accedieron a entrevistas con SV ; situación que lleva a casos como el de Enrique Ruiz García, que se negó a la entrevista y al que sin embargo SV dedica dos páginas teñidas de una sospechosa rivalidad profesional ; Ruiz García es « simpático y cordial, pero de complejas coqueterías y misteriosas vanidades » (p. 185) ;

evidentemente, resulta peligroso no acceder a los afanes investigadores de SV.

También figuran entre los criticados aquellos que, por diversas razones, habitan alojamientos más o menos suntuarios; hecho éste que despierta una curiosa animosidad en SV; el lector se entera, por ejemplo, de que José Vidal « vive en un chalet » (p. 165) o de que Fernando Baeza « vive en un piso grande donde hay muchas comodidades, no sin auténtico lujo algunas de ellas » (p. 187); así como el interesante caso de R. Lorente que se encuentra en posesión de « un bello, grande, fabuloso coche marca Jaguar » (p. 186). Ante las personas odiadas, el verbo de SV no encuentra barreras « casi un problema generacional, ideológico o, habría que pensar, de desclasamiento social; como cuando informa al lector de que E. Climent « es un típico joven de la burguesía al que le gusta escribir textos muy revolucionarios » (p. 372).

Frente a las personas acremente denostadas (y en el mismo texto de la entrevista, procedimiento escasamente ético), aparecen las personas que pudieran calificarse como **amadas**. Ante éstas (y tampoco es el comportamiento correcto de un investigador), SV no contiene su entusiasmo ni su aplauso enfervorizado. ¿Cuáles son estas personas? Precisamente las coincidentes con el compromiso personal del entrevistador. En primer lugar, los intelectuales socialdemócratas (en el mejor de los casos). Ante Pedro Lain Entralgo, SV siente « tener que hacer estas consideraciones, algo duras » (p. 506); y, ante la presencia de Tierno Galván y de Aranguren, la emoción resulta incontenible; es indiscutible que la honestidad de cada opción personal, a nivel de conciencia subjetiva, puede ser intangible a determinados índices éticos; lo que ya no es tan indiscutible, y precisamente en una obra que se pretende prospectiva ante el futuro democrático de España, es convertirse en expendedor de certificados de democracia y de laureles académicos; así, para SV, Tierno y Aranguren « son dos figuras ejemplares, dos maestros, dos de las mentes más claras y esclarecedoras de la universidad y de la cultura española contemporáneas » (p. 128). La afirmación parece ser un tanto desmedida; utilizando la terminología de Gramsci al considerar el fenómeno de los intelectuales, Tierno y Aranguren nunca pasarán de ser unos meros divulgadores de cultura, jamás creadores (y divulgadores de cultura burguesa).

No es criticable, ni mucho menos, la devota admiración que SV experimenta en sus entrevistas con los dirigentes de la clase obrera (hay que anotar de pasada, la importante ausencia de los hombres de la región asturiana); sí es destacable, por el contrario, el talante burgués con que SV expresa su sorpresa: « ¡Es admirable este Camacho! » (p. 95); « ¡Cómo vas a estar tú aburguesado, hombre! ¡Caray! ¡No seas así! ¡No te trates mal! ¡No seas injusto contigo mismo! [...] ¡Muchos obreros fueran como tú! » (Sobre J. Ariza, p. 100.) Esta prodigalidad en los signos exclamativos revela algo que en otras páginas de su mismo libro manifiesta claramente SV: su paternalismo burgués ante la clase obrera; paterna-

lismo denunciado en el trato que SV da a estos protagonistas del futuro español y ratificado por algo todavía más inverosímil en un especialista de la investigación sociológica: SV se dedica, en sus entrevistas, a dar consejos a los obreros encuestados. Pero lo que llega a límites esperpénticos es el descubrimiento realizado por SV y que no creemos vaya a conmocionar los cimientos de la doctrina marxista: en fundado en el manchado traje de faena habita y respira un hombre racional. De Ruibal, nos afirma SV con toda seriedad que « es un obrero tan fino e inteligente que incluso podría desempeñar a la perfección el cargo de embajador de España ante la Santa Sede » (p. 191). Y lanzado ya, a rienda suelta, al obrerismo antropológico, escribe SV cuando se planta delante de Cipriano García: « Resulta auténticamente emocionante, apasionante incluso, encontrarse con un trabajador tan elocuente y racional como este humilde García » (p. 248). Confiamos en que el precio del libro de SV así como las lógicas dificultades inherentes a su distribución en España, habrán impedido su llegada a manos « humildes ».

Y nada más sobre este alucinante viaje que durante algún tiempo entretuvo las comidillas de las « lúgubres » noches madrileñas. Nos queda, en el fondo, la duda de haber dedicado un espacio desmesurado y una atención indebida a un libro ante el cual la única postura válida es el silencio. Sin embargo, las ambiciones y las pretensiones en él contenidas obligan a dejar bien sentadas varias afirmaciones. El futuro español no se hará sobre el concepto de las notabilidades políticas (notables de salón o notables de firma al pie de incontables documentos). La opción democrática de España, que brinda SV, es una clara opción socialdemócrata; la democracia no puede surgir de la componenda, del amaño, o de cualquier Pacto del Pardo. La historia no se muerde la cola y el futuro de los años setenta no puede desembocar en 1868 o en 1874.

La obra de SV alcanza los resultados previstos por su autor cuando al principio de su obra nos dice que ha optado por la « objetividad sociológico-dialéctica », observadora de « lo que está naciendo » (p. 24). El resultado ha sido una heterogénea mezcla de voluntarismo subjetivista con unas ansias irreprimibles de alianzismo socialdemócrata. Tenemos la sospecha de que, en fin de cuentas, el libro de SV sólo ha servido para refrescar y poner al día los archivos de la policía franquista.

En el sumario de este fascículo :

Juan Martínez Alier : España, verano 1970
●●● **Luis Ramírez : Sindicalismo e integración** ● **Documentos sobre Comisiones obreras**
●●● **Iñaki Goitia : Algunas precisiones sobre Euskadi** ●● **Juan Ferrer : El País valenciano como problema** ● **Juan Andrade : La crisis del movimiento comunista** ● **Angel Arenal : Viaje alucinante a la España decimonónica**

En los próximos números :

Herbert R. Southworth : Los bibliófobos :
Ricardo de La Cierva y sus colaboradores

Verena Martínez Alier : El honor de la mujer en Cuba en el siglo XIX

Fernando Claudín : La revolución inoportuna (España 1936-1939)

José María Blanco White : Cartas de España

Prix : 7 F

Novedad Ruedo ibérico

Jesús Ynfante

La prodigiosa aventura del

Opus Dei

Génesis y desarrollo de la

Santa Mafia

1. El fundador del Opus Dei. 2. Las bases de reclutamiento. 3. El Opus Dei y la Iglesia católica. 4. El aparato y los efectivos. 5. La mafia tecnocrática. 6. El Opus Dei y la clase dominante española. 7. El fascismo español: la ideología clerical-autoritaria. 8. El imperialismo del Opus Dei. 9. Apéndice 1. El Opus Dei y la izquierda política española. 10. Apéndice 2. Notas sobre **Camino**, el manual del perfecto clerical-autoritario. 11. Apéndice 3. Las obras corporativas de apostolado. 12. Apéndice 4. Las Constituciones del Opus Dei. 13. Anexo. Los socios militantes y simpatizantes del Opus Dei.